1131

9
383

184
133
N

El Robinson

de 12 años.

Historia interesante de un grumete frances abandonado en una isla desierta.

POR

M.ma Mallés de Beaulieu;

TRADUCIDA EN CASTELLANO

de la octava edicion publicada en Paris en 1828.

MADRID:
IMPRENTA DE D. NORBERTO LLORENCI,
1830.

Se hallará en Madrid en la librería de Cuesta y Sanchez, *y en Cádiz en la de* Hortal.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
DE LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

A MI FAMILIA.

Las historias que os he contado hasta ahora, amados hijos, os han divertido, y han corregido en vosotros muchos defectos, cuyas malas consecuencias habeis conocido en los ejemplos que os he presentado. He advertido tambien, que procurabais adquirir las prendas que hacen amable la niñez, y preparan la felicidad de la vida. He visto que mi Delfina deseaba con ansia representar el papel de *conciliadora*, y que en la reunion de sus compañeras evitaba con destreza las disputas, y daba ejemplo de complacencia y dulzura.

A mi querido Carlos le ha sorprendido el cuento titulado: *Respeto á la vejez*, y he observado con mucho gusto su solicitud y obsequios con las personas ancianas, y su atencion en escucharlas y aprovecharse de sus luces. No hay ninguno, hasta el pequeño Emilio, que no haya concebido, en uno de mis cuentos, tanto horror á la mentira, que no confiese por sí mismo sus faltas con un amable candor, y no haya merecido de tal modo la confianza, que no se dude jamas de lo que asegura.

No hay cosa que mas me aliente, amigos mios, que este feliz éxito de mis cuidados, y por lo mismo continuaré la narracion de varios sucesos, que serán para vosotros tan útiles co-

mo agradables. Vais ya creciendo; adquiris diariamente nuevos conocimientos, y os creo capaces de comprender la historia larga y seguida que os voy á referir. Es de un niño de doce años, que no tenia ninguna de las prendas necesarias para vivir entre los hombres, sino todos los defectos mas insoportables en la sociedad. Le vereis corregido por la desgracia y su propia experiencia; privado durante seis años de la compañía de sus semejantes; reducido únicamente á sus débiles fuerzas y corta inteligencia adquirir lo necesario para vivir y libertarse de los peligros que le amenazaban. Felix conocia á cada momento los errores de su vida pasada, y sin necesidad de reconvenciones, ni

advertencias, se arrepiente de ellos. Dichoso en haber recibido en sus primeros años los principios de una religion que consuela y fortifica; se acuerda de sus verdades afectuosas, que inspiran la esperanza en lugar del desaliento, y la resignacion en vez de las quejas. Se somete al castigo, que sabe que ha merecido, é invoca al soberano Sér, de quien únicamente espera auxilios. Animado de una justa confianza en su bondad, emplea todas sus fuerzas, su inteligencia y su valor para hacer soportable su situacion, y consigue adquirir no solamente lo necesario, sino algunas de las comodidades de la vida.

EL

Robinson de 12 años.

CAPITULO 1º

Regreso de un militar. Matrimonio. Nacimiento de nuestro héroe. Su educacion. Pierde á su padre. Indocilidad y mal carácter de Felix. Quiere embarcarse. Su madre se ve obligada á consentirlo. Viaje en diligencia. Recibimiento. Embarco. Conducta de Felix á bordo. Cuida de Castor. Borrasca. Naufragio. El perro agradecido.

Luis Francoeur habia servido treinta años honrosamente á su patria; su valor y buena conducta le habian adquirido la estimacion de sus gefes, y su franqueza y jovialidad el cariño

de sus camaradas. Cubierto de cicatrices y de edad de cuarenta y seis años, conocia la necesidad de descansar, y su corazon sensible reclamaba el vínculo precioso, que honrando al hombre con el título de esposo y padre, le dan á gozar, en el seno de una familia amada, toda la felicidad que podemos esperar en este mundo.

Luis volvió al pueblo en donde habia nacido con el grado de sargento, una pension anual de mil y seiscientos reales, que el Rey le habia señalado en premio de sus servicios, y una renta de tres mil y doscientos que le habian dejado sus padres. Le recibieron en su lugar, situado á una legua de Brest, con alegría y afecto; y una aldeana bonita y jóven no despreció la oferta de su mano; porque los laureles, que cubrian las sienes del militar, desvanecieron á sus ojos la diferencia de los años. Esta union fue venturosa: Francoeur, siempre satisfecho y alegre, porque su conciencia estaba pura, queria que lo estuviesen todos los que le rodeaban, y la feli-

cidad de su esposa era una parte muy esencial de la suya. Susana, excelente muger de su casa, cuidaba de ella con economía y limpieza, asistia á su marido con tierna solicitud, escuchaba con interes la relacion de las batallas en que se habia hallado, y cuando el guerrero pintaba con viveza y energía los peligros á que habia estado expuesto, Susana le estrechaba en sus brazos como para asegurarse de que se habia librado de ellos.

Un nuevo lazo vino á afirmar todavía mas esta feliz union con el nacimiento de un hijo, que colmaba los deseos de los dos esposos. "Quiero, dijo Francoeur, que se llame Felix, porque espero que ha de ser tan venturoso como su padre, que no cambiará su suerte por la de un Rey." Felix no dejaba el pecho de su madre sino para pasar á los brazos de Francoeur, y se dormia al son de una cancion guerrera, que tarareaba éste al mismo tiempo que Susana le mecia.

¡Qué proyectos formaban estos afortunados padres para educar á su

amado Felix! "Haré que sea un hombre honrado, decia Francoeur, un buen vasallo, y un defensor valiente de su patria." Y á estas palabras, un rayo de orgullo brillaba en los ojos del soldado. "Yo, respondia Susana, deseo principalmente que sea buen cristiano. ¿No puede conciliarse esto con tu voluntad? = Sí, amiga mia, sí: yo te contaré algun dia la historia del valeroso Bayardo, á quien apellidaron el *Caballero sin miedo ni tacha*. Tú verás si tenia religion: creo que oirás con gusto su muerte, que fue la de un verdadero cristiano. Otros muchos héroes han dado el mismo ejemplo. Inspira, pues, á nuestro hijo esos sentimientos piadosos que te hacen tan buena y estimable."

A los cinco años enviaron á Felix á la escuela. Su padre vigilaba para que estudiase, le repasaba la leccion y le hacia escribir todos los dias una plana á su vista; y su madre le enseñaba á rezar y la doctrina cristiana. La memoria de Felix y su talento llenaban de regocijo á estos excelentes

padres. Sin embargo, una extremada petulancia y una gran desaplicacion no eran los únicos defectos del muchacho: manifestaba con sus condiscípulos un carácter rencilloso, que casi siempre le hacia andar á golpes; y á los ocho años no volvia frecuentemente á su casa sin un ojo hinchado ó una oreja desgarrada; pero no se quejaba de ninguno, porque habiéndose desquitado á su placer quedaba satisfecho. Felix hubiera sido por consiguiente un pícaro, si el temor de su padre no le hubiera contenido; pero el sargento le criaba con una prudente severidad, que muchas veces templaba demasiado la ternura extremada de la madre. En aquella época una calentura epidémica se llevó al sepulcro al honrado Francoeur, dejando á su muger desolada, y libre á su hijo de aquel temor saludable, tan necesario á un carácter como el suyo. Desde entonces se abandonó enteramente al juego, dejó de estudiar, y no hizo ningun caso de las benignas reprensiones de Susana.

La inmediacion á un puerto de mar habia inspirado á Felix una vehemente inclinacion á la marina. Muchas veces desaparecia de su casa: sin que su madre lo advirtiese marchaba á Brest, recorria el puerto, subia á los navíos y se ejercitaba en trepar por las cuerdas. Su atrevimiento y agilidad llamaron la atencion de los oficiales, que le alentaban con sus aplausos.

Frecuentemente pasaba el dia entero en un ejercicio tan de su gusto, y no volvia á casa de su madre hasta la noche, jadeando, bañado de sudor y sin haber comido cosa alguna desde por la mañana. La pobre Susana llora y se aflige, dice á su hijo que la va á quitar la vida á pesadumbres; pero él la responde, que es preciso que se conforme, porque en hallándose con fuerzas suficientes está resuelto á embarcarse en el primer navío en donde quieran recibirle.

Unos cuatro años se pasaron de este modo. La viuda de Francoeur, temiendo que su hijo, ya fuerte y

crecido, no se le fugase de un momento á otro, escribió al capitan Sinval, padrino del muchacho, rogándole que le embarcase consigo, puesto que no habia ningun medio de oponerse á su inclinacion. La respuesta que tuvo fue favorable: entonces le envió dinero para pagar el viaje de Felix que habia de ir á Lorient, en donde mandaba un navío que debia darse á la vela dentro de poco tiempo.

Susana, cuando manifestó á Felix la diligencia que habia hecho y su buen resultado, mezcló algunas tiernas reconvenciones á los consejos que queria darle. "Hijo mio, le dijo, tú has aumentado con tu conducta el amargo sentimiento que me ha causado la pérdida de tu padre. El espíritu de independencia se ha apoderado de tí: has despreciado la autoridad de tu madre, y concebido el proyecto de abandonarla. ¿Pero qué seria de tí, si yo no hubiera procurado buscarte un apoyo? Mr. Sinval vá á reemplazar á tu padre; te vigilará y acostum-

brará á esa subordinacion tan necesaria en todos los estados. La aplicacion á tus deberes y la docilidad con tus gefes pueden hacerte prosperar en la carrera que has elegido. Muchos riesgos te esperan en ella, y mi corazon gime al imaginarlos. Ruego al cielo que te ampare, y aleje de tí el castigo que amenaza á los hijos rebeldes. ¡Perdónete Dios como yo te perdono, y bendígate como yo te bendigo!"

Felix tenia buen corazon, y el discurso de su madre, acompañado de lágrimas y sollozos, le enterneció vivamente: se arrojó á sus pies, y besándola las manos la mostró el mas sincero arrepentimiento de su conducta pasada. La buena madre le estrechó á su pecho, le recordó con sencillez y afecto los principios de religion que le habia dado desde su infancia, y le recomendó principalmente que en cualquiera situacion en que se viese confiase en la Providencia y no desesperase jamas de sus auxilios.

Los dias siguientes á esta conver-

sacion se emplearon en arreglar los vestidos de Felix y hacerle los que necesitaba. Felix, próximo á separarse de su madre, no la dejaba un momento, y parecia que deseaba indemnizarla de las penas que la habia causado. Susana hubiera podido concebir la esperanza de conservarle en su compañía, si el muchacho, al acariciarla, no la hubiera dado repetidas gracias por su condescendencia, y el permiso que le concedia para embarcarse, asegurándola que le hacia feliz. "¡Qué contento será el nuestro, madre mia, exclamaba, cuando vuelva á veros! Seré entonces mas alto y mas fuerte, y os costará trabajo el conocerme. Os contaré todos mis viajes, y os traeré las cosas raras de todos los paises que recorra." Susana suspiraba amargamente. "¡Dios solo, le decia, sabe si volveré á verte! Pero ya no amaré la vida privada de mi hijo único."

Llegó en fin el dia de la partida. Susana condujo su hijo á Brest, pagó su asiento en la diligencia de Lorient,

y le recomendó al conductor, á quien dió una decente gratificacion. Fue necesario arrancar á Felix de los brazos de su madre, que no apartó los ojos del carruage hasta que le perdió de vista, y despues tomó tristemente el camino de su aldea. Felix, bañado en llanto, participaba el dolor de su madre; pero en breve se distrajo por el movimiento y la novedad de los objetos que se le presentaban sucesivamente. Por mas divertido que le pareciese el primer viaje que habia hecho, fue demasiado largo para la impetuosidad de su carácter, porque hubiera querido llegar al momento de haber partido. Cuando la diligencia se detenia para que comiesen los viajeros, Felix se presentaba en la mesa redonda, tragaba los manjares casi sin mascarlos para despachar pronto y volver á subir en el carruage, y se impacientaba con sus compañeros porque retardaban la partida con su lentitud. Llegaron en fin á ver la torre de Lorient: Felix empezó á dar palmadas y gritos de alegría, y lue-

go que se paró la diligencia corrió á la puertecilla atropellando á los otros viajeros, y se arrojó de un brinco á la calle. Una señora exclamó: "Vean ustedes un muchacho muy mal criado."=="Pues, señora, la respondió, tened paciencia si os habeis incomodado: yo soy marino, voy á reunirme al equipage, y no quiero que la embarcacion se dé á la vela sin mí." Tuvo sin embargo que esperar á que el conductor descargase los efectos de los viajeros, porque él estaba encargado de conducir á Felix á casa de Mr. Sinval, para quien llevaba una carta de Susana.

El capitan recibió muy bien á su ahijado, que no habia vuelto á ver desde el dia del bautizo. La fisonomía interesante del muchacho y su despejo y desembarazo le agradaron infinito. "Amigo mio, le dijo, en este viaje no puedo embarcarte sino en clase de grumete; pero si cumples con tu obligacion y te aplicas á la marina, te prometo adelantarte. Dentro de dos dias iremos á la rada de Puer-

to-Luis, y partiremos al primer viento favorable. Aprovecha este poco tiempo en ver la ciudad, y no te olvides de escribir á tu buena madre, cuya ternura merece todo tu agradecimiento." Felix besó la mano á su padrino, y se retiró al cuarto en que habia de dormir. Deseaba con ansia salir para ver el puerto de Lorient y dos hermosos navíos de ochenta cañones que estaban en el astillero, y uno de los cuales habia de botarse al agua dentro de pocos dias; pero su corazon le sugirió un pensamiento que le hizo olvidarlo todo. "Yo me conozco, se decia á sí mismo; si llego á salir de casa, serán tantas las cosas que exciten mi curiosidad, que tal vez no me volveré á acordar de escribir á mi madre, y si no recibe carta mia creerá que soy un hijo ingrato. ¡Demasiado la he afligido hasta ahora! No quiero causarla nuevas pesadumbres." Entonces se sentó á una mesita y principió á escribir una carta muy afectuosa. Conforme iba escribiendo se le agolpaban las ideas, y sin adver-

tirlo llenó tres grandes caras de espresion, de cariño y respeto. Satisfecho de sí mismo cerró la carta y suplicó á Lapierre, criado de Mr. Sinval, que le enseñase al correo. El sirviente se ofreció á acompañarle á todas partes, y Felix lo aceptó con mucho gusto.

Advierto, amigos mios, que estais contentos con mi héroe, y que el sacrificio que ha hecho á la ternura filial merece vuestra aprobacion. Este es el efecto que producen siempre las buenas acciones, ademas de inspirar el deseo de imitarlas. Espero, pues, que no olvidareis nunca que la obligacion es siempre primero que el gusto, y que este es el único medio de disfrutarle sin confusion ni sentimiento.

No acompañaremos á Felix en sus correrías: vió muchas cosas curiosas, de las cuales pudo sacar mucha instruccion; pero las vió como niño, y ya conocereis despues si tuvo motivos para sentir el no haberlas examinado con atencion. En fin, ya está á bordo del navío destinado á las Indias

Occidentales; levan el áncora, un viento favorable hincha las velas, y las costas de Francia desaparecen á los ojos de Felix asombrado. Quisiera poder pintaros la derrota del navío; pero nuestro aprendiz de marino era tan atolondrado, que cuando ha referido sus aventuras no ha podido dar razon de ella. Ha dicho únicamente que durante dos meses la travesía fue feliz; pero no ha hablado despues sino de lo que le interesaba personalmente. Su padrino le queria en extremo; habia ganado su corazon por su atencion y sus caricias, y sus travesuras divertian á Mr. Sinval. Cuando habia merecido castigo, se libraba de él con una agudeza chistosa, que desarmaba al juez haciéndole reir. El título de grumete del capitan le daba una gran preponderancia entre sus compañeros, de la cual abusaba hasta el punto de tiranizarlos: le hacian la corte, tenia sus favoritos, á quienes todo se lo permitia; pero los que le desagradaban, ó se oponian á su voluntad, eran frecuentemente maltrata-

dos, y no podian conseguir justicia del capitan, preocupado en favor de su protegido.

Una sola vez hizo Felix buen uso de su autoridad. Acababa de morir un pasagero que dejó un perro muy grande y hermoso, del cual nadie hizo caso sino los grumetes para atormentarle, atándole á la cola papeles y estopas encendidas. El pobre Castor, que asi se llamaba el perro, corria por todo el navío arrojando ahullidos terribles, y los marineros incomodados le daban entonces puntillones y palos sin piedad. Algunas veces aquellas perversas criaturas le metian en las orejas cohetes, que estremecian al pobre animal. Felix se declaró su protector, y juró, encasquetándose el sombrero, que el primero que hiciese mal á Castor tendria que habérselas con él, cuya amenaza bastó para contener á sus perseguidores. No contento con haberle libertado de su malicia se encargó de mantenerle: repartia con él su racion, y con algunas gracias y donaires lograba del co-

cinero algo mas para su perro. Agradecido este al trato que recibia se aficionó á su bienhechor, le seguia á todas partes, dormia debajo de su hamaca, y enseñaba los dientes á los que se acercaban en ademan de acometer á su amo. Felix se felicitaba de tener un amigo como necesitaba; es decir, dócil á su voluntad, y sometido á todos sus caprichos, y le preferia á sus camaradas, que algunas veces se atrevian á contradecirle.

Entre tanto se mudó el tiempo repentinamente y se levantó una espesa niebla que duró muchos dias: el navío se apartó del camino que seguia, y fue llevado de tal modo hácia el Sudeste, que nadie sabia en donde se hallaba. Sobrevino luego una borrasca horrorosa, y puso á la embarcacion en el mayor peligro, rompiendo los palos y arrojándolos al mar. Tres dias y tres noches pasaron en esta terrible situacion, y el navío, abierto por muchas partes, dejaba entrar una cantidad tan grande de agua, que las bombas no podian agotar. El equi-

page estaba aniquilado de cansancio y desalentado enteramente; y para colmo de desgracia, el capitan, que se hallaba sobre el puente dando órdenes y animando á los marineros, fue arrebatado por una oleada. Tomó el mando el segundo, que no tenia su presencia de espíritu ni su autoridad. Al amanecer descubrieron una costa á distancia como de una legua. La tripulacion quiso embarcarse en las chalupas para dirigirse á ella, y á pesar de la prohibicion del comandante los marineros las echaron al mar, y se tuvo por dichoso de que le admitiesen entre ellos. Todos los pasageros y los grumetes las ocuparon; pero para Felix, que quiso hacer lo mismo, no habia lugar porque estaban muy cargadas, ni tenia ya protector ni ningun amigo que se le diese. Le arrojaron sobre el puente casi sin conocimiento, y cuando volvió en sí se halló solo con su perro, y vió las chalupas á gran distancia luchando con las olas irritadas.

Yo no puedo explicaros, amigos

mios, la desesperacion de aquella pobre criatura, que no veia delante de sus ojos sino una muerte cierta. Se arrancaba los cabellos, llenaba el aire de gritos, y se atrevia á acusar á la Providencia, porque le habia abandonado cuando salvaba á los demas. En medio de sus quejas vió las chalupas volcarse una tras otra y sumergirse en el fondo del mar. Aquel horroroso espectáculo acabó de aterrarle, y se arrojó al suelo con una angustia mortal. Esperando á cada momento que se abriese el navío y tuviese la misma suerte que sus desventurados compañeros, le ocurrió la idea de que no podia morir todo entero, puesto que su alma era inmortal, y Dios la habia criado para unirla á sí algun dia. Este pensamiento consolador le reanimó un poco: "¡Dios mio, exclamó, tén piedad de tu pobre criatura! Me someto á tu voluntad: perdóname mis quejas: sé que debo morir, y si quieres que sea ahora, me resigno; y solo te ruego, que cuando mi cuerpo esté en el fondo del mar lleves á tí mi al-

ma: que consueles á mi pobre madre, que llorará la muerte de su hijo único, y que nos reunas en el paraiso." Despues de esta ferviente oracion se levantó mas sereno; pero la vista de las olas espumosas, que azotaban los lados del navío, el silvido espantoso de los vientos, y los relámpagos y truenos renovaron todo su terror. Este estado duró dos horas largas, y el navío, llevado por las aguas hácia la tierra, dió al fin en un escollo, y un crujido espantoso anunció su entera disolucion. Se abrió por todas partes, y Felix, precipitado entre las olas, bajó hasta el fondo, subió arriba, y como era buen nadador empleó todas sus fuerzas en sostenerse y encaminarse á la costa. Unas veces le dirigian á ella algunas oleadas; pero otras contrarias le alejaban á larga distancia, cubriéndole con montes de agua. En breve perdió las fuerzas sin poder mover los brazos ni las piernas, y ya iba á sepultarse para siempre entre las olas, cuando el fiel Castor, que nadaba á su lado, le cogió

con la boca los vestidos, y le sostuvo con un vigor extraordinario. Hendiendo las aguas con su carga, y dirigiéndose con tanta fuerza como destreza, llegó á la ribera, cuyo acceso era muy fácil. Dejó allí á su querido amo; pero viendo que no podia moverse, le arrastró por la arena á alguna distancia del mar.

CAPITULO II.

Sentimiento y gratitud de Felix. Su dolor. Sus temores. Sufre hambre y sed. Quejas. Socorro inesperado. El camino subterrâneo. La llanura y el arroyo. Los huevos de pájaro. Felix enciende lumbre. El calabacero (1). El aguti. Felix duerme encima de un árbol. La montaña. Esperanzas disipadas. Escogimiento de un parage para establecerse.

Yo creo, hijos mios, que estais muy

(1) Arbol de América parecido al manzano.

contentos de ver á vuestro amigo Felix seguro ya en la ribera. Voy ahora á dejarle hablar á él mismo, y que os cuente lo que pensó y lo que hizo despues que recobró los sentidos, que habia perdido con el espanto. El ha escrito todo lo que le sucedió desde el momento de su naufragio hasta que volvió á entrar en la sociedad. He tenido esta relacion en mi poder, y he sacado un extracto de ella para vosotros.

Yo estaba, dice Felix, tendido sobre la arena sin sentido ni conocimiento; pero las caricias de mi fiel Castor me volvieron á la vida. Este buen animal estaba cansado de los esfuerzos que habia hecho para salvarme; me lamia las manos y el rostro, y no manifestó ninguna alegría hasta que me vió abrir los ojos. Los primeros sentimientos de mi corazon fueron al Dios de bondad que acababa de librarme de una muerte casi cierta: me arrodillé y le dí gracias por tan gran merced. En aquellos primeros instantes no sentia mas que la alegría de

existir, y abrazaba llorando al buen animal que me habia conservado la vida.

Los vientos se habian sosegado, las olas empezaban á apaciguarse, y los truenos no se oian ya sino á lo lejos y á largos intervalos. En breve el sol acabó de disipar las nubes, se mostró con todo su brillo y secó mis vestidos; pero yo me consumia con una sed ardiente. Castor, que padecia el mismo tormento, jadeaba junto á mí sacando la lengua seca y abriendo la boca. Miré tristemente á todos lados, y no veia al rededor de la playa arenosa, en donde me hallaba, mas que rocas escarpadas, que me parecia imposible traspasar. De repente Castor empieza á correr y se aleja rápidamente, y aunque le llamé, gritando con todas mis fuerzas, no escuchó mi voz y desapareció enteramente. Creí que mi compañero me habia abandonado, y lloré largo rato sin consuelo. La hambre y la sed me atormentaban, sin tener medio alguno para apaciguarlas: ya no miraba la vida como un beneficio del

cielo, y me quejé de la Providencia, que me habia salvado del furor de las olas para dejarme morir de necesidad en aquella tierra estéril.

Una hora pasaria en esta penosa situacion, de la cual me sacó Castor, que volvió fresco y ágil. Al saltar para acariciarme sacudió las largas orejas y me llenó las manos de agua: conocí entonces facilmente que el animal, guiado por el instinto, habia descubierto algun manantial detras de las rocas. La sed era la necesidad mas urgente que me acosaba entonces: me levanté con prontitud, y acariciando á mi camarada, me dirigí al parage por donde le habia visto desaparecer. Al punto manifestó su regocijo, y corriendo á larga distancia y volviendo á mí repetidas veces, parecia que me mandaba que le siguiese. Al fin me descubrió la entrada de una especie de caverna, cuya abertura, demasiado estrecha, no prometia paso alguno. Castor se introdujo el primero con mucho trabajo, y yo le seguí arrastrando lleno de temor, pues

el silencio y la obscuridad de aquel camino subterráneo bastaban para espantar á un muchacho. Creia encontrar serpientes y otros animales venenosos, y el miedo de que me devorasen me hacia temblar de pies á cabeza de tal modo, que sin la sed que me abrasaba me hubiera vuelto atras. Percibí al fin una débil claridad que penetraba por las hendiduras de la roca, y distinguí un largo camino subterráneo, el cual se ensanchaba y aumentaba la altura progresivamente, hasta que pude levantarme y seguir de pie á Castor, que era mi guia. A cosa de un cuarto de hora llegué á una ancha abertura, que atravesé precipitadamente, deseoso de salir de tan triste parage. No puedo explicar la sorpresa y alegría que experimenté al ver una hermosa llanura cubierta de yerbas y plantas que no conocia, y cercada de árboles de una altura prodigiosa. Un arroyo serpenteaba por entre céspedes sembrados de flores: corrí á él, y cogiendo el agua con las palmas de las manos apagué

la sed á mi gusto: me lavé la cara, y este consuelo, disminuyendo mis tormentos, me hizo capaz de reflexionar acerca de mi situacion. Ya entonces era menos penosa, porque aquel sitio apacible me prometia recursos para mi subsistencia, que no podia esperar en la costa árida en donde me habia salvado. Admirando los beneficios de la Providencia, me arrepentí vivamente de mis quejas: pedí á Dios perdon, y le rogué que me amparase, pues era una pobre criatura abandonada, que solo en él fundaba su esperanza.

La tarde estaba ya adelantada, el hambre me afligia, y nada encontraba bueno para comer. Arranqué algunas yerbas; pero eran duras y amargas, y no las pude tragar. Castor experimentaba la misma necesidad, y ambos tendidos en el suelo estabamos estenuados de necesidad, hasta que el sueño se apoderó de nosotros, y á falta de alimento restauró nuestras fuerzas agotadas. Al despertar sentimos de nuevo el hambre: yo me

acerqué á algunos árboles, y la feliz costumbre que habia adquirido de trepar hasta la punta de los mástiles sin el auxilio de las cuerdas, para mostrar mi destreza y agilidad, me fue muy útil en esta ocasion. Abracé con las rodillas el tronco de un árbol, cuyo espeso ramage podia ocultar alguna fruta, y ayudándome con pies y manos llegué hasta la copa; pero no hallé la recompensa de mi trabajo, porque no habia fruta ninguna. Desanimado entonces de la inutilidad de mi empresa, bajé y me eché á llorar; pero conociendo que las lágrimas de nada me servian, recobré el aliento y proseguí registrando otros varios árboles infructuosamente. Descubrí al fin en el último un nido muy grande formado con arte, que tenia siete huevos mayores que los de nuestras gallinas: rompí uno alli mismo y le tragué; pero me causó asco esta clase de alimento. Me pareció muy diferente de las buenas tortillas que hacia mi madre, y de los huevos duros que comiamos con una ensalada ape-

titosa. "¿Y quién me impide asarlos, dije entonces? Tengo en el bolsillo eslabon, piedra y yesca, y puedo encender lumbre con leña seca: meteré luego los huevos entre el rescoldo y se pondrán duros al instante." Lisonjeado con esta idea los envolví en el pañuelo para no romperlos, y bajando con cuidado llegué al suelo felizmente con mi pequeña provision. Me senté en la yerba, registré los bolsillos, cosa que no me habia ocurrido hasta entonces, y encontré el eslabon, yesca y piedra dentro de una caja de hoja de lata; una navaja bastante fuerte, un ovillo grande de bramante y un peon, que era mi juego favorito: pero en aquel momento ni aun le quise mirar, porque en vez de divertirme tenia otras cosas mas útiles que hacer. Busqué por todas partes hojas y ramas secas; encendí la yesca, y á fuerza de soplos levantó llama y ardió la leña perfectamente. Despues metí los huevos dentro del monton de cenizas y rescoldo, que habia quedado, y procuré distraer mi

impaciencia hasta que se hubiesen cocido. Entonces advertí la ausencia de Castor, que á mi juicio habia ido tambien á buscar su alimento, y no dudé que volveria muy pronto á juntarse conmigo. En poco tiempo se pusieron duros los huevos: comí cuatro con tal apetito, que me parecieron excelentes, aunque no tuve cosa alguna con que sazonarlos. Iba á devorar los dos restantes, cuando reflexioné que no tendria tal vez la fortuna de hallar otros aquel dia, y los guardé para comer: tuve valor para contener el hambre, que aun no estaba satisfecha. En estas ocupaciones se habian pasado algunas horas, y los rayos ardientes del sol me abrasaban la cabeza, que tenia descubierta: busqué un abrigo debajo de los grandes árboles que cercaban la llanura, y me divertí en examinarlos. Entre ellos habia uno que tenia en el tronco muchas frutas gruesas que se parecian á las calabazas: dejé caer una con ayuda de una rama larga que hallé en el suelo, y despues de romper con la

navaja la cáscara, que era muy dura, ví que tenia la carne blanda y amarilla, y de un sabor tan desagradable que no pude comerla. La arrojé á larga distancia lleno de cólera, y me quedé de muy mal humor, cuando alcancé á ver á Castor que volvia de cazar. Traia la boca ensangrentada y arrastrando el cuerpo de un animal que habia degollado, y del cual habia devorado una porcion. Acaricié al perro, y como estaba harto no me costó ningun esfuerzo el apoderarme de su presa. Desollé como mejor pude al animal, que era del tamaño de una liebre, y tenia la cabeza muy parecida á la del cerdo. Concluido este trabajo acudí al fuego, que se conservaba todavía debajo de la ceniza, reuní todas las ascuas, y puse á asar una pierna del animal. Tenia la carne blanca como la del conejo, pero muy seca y de un sabor bravío: sin embargo no me impidió que la comiese con el mayor gusto. Apagaba la sed de cuando en cuando en el arroyo; pero no pudiendo sacarla sino con las

manos, se vertia y solo llegaba muy poca cantidad á la boca. Entonces me ocurrió una idea feliz: corrí á recoger la calabaza que habia arrojado con tanto desprecio, ensanché la abertura con la navaja, quité toda la carne, raspé bien la corteza por dentro, y me hallé con un vaso mayor que una botella. Volví al arroyo y bebí cuanto quise con toda comodidad. No me alegró solo por esto mi invencion, sino porque imaginé que podria hacer con aquella fruta otros utensilios de diferentes formas y de mucha utilidad.

El gran calor que hacia y el alimento sólido que habia comido me excitaron el sueño: me tendí á la sombra de los árboles, y Castor se echó á mis pies. No sé el tiempo que dormí; pero al despertar no sentí cansancio alguno. Me puse á meditar lo que habia de hacer, y me dije á mí mismo: "Me hallo enteramente solo en un pais desconocido, y si me quedo aqui estoy expuesto á perecer de hambre: por encima de aquellos ár-

boles se ve una montaña muy alta, y si puedo subir á la cima descubriré todo el pais, y casas y hombres, que tal vez se compadecerán de mí y me darán que comer. Me ofreceré á servirlos, porque mejor quiero trabajar para ellos, que estar abandonado de este modo, sin tener edad ni fuerzas para adquirir lo necesario á la vida. Siempre quise ser dueño de mi libertad y no obedecer á nadie... ¡Ay! ¡Qué necio era! Ahora voy á donde quiero, hago lo que me acomoda, y nunca he sido tan desgraciado. ¡Ah, madre mia, si pudiera volver á reunirme contigo, con cuánto gusto ejecutaria tus órdenes! Bien he merecido mi suerte por mi indocilidad, y conozco que Dios me castiga justamente." Dos arroyos de lágrimas corrian por mis mejillas á estas tristes reflexiones. Me animé en fin un poco, y resolví partir el dia siguiente para la montaña, y si descubria alguna habitacion dirigirme á ella sin detencion. Traté entonces de recoger algunas provisiones, colgué en la rama que corté de un ár-

bol la carne asada, y dí al perro la que conservaba cruda: busqué huevos de pájaros y encontré cinco en un nido y cuatro en otro; aticé la lumbre y los cocí para el viaje. Ya se habia puesto el sol cuando acabé mis preparativos; recé mis oraciones, y me iba á tender debajo de un árbol sobre la yerba, al mismo tiempo que me ocurrió una idea terrible que me llenó de espanto. Imaginé que alguna fiera hambrienta se arrojaria sobre mí durante el sueño y me devoraria. "En vano, decia, procurará defenderme mi valiente Castor, porque un oso ó un leon son mucho mas fuertes que él, y ambos seremos pasto de estos animales feroces. No hallé otro medio de evitar una suerte tan funesta, que trepar á uno de los árboles mas altos, y ocultarme en lo mas espeso de la copa. Me senté con bastante comodidad en una rama gruesa, apoyé en otra la cabeza y los pies al tronco; pero todo esto no me libraba del temor de caer. Me quité las ligas, las anudé, y me até por el cuerpo á

la rama que me sostenia. A pesar de estas precauciones el miedo no me dejó dormir en mucho tiempo, ni el cuidado por mi compañero, á quien no podia librar del riesgo á que le dejaba expuesto. En fin, me quedé dormido suspirando por la dicha de hallar hombres que me defendiesen y alimentasen, y casa en que recogerme.

Castor, que no participaba de mi temor ni de mis inquietudes, durmió con la mayor tranquilidad; pero despertó antes que yo, y vino á ladrar al pie del árbol, como para avisarme que ya era hora de partir. Empezaba entonces á apuntar el dia; bajé del árbol, y en poco tiempo arreglé los preparativos de mi viaje. Envolví el asado en hojas grandes frescas, le metí en el pañuelo, repartí los huevos en las faldriqueras, llené de agua la calabaza, y la até con bramante á una rama que me puse al hombro, y emprendí la marcha. Castor, que habia almorzado abundantemente con el resto de la caza, me seguia gozoso,

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
DE LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

saltando y corriendo. Antes de partir rogué á Dios humildemente que se dignase bendecir mi viaje.

Despues de haber atravesado la inmensa llanura y los árboles que la rodeaban, hallamos un terreno que formaba una cuesta muy suave; de suerte que habria ya andado mas de una legua sin experimentar la menor fatiga. A proporcion que caminaba la yerba era mas alta, y en algunos parages me llegaba al pecho. De cuando en cuando salian nidadas de pajarillos nuevos, asustados de nuestra llegada, y esto me hizo creer que las madres depositaban los huevos entre la yerba. Hubiera podido coger algunos pajarillos facilmente, porque apenas volaban; pero no tenia otro deseo ni esperanza que hallar hombres; y el temor de retardar mi viaje no me dejaba detener á examinar lo que me rodeaba. En medio del valle encontré un obstáculo que debia haber previsto si hubiera tenido mas experiencia: era un rio hermoso y ancho, que debia precisamente atravesar pa-

ra llegar al pie de la montaña. Castor se echó á nado y llegó en breve á la otra orilla: yo no me detuve en seguirle, aunque la travesía parecia un poco larga para mis fuerzas, porque estaba seguro de que el vigoroso animal me socorreria si se debilitaban. Pero no le necesité esta vez y gané felizmente la ribera opuesta. A pesar de mi poca atencion advertí que el rio tenia mucha pesca y que con cualquiera red se podia coger en abundancia. Todas estas cosas, sin embargo de su utilidad, me interesaban poco, porque estaba muy lejos de pensar que habia de buscar por mí mismo la subsistencia, y contaba siempre que los demas trabajarian para mí.

Cuando llegamos al pie de la montaña estaba el sol en toda su fuerza y no habia ningun árbol que nos diese sombra: registré aquellas inmediaciones, y descubrí, con indecible gusto, un hueco grande en una roca, en donde podiamos descansar durante el calor: llevé piedras para sentarme, y

Castor se tendió á mis pies. El ejercicio y el aire del campo me habian despertado el hambre de tal modo, que el pedazo de carne que me quedaba me pareció muy pequeño habiendo de partirle con mi camarada: no fue esto lo peor, sino que al sacarle despidió tan mal olor que me levantó el estómago. El calor le habia corrompido y no tuve mas remedio que echársele al perro, que solo comió un bocado, y contentarme con los huevos duros que llevaba á prevencion. Despues de haber descansado algunas horas comencé á subir la montaña con mucho trabajo y dificultad. En algunos parages era una roca lisa en que no podia asegurar los pies, y tenia que agarrarme arrastrando á algunas plantas que salian por las hendiduras de las piedras. A mayor distancia estaba la tierra cubierta de guijarros, que hacian tan resbaladizo el camino que estuve expuesto á caer rodando hasta abajo. Sin embargo no perdí el ánimo, y á vista de un bosquecillo que percibí.

casi á mi lado redoblé mis esfuerzos para llegar á él. Mi fiel compañero me ayudaba cuanto podia, y cuando me resbalaba me agarraba á la cola y me sostenia; de suerte que con su auxilio llegué al bosquecillo y hallé la recompensa de mis trabajos. Grandes limoneros, cargados de fruto perfectamente maduro, me dieron el alivio que tanto necesitaba. La tierra estaba cubierta de limones, que comí con ansia: nada me ha consolado tanto como aquel zumo refrigerante, en un momento en que estaba rendido de calor y cansancio. Despues de haberme recobrado, guardé los limones que pude, dejé aquel sitio agradable para continuar mi marcha con nuevo valor, y ganar la cima de la montaña antes que me cogiese la noche. Habia vencido las mayores dificultades, y el camino que faltaba era llano y fácil: una especie de escalera, formada por la naturaleza, me condujo al término de mis deseos; pero cuando llegué á él hacia ya mucho tiempo que se habia puesto el sol, y la obscuri-

dad me impedia distinguir los objetos distantes, y satisfacer mi impaciente curiosidad. Traté, pues, de buscar parage para dormir, y como no habia ningun árbol á donde subir para librarme de las fieras, se renovaron mis temores. A esto sobrevino de repente un frio excesivo, que entonces ignoraba yo que era propio de los parages elevados, y resolví encender una gran hoguera y tenderme á su lado. Recogí una porcion de yerbas secas, formé un monton, que encendí facilmente, rogué á Dios confiando en su infinita bondad, y me quedé dormido á pesar de mis temores. Desperté al amanecer, y mi primer cuidado fue mirar á todas partes para descubrir algun vestigio de habitacion, casas, cabañas, hombres ó animales. ¡Pero cuál fue mi espanto y mi dolor cuando ví que la tierra en que me hallaba estaba enteramente cercada de mar, que era en fin una isla, y que sin duda no habia otro sér racional que yo! No se veia ninguna tierra cultivada, ni una choza, ni un animal

doméstico. "¡Qué desventurado soy! exclamé arrojándome al suelo, ¡pobre criatura abandonada! tú vas á morir de miseria y necesidad, porque no hay persona que pueda socorrerte." Lloraba amargamente y estaba ya casi del todo desalentado, cuando las caricias de Castor me sacaron de aquella angustia. Parecia que participaba de mi dolor, me lamia las manos, y acompañaba mis sollozos con largos gemidos: fijaba en mí los ojos como enternecido, y en todo manifestaba el mas vivo interes. No pude observarle con indiferencia. "¡Ay! este es el único amigo que me queda, exclamé suspirando; ¿pero he merecido tenerlos? ¿Cómo me he portado con mis compañeros? Queria siempre dominarlos, y jamas tenia con ellos consideracion ni agrado. ¡Ah! si tuviera uno solo con quien vivir en esta soledad. ¡Cuánto le amaria! ¡Con qué esmero le serviria!" Entretanto acariciaba á mi buen Castor, y al fin me pareció que no era tanta mi desgracia porque le tenia á mi lado.

Ya debia precisamente pensar en mi subsistencia, pues no podia contar sino conmigo mismo. El hambre me atormentaba, y no tenia mas que algunos limones, buenos para refrigerarme, pero que no eran alimento. Examiné con la mayor serenidad desde la cima de la montaña todas las cercanías, para determinar el parage en que habia de fijar mi domicilio. Quise acercarme á la ribera del mar, con la esperanza de hallar mariscos para alimentarme; pero en el lado opuesto, al que me habia arrojado la tempestad, descubrí una ribera poblada de árboles grandes y multitud de arbustos, que la daban un aspecto agradable. Examiné muy bien el parage por donde habia de bajar, y la direccion que deberia seguir para llegar á aquel sitio. Entonces reuniendo todas mis fuerzas, y sometiéndome á la necesidad, tomé la resolucion de alentarme para sostener la vida, y acostumbrarme al trabajo, que era el único que podia proporcionarme lo necesario para este fin.

CAPITULO III.

Las patatas. Las bellotas dulces. El coco. Construccion de una cabaña. Felix come asado. La puerta de la cabaña. El techo. Los huevos de tortuga. La sal. La buena noche. Motivo de inquietud. Recurso á Dios. Proyecto de viaje. Partida. Las nueces de coco. Las cabras. Felix coge una. Vuelve á su habitacion.

Fue una diversion para mí el bajar la montaña: unas veces me sentaba y resbalaba un largo espacio de camino, y cuando el terreno era liso rodaba como una bola y bajaba con mas rapidez. Luego que llegué al pie de la montaña, hallé un hermoso campo de flores blancas y lilas, que crecian en tallos, formando hermosos bosquecillos. Reconocí sin trabajo las patatas, que mi madre cultivaba en su huerto, y yo era el encargado de regarlas; pero como entonces era muy pere-

zoso las dejaba muchas veces sin agua. Este hallazgo era muy precioso para mí: lloré de alegría y agradecimiento, y creí entonces que Dios, que cuida de todos sus hijos, habia criado para mí aquella planta nutritiva. Le dí gracias de lo íntimo de mi corazon, desenterré todas las patatas que pude acomodar en los bolsillos, llené el pañuelo de ellas, y perdí el temor de perecer de hambre. No preveia entonces que dentro de poco tiempo seria para mí inútil aquel alimento, porque luego que se me acabase la yesca no era posible encender lumbre. No me habia acostumbrado á reflexionar, y gozaba de lo presente como los animales, sin pensar en lo venidero.

Salí del campo de patatas y seguí por la orilla de un arroyo bordado de cañas y juncos, que me condujo á un bosque lleno de malezas y bejucos entrelazados, que impidiéndome el camino me costó mucho trabajo atravesar. Corté algunas con la navaja, aparté otras con las manos, sufriendo

algunos araños, y conseguí por fin llegar á un parage en donde los árboles, mas separados, dejaban un espacio vacío, que formaba un hermoso salon de verdor. Este sitio era delicioso para descansar, y yo lo necesitaba, y entré en él cuando el calor del sol era insoportable. Gocé aquella sombra benéfica; pero el hambre que me atormentaba no me permitió permanecer ocioso. Despues de haber cubierto las patatas de tierra, encendí lumbre encima de ellas, y Castor, que no olia cosa que pudiese satisfacer su apetito, se ausentó para hacer las correrías que acostumbraba. Mientras las patatas se asaban examiné con atencion los árboles y las plantas que me rodeaban. Conocí con indecible gusto la encina magestuosa, tan comun en el clima en donde yo habia nacido; en el ramaje se diferenciaba alguna cosa de las encinas de Europa; pero las bellotas, que estaban derramadas por el suelo, no me dejaron duda de que eran de la misma especie. Probé una de ellas mientras pre-

paraba la comida, y me pareció muy dulce y sabrosa: me alegré de haber encontrado este nuevo alimento. Mas lejos se veian árboles muy altos poblados de hojas á lo último del tronco, en forma de corona, y entre ellas unas frutas tan gruesas como mi cabeza, colocadas en racimos. Cayó una y quise ver lo que contenia; pero era tan dura la cáscara, que no pude romperla, aunque puse encima la navaja y la dí con un canto con toda mi fuerza. La abandoné sin lograr mi designio, á tiempo que el olor de las patatas asadas me excitaba el hambre. Me senté á la sombra de una encina y comí excelentemente, habiéndome ocurrido el rociar las patatas con zumo de limon, cuya salsa me agradó infinito. Llegó entonces mi compañero con las orejas bajas y el semblante hambriento; prueba de que la caza no habia sido muy feliz, y á falta de otra cosa mejor se conformó con las patatas, y no despreció las bellotas, de las cuales se atracó hasta saciarse.

Despues que pasó la fuerza del calor salí del bosque para continuar mi viaje: los árboles se iban aclarando poco á poco, y de repente dí un grito de alegría viendo el mar á muy corta distancia. Algunas rocas habia en la costa, pero separadas y de corta elevacion: por otras partes la ribera era muy llana y formaba una hermosa playa. Apresuré el paso y llegué á ella antes de ponerse el sol. Le ví perderse en el horizonte entre oleadas de fuego, y no pude apartar los ojos de aquel magnífico espectáculo, hasta que desapareció enteramente. Busqué entonces cama en que dormir y la hallé en lo alto de un árbol plantado encima de una roca: sus raices habian penetrado por las hendiduras y le aseguraban de modo, que podia resistir las tempestades y el furor de los vientos. Sin embargo, este asilo no era tan cómodo como seguro, y yo no podia acostumbrarme á dormir apoyado en las ramas como un pájaro, porque amanecia con el cuerpo quebrantado y lleno de dolores.

Suspiraba por la felicidad de dormir tendido sobre alguna cosa menos dura; pero para eso era preciso construir una cabaña que me pusiese al abrigo de cualquier ataque. Pensé en ello toda la noche y resolví emprender la obra el dia siguiente. Al amanecer bajé á la ribera: las cimas de las rocas estaban cubiertas de un alegre verdor y de gran variedad de árboles, y el espacio entre ellos y el mar sembrado de yerba larga y bosquecillos. Bien hubiera querido edificar una casita con piedras bien unidas; pero no tenia argamasa, ni yeso, ni cal: ademas de que para abrir los cimientos me hallaba sin otros instrumentos que las manos y la navaja. Me ví por consiguiente obligado á contentarme con una choza de ramas entrelazadas, que habia de costarme tambien mucho tiempo y trabajos. Elegí cuatro árboles, que serian las columnas de mi edificio, plantados á igual distancia al pie de una roca bastante elevada, que me resguardaria de los aires del Norte. Era tanto mi

ardor por esta empresa, que iba á principiarla sin acordarme que estaba en ayunas; pero me lo advirtió el estómago, y determiné tomar algun alimento antes de ponerme á trabajar. Pedí á Dios que me concediese su gracia, y despues busqué á Castor, que estaba á la orilla del mar pescando langostas y regalándose con ellas: metia las patas y las sacaba con mucha destreza: yo le imité y recogí una buena provision; pero como no queria comerlas crudas encendí lumbre, y mientras se asaban recogí algunas ostras que hallé en la arena. Despues que almorcé fuí al parage que habia elegido, corté una gran cantidad de ramas flexibles, y las coloqué de un árbol á otro, atándolas fuertemente con unas plantas estoposas, que se crian en abundancia en las hendiduras de las rocas. Formé de este modo una especie de tabique por los tres lados, pero quedaba al descubierto. Para que fuese mas apretado y espeso atravesé otras muchas ramas en todas direcciones, y conseguí á fuer-

za de trabajo y constancia hacer tres tabiques bastante fuertes, apoyados sólidamente en las cuatro columnas. La parte anterior estaba abierta del todo, y yo trataba de cerrarla en parte, formando una especie de puerta, que era lo mas difícil. No ocurriéndome ningun medio para lograrlo, me senté delante de aquella obra imperfecta; empecé á llorar, y despues de haber perdido una hora en inútiles sollozos y lamentos, me avergoncé de mi flaqueza. "Yo no soy todavía hombre, decia en voz alta, pero llegaré á serlo: se aumentarán mis fuerzas diariamente, y lo que ahora me parece imposible me será muy fácil cuando yo sea grande. Debo, pues, contentarme con lo que pueda hacer, hasta que la edad aumente mis recursos." El sol me abrasaba mientras discurria de este modo; y ocurriéndome que podia librarme de sus rayos á la sombra de las paredes que habia levantado, me retiré allí con Castor, y descansamos cómodamente durante el gran calor del dia. Por la tarde tomé

el camino del encinar, hice una buena provision de bellotas dulces, de limones y algunas patatas; y seguro ya de tener alimento para aquel dia y el siguiente, volví á la ribera, en donde la vista de mi cabaña imperfecta me hizo arrojar de nuevo profundos suspiros. Un placer inesperado disipó mis tristes ideas, porque llegó Castor con un animal semejante al que habia ya muerto, que era un aguti; pero entonces ignoraba su nombre. Me abandonó su caza, porque sabia que no le faltaria su parte; la desollé, y deseando comerla asada, encendí una gran lumbre: clavé en la tierra dos ramas que formaban horquilla, coloqué encima el aguti atravesado por el cuerpo con una vara lisa en las dos horquillas, y comencé á darle vueltas. Las patatas, que se asaban al mismo tiempo, debian aumentar el gusto de la comida sirviendo de pan. Cuando el asado estaba á medio punto le rocié con zumo de limon, que mezclándose con la grasa del animal, caia en una taza de cala-

baza colocada debajo, y formó una salsa, que nada me dejó que desear. Cenamos con buenas ganas yo y mi compañero, y antes de subir al árbol á domir cuidé de conservar el resto de la carne hasta el dia siguiente, de modo que no se echase á perder. La coloqué en el hueco de una roca, y la cubrí ligeramente con algunas hojas, confiado en que, siendo las noches bastante frescas por la inmediacion al mar, se mantendria buena. No me engañé en mi esperanza, porque tuvimos bien que comer al otro dia, sin necesidad de perder tiempo en buscar nuestra subsistencia.

Me dediqué, pues, únicamente á concluir mi cabaña. Entre las piedras que habia á la orilla del mar escogí una ancha y llana, que tenia cortante uno de los lados, y me sirvió para excavar la tierra al rededor de dos árboles nuevos, que conseguí desarraigar. Hice despues dos hoyos profundos delante de la cabaña á igual distancia de los dos árboles, y para

este trabajo empleaba alternativamente las manos solas, la navaja y conchas grandes. Metí despues en los hoyos los dos árboles nuevos que habia destinado para recibir y sostener la puerta, y llené la distancia entre ellos y las columnas de ramas entrelazadas, formando la cuarta pared, que solo se diferenciaba de las otras en la abertura. Quedé muy satisfecho de mi obra, y me senté á contemplarla y descansar. El dia antes habia extendido la piel del aguti para que se secase al sol, esperando aprovecharla; pero observé que se encogia y no me serviria para nada. ¡Qué deseo tenia de poseer algunos clavos y un martillo! Hubiera clavado aquella piel estirándola con toda mi fuerza y se hubiera secado sin arrugarse.

Entré en mi cercado de ramas para construir la puerta, que me costó mucho trabajo. Formé un cuadrilongo con cuatro ramas gruesas, que sujeté con mucha dificultad, despues de infinitas pruebas, gastando una porcion de bramante con harto senti-

miento mio. Le cerré del mismo modo que los tabiques, y le coloqué en el de la fachada, atándole de manera que se movia facilmente, y cuando le abria se cerraba por sí mismo. Solo me faltaba el techo, que pensaba hacer de cañas, y dediqué toda la tarde en recogerlas de un arroyo poco distante de mi habitacion. Cortaba cuantas podia llevar: hice cinco ó seis viajes, y antes de acostarme habia reunido un gran monton junto á mi cabaña.

Al trepar á mi árbol para dormir, me lisonjeaba la idea de que aquella seria la última noche que pasaria con tanta incomodidad, porque pensaba acabar el dia siguiente mi edificio; y discurriendo acerca de lo que me faltaba que hacer, descanse muy poco. Mi primer proyecto fue colocar horizontalmente ramas apoyadas en los cuatro tabiques, y cubrirlas con una capa espesa de cañas; pero reflexioné que los techos de las chozas de Europa estaban en cuesta para que escurriesen facilmente las

aguas. Si sobrevienen las grandes lluvias, decia yo, penetrarán al instante el techo si está enteramente llano. Por fortuna la roca á que estaba arrimada mi cabaña era mas alta que las paredes, y en ella apoyé una de las puntas de mi armadura, y la otra sobre el tabique delantero, que estaba mas de pie y medio mas bajo. Luego que la aseguré con solidez, coloqué encima tres capas de cañas bien unidas unas con otras, y me ví en fin poseedor de una cabaña bien cerrada, que me libertaria del calor durante el dia, y me proporcionaria el medio de descansar tranquilamente por la noche en una cama de hojas secas y musgo. Despues de haberla preparado traté de fortalecerme con una comida frugal. No me quedaban de mis provisiones sino patatas asadas, á las cuales quise añadir algunas ostras; y mientras las arrancaba de las peñas, á donde están pegadas fuertemente, ví á Castor que arañaba una cosa redonda que habia hallado entre la arena y se la comia con ansia. Fuí á re-

gistrar aquel parage y descubrí muchas bolas blancas envueltas en una piel como un pergamino mojado, y cubiertas con una capa de arena. No dudé entonces que serian huevos de tortuga, los cuales habia oido decir que eran un excelente alimento: recogí algunos; pero estaba tan cansado que suspendí asarlos hasta el dia siguiente.

Aquella tarde fue muy afortunada para mí: divisé en el hueco de una roca una cosa muy blanca que excitó mi curiosidad: la probé, y conocí lleno de alegría que era sal, por cuya falta me apesadumbraba muchas veces, porque las patatas, los huevos y aun la carne, me parecian muy sosos. Llené dos conchas grandes, y las llevé á mi habitacion con las demas provisiones: llamé á mi fiel camarada, le hice una cama de hojas secas junto á la mia, nos acostamos, y pasé una noche deliciosa, embellecida con los sueños mas alegres.

Iba ya perdiendo el miedo á los animales feroces, porque desde mi llegada á la isla no habia visto nin-

guno, ni habia oido grito ni aullido que me aterrase. Mi cabaña me parecia que era cuanto yo podia desear: el sol no la penetraba, y concebí la esperanza de adornarla con algunos muebles útiles: entonces no trocaria mi habitacion por la casa mas hermosa de mi pueblo; tal es el precio que da la propiedad á las cosas de menos valor.

Los niños á quienes se cuente mi historia se admirarán tal vez de que yo viviese sin divertirme y jugar; pero deben acordarse de todo lo que ocupaba mi atencion, que el tiempo era muy precioso, y que los dias se pasaban con demasiada brevedad para lo que tenia que hacer. El único placer que disfrutaba era bañarme un rato antes de ponerse el sol, despues de un dia caloroso, y nadaba en todas direcciones sin alejarme de la ribera. Mi amigo Castor me observaba con una tierna inquietud, y cuando volvia á tierra me manifestaba su alegría saltando y haciéndome mil caricias. Yo necesitaba conservar mucha

limpieza, y por lo mismo lavaba con frecuencia la camisa, el pantalon de mahon y el chaleco de cotí. Las calcetas habia ya tiempo que tenian gastados los pies y no me podian servir, y conociendo que necesitaria hilo las deshice y formé un buen ovillo.

Asé los huevos de tortuga, que sazonados con la sal, me parecieron un manjar delicioso; pero mi satisfaccion se convirtió en disgusto cuando advertí que se me acababa la yesca. Las ocupaciones de los dias precedentes no me habian dejado pensar en esto... ¿Qué seria de mí sin recursos para encender lumbre? ¡Me veré reducido á comer ostras, bellotas y huevos crudos! Las patatas y la caza de mi perro serán inútiles, porque es imposible que me acostumbre á comer carne cruda y ensangrentada.

Las lágrimas que derramé aliviaron mi congoja: levanté los ojos al cielo y rogué á Dios que me diese valor y me inspirase lo que debia hacer. Despues de haber reflexionado determiné recorrer la isla en todas

direcciones, á ver si descubria algunas nuevas producciones ó frutos que no necesitasen lumbre y pudiesen alimentarme. Por fortuna habia yo aprendido á bordo á conocer el rumbo de los vientos, y ellos habian de dirigirme en mi viaje para volver á mi habitacion. Aquel dia le gasté todo en los preparativos para mi partida: desenterré patatas y asé cuantas podia llevar, y la mañana siguiente me puse en camino acompañado de Castor. Me dirigí hácia el Norte, y despues de haber andado como unas dos horas me hallé á la orilla del mismo rio que pasé á nado, pero en la ribera opuesta, que estaba hermoseada con muchos árboles de diferentes especies. Los limoneros eran alli muy abundantes, y otros árboles altos con hojas anchas, y en cuya cima colgaban aquellas nueces que no habia podido romper. Trepé á uno de ellos, dejé caer algunas no sin algun trabajo, y despues que bajé las examiné con atencion. La corteza exterior estaba compuesta de filamentos

como si fuera de cáñamo, y la segunda era tan dura como el hierro: no dudé que contendria alguna cosa buena para comer, y me ocurrió un arbitrio para partirla. La sujeté entre dos piedras, coloqué encima la navaja por en medio de la nuez, y con un canto grande empecé á dar con toda mi fuerza: tuve el gusto de ver que entraba en la corteza: redoblé los golpes de modo que se abrió por la mitad. Tenia dentro una especie de meollo que sabia á almendras dulces, y un hueco en lo interior lleno de una leche deliciosa.

¡Cuántas gracias dí á Dios por haberme preparado aquel alimento cuando menos lo esperaba! Las dos mitades de la nuez formaban dos hermosas tazas, de cuyo utensilio podia proveerme con abundancia: rompí otras muchas nueces y me harté enteramente, reservando las patatas para un momento de necesidad. Castor se habia internado en un bosquecillo inmediato, y yo me dormí debajo de un árbol: á poco tiempo desperté á

un ruido extraordinario, que me espantó al principio, y me tranquilizó despues viendo un rebaño de cabras silvestres que venian á beber al rio. La vista de aquellos animales me causó un gozo indecible, y formé al punto el proyecto de coger una viva, porque las gruesas tetas qne les colgaban me daban un deseo irresistible de tomar leche. Me alegré de que se hallase ausente mi perro, cuyos ladridos las hubieran espantado: me escondí detras de un árbol grande, y mientras las cabras apagaban la sed y se bañaban, preparé el bramante doblándole varias veces, hice un lazo escurridizo, y cuando volvian del rio estuve esperando á la que pasase mas cerca de mí; porque aquellos animales, á quien nadie habia acometido, no tenian ningun recelo. Una cabra, que estaba al parecer próxima á parir, pasó tocando al árbol en que yo estaba escondido, la eché el lazo escurridizo con tal fortuna que la cogió los cuernos, y tiré entonces con tanta fuerza que cayó al suelo: mientras se

levantaba la até al árbol de tal modo que no pudo librarse del lazo. El pobre animal forcejeaba y queria acometerme con las manos y los cuernos; pero yo tenia cuidado de estar lejos. Los balidos que daba me causaban compasion, mas sin embargo era tanta la utilidad que esperaba sacar de ella, que no quise ponerla en libertad.

Todo el rebaño espantado habia huido precipitadamente: quedé solo con mi presa, y resolví suspender por aquel dia mi viaje de descubierta y volver con la cabra á mi choza para ponerla en seguridad. Comí de prisa algunas patatas asadas, y al momento que vino Castor desaté el bramante del árbol, le aseguré en la mano izquierda, cogí en la derecha una gran rama para dar á la cabra y dirigirla hácia mi habitacion. No hubiera podido conseguirlo sin el auxilio de mi compañero, porque se resistia con toda su fuerza y queria acometerme; pero los ladridos de Castor la atemorizaban, y la seguia el rastro

mordiéndola en las piernas cuando se paraba. Llegamos á la cabaña antes de anochecer; la até de nuevo á un árbol situado en un arenal inmediato en donde no habia ninguna yerba, porque me acordé haber oido decir que por el hambre se domaban todos los animales. La dejé alli sin alimento hasta el dia siguiente, aunque sentia hacer ayunar á mi nueva huéspeda, á quien estimaba, y cuyo cariño esperaba conseguir. Entré despues en mi cabaña con mi compañero y me acosté en la cama de hojas muy contento del suceso de aquel dia.

El siguiente al amanecer recogí yerba fresca para que se desayunase la cabra, que estaba la pobre echada en la arena, y muy desanimada volvió á mirarme con ojos tristes; le presenté la yerba, que comió con ansia, y se dejó acariciar sin resistencia. Yo estaba loco de contento con mi huéspeda, solo por su compañía, pues estando para parir no tenia leche de que yo pudiera aprovecharme.

CAPITULO IV.

El cercado de las cabras. Aumento de familia. La carata. A Felix se le acaba la yesca. Pesadumbre. Consuelo. Nueva partida. Las cañas de azúcar. Los limoneros. ¡Viva la limonada! El arroz. Las fresas. La caverna impenetrable. Sentimiento de Felix por no poder entrar en ella. El cofre. No puede Felix abrirle. Rompe la navaja. Regreso á la cabaña. La leche de cabras. Sorpresa agradable. Alegría extraordinaria de Felix.

El aumento de mi familia trastornaba todos mis proyectos, porque no podia pensar en alejarme de mi domicilio sin poner antes en seguridad, no solo la cabra, sino todo el rebaño, del cual creia ya ser dueño. Traté de construir un cercado junto á la cabaña, y despues de muchas reflexiones arranqué una gran porcion de árboles nuevos, sacándolos con

una porcion de la tierra que cubria las raices. Hice en un espacio cuadrado muchos hoyos muy juntos, en donde planté los arbolitos, y al pie de cada uno coloqué plantas enredaderas, muy comunes en aquel parage. Las tazas de coco, que ahora sé el nombre de aquel precioso fruto, me fueron utilísimas para traer agua y regar mi nuevo plantío, no sin infinito trabajo, porque como eran vasijas tan pequeñas hacia cada dia mas de treinta viajes al arroyo mas inmediato. Nada podia desanimarme, trabajaba con un valor infatigable, y temia de tal modo perder un momento, que vivia con la mayor sobriedad, comiendo ostras, bellotas y algunas nueces de coco, porque eran un alimento que no necesitaba preparar. Durante aquel tiempo, la cabra, siempre atada, comenzaba á domesticarse: cuidaba de traerla por la mañana yerba para todo el dia, y por la tarde la llevaba al arroyo, en donde apagaba la sed. Habia contraido amistad con Castor, que se echaba á su lado y ju-

gaba con ella, y la buena inteligencia de estos animales me complacia tanto como á un padre de familia la que reina entre sus hijos.

Una mañana al salir de mi choza me sorprendió agradablemente la vista de dos cabritillos echados junto á la cabra agarrados de las tetas. Me acerqué, palpitando el corazon de alegría, acaricié á los reciennacidos, y la madre que no se opuso, me miró agradecida. Fuí á coger yerba, y cuando volví estaban dormidos tranquilamente. ¡Que tentacion tuve de ordeñar la cabra y tomar una buena taza de leche caliente! Pero reprimí este deseo por no privar á aquellos inocentes animales del alimento que la Providencia les habia destinado. Esperaré, decia yo, á que puedan comer yerba como su madre: entonces cuidaré de su subsistencia, y tendré derecho de participar con ellos de la leche de su madre que necesitan ahora. Advertí despues que la cabra, atada siempre al tronco del árbol, no estaba con comodidad para dar de ma-

mar á sus hijos. El recinto del cercado estaba casi concluido: los árboles y las plantas habian arraigado, y echaban hojas nuevas, que se entrelazaban creciendo: no habia dejado mas que una abertura pequeña para entrar yo y el rebaño, y llevé allí la cabra, persuadido de que reunida con sus hijos y provista de lo necesario, se aficionaria á su nueva habitacion, y á mí mismo. Me propuse al mismo tiempo impedirle los medios de huir si lo intentaba. Reuní una gran porcion de ramas secas de arbustos espinosos, las coloqué por la parte de adentro al rededor del cercado para contener la cabra é impedir que se acercase, royese los arbolillos, y se burlase de mí. Luego que la introduje en su habitacion con sus hijos la desaté: al punto manifestó su alegría saltando, se colocó en una cama de hojas secas que la habia preparado, y sus hijos volvieron á mamar.

Salí entonces, cerré la entrada con ramas y piedras, y volví á trabajar con gusto y alegría. En medio de las

diferentes plantas que crecian en las hendiduras y al pie de las rocas, busqué las que me parecian propias á trepar entre los arbolillos y cerrar mas el cercado. Aquel dia descubrí una planta nueva de una especie muy particular, y que despues he sabido de que se llama *carata*: tiene las hojas grandes y espesas, ahondadas por enmedio en forma de vaso, formadas al parecer de un tejido, del cual juzgué que podria sacar hilo muy fuerte. El tallo era derecho, y el remate tenia, en medio de una mazorca de hojas, una porcion de hermosas flores encarnadas. Trasplanté algunos de aquellos bonitos arbustos, y reforcé con ellos las paredes del cercado; pero estaba yo muy lejos de imaginar la utilidad que me proporcionarian en lo sucesivo. El hambre me obligó á interrumpir el trabajo, y me dirigí á la ribera á buscar ostras, en donde hallé á Castor muy ocupado en desenterrar huevos de tortuga y comerlos con ansia. Cogí algunos y quise asarlos..... Pero ¡cuál fue mi

dolor al ver que iba á consumir la única yesca que me quedaba, y que no podia encender lumbre en adelante! Mi consternacion fue extraordinaria: miraba desconsolado el eslabon y la piedra, y me contristaba la idea de su inutilidad. No comí con alegría: el trabajo de aquel dia manifestó mi desaliento; al anochecer recé con la misma languidez; la inquietud alejó de mí el sueño, y pasé la noche en tristes reflexiones. "¿Cuál es la vida de un hombre, decia yo, cuando la de un niño está mezclada con tantas penas?" Recordé entonces mi naufragio, el abandono en que me veia, la poca fuerza y los escasos medios que tenia, y me consideré en el extremo de la infelicidad. "Si tuviera á lo menos una hacha, una sierra, un martillo y algunos clavos, haria muchas cosas que me ocurren, y no puedo ejecutar con las manos solas. Si un camarada se hubiera salvado conmigo ¡qué gozo hubiera disfrutado con su compañía! Nos ayudariamos mútuamente, nos consolariamos y nos

amariamos; cuando me hallo sin un semejante que me estime y merezca mi cariño." Estos pensamientos angustiosos produjeron otros muy diferentes. "¡Ingrato! exclamaba ¿de qué te quejas? ¿Te quejas de la Providencia porque te ha salvado á tí solo? ¿No es un beneficio del cuál debes tributarla infinitas gracias? ¿Qué has hecho tú para merecer este favor? Nada ciertamente. ¿Pero por qué te ha conservado Dios la vida? Para que te enmiendes, y expies tus faltas con el trabajo y fatigas de tu situacion: confórmate á su voluntad, y agradece los favores que te ha dispensado." Reflexioné entonces que hubiera podido arribar á una tierra poblada de animales feroces que me hubieran devorado, ó á un parage árido en donde hubiera perecido de hambre ó sed, y que todos los recursos que habia hallado en mi isla los debia al cuidado paternal del Criador. Me conmovieron de tal modo estas ideas consoladoras, que las lágrimas de desesperacion se cambiaron en lágrimas de ternura. La sangre,

templada con estas últimas consideraciones, me dejó dormir algunas horas antes que amaneciese.

El cercado quedó concluido el dia siguiente, y volví á emprender mi proyecto de viaje, porque ya podia sin cuidado separarme por algunos dias de mis queridos animales. Ademas de una provision buena de forrage que les dejé, la cabra podia ya roer los renuevos de los arbolillos, que formaban las paredes de aquel recinto, y aunque se comiese todos los de la parte de adentro, los de la de afuera se conservarian bastante espesos.

Aquella vez no llevé mas que ostras y bellotas, porque las patatas de nada me servian, y dejé á la Providencia el cuidado de alimentarme. Partí con mi perro antes de salir el sol, tomé el mismo camino que antes, llegué á la orilla del rio y á los mismos cocos, subí animosamente, y me desayuné muy á mi gusto. Seguí despues la orilla, dirigiéndome siempre hácia el Norte, y divisé á alguna distancia un

bosquecillo, al parecer delicioso; pero para llegar á él era preciso atravesar un gran terreno cubierto de cañas echadas y revueltas unas con otras, que me impedian caminar. Castor iba delante abriéndome paso, yo le seguia despacio, y para sostenerme en un parage tan dificil corté una caña muy gruesa: al apoyarme en ella sentí la mano mojada con una sustancia pegajosa que soltaba: la probé y conocí, con tanta sorpresa como alegría, que era azúcar; pues habia oido decir á bordo que asi se producia. Comí mucha cantidad, y me refresqué y fortifiqué admirablemente: corté como una docena de cañas, y caminando con mas aliento llegué á un bosquecillo casi todo compuesto de limoneros. "¡Victor, Felix, exclamé, ya vamos á tener limonada!" No me fue dificil el hacerla: exprimí en una taza de coco el zumo de algunos limones, y de una caña de azúcar, y logré una bebida tan agradable como sana. El sol estaba entonces en toda su fuerza; me tendí sobre la yerba, dormí profun-

damente, y cuando desperté corria un viento fresco, que me convidaba á continuar el viaje. Antes de salir del bosque hice un descubrimiento muy interesante: eran algunos árboles que se parecen mucho á nuestras acacias, cubiertos de hermosas flores, y llenos de espinas fuertes que crecen de tres en tres, tan puntiagudas que podria hacerse con ellas un arma muy peligrosa. Al instante imaginé la utilidad que me producirian, pues secándolas al sol se pondrian tan duras que me servirian de clavos. Cogí una gran porcion, las até con bramante, y las colgué de un palo que llevaba al hombro.

Al salir del bosquecillo hallé un campo cubierto de arroz, que al principio me causó alegría; pero aumentó despues mi sentimiento, porque la falta de lumbre me privaba de su uso, y solo consideré útil la paja para trenzarla y ver si lograba formar una especie de sombrero, que me defendiese del ardor del sol. Subí luego á una pequeña altura, y descubrí otra nue-

va parte de la costa, tan diferente de la que ya habia visto, que resolví examinarla de cerca. Pensé llegar en la jornada del dia siguiente: bajé á la llanura, y despues de haber comido nueces de coco y bellotas, y bebido una taza de limonada, me subí á un árbol para pasar la noche. Mi compañero de viaje se alimentaba mejor que yo, porque encontraba frecuentemente entre la yerba nidos de pájaros, y se comia los nuevos. Me traia muchas veces parte de su caza, que solo servia para renovar mi pesadumbre.

La jornada siguiente fue muy penosa, porque no tuve casi tiempo de descansar, pero cogí al paso algunas cañas de azúcar, y hallé un terreno sembrado de fresas grandes de Chile, que me refrigeraron mucho. El viento, que venia de la parte del mar, templaba el calor, y esta feliz circunstancia me permitió llegar á la costa antes de anochecer. Me hallaba fatigadísimo, y no tuve entonces otro deseo que buscar el descanso que tanto necesitaba.

Me levanté muy temprano á hacer mis observaciones. La costa en aquel parage estaba toda erizada de rocas de diferentes formas, muy variadas y singulares. Algunas presentaban la figura de un baño, á donde subia el agua con la marea, y se podia uno bañar cómodamente: en otras habia sal con abundancia, y el arenal estaba cubierto de mariscos de todas clases, entre los cuales habia muchas ostras y almejas, que hubiera comido con gusto si hubiera podido cocerlas.

Registré la cadena de rocas que guarnecia la ribera, y ví una que presentaba la abertura como de una caverna; pero estaba tapada enteramente con un gran número de plantas espinosas, y no era posible entrar. La navaja no era bastante fuerte para cortar aquellas espesas malezas, y despues de haberme ensangrentado las manos tuve que abandonar la empresa, no sin mucho pesar, porque entonces me ocurrió por la primera vez desde mi naufragio, que la her-

mosa estacion en que me hallaba no duraria siempre. Temia la llegada del invierno, y que mi cabaña, cuya construccion me envanecia, no resistiria á las grandes lluvias ni los vientos. Era preciso buscar un asilo mas seguro y capaz de sufrir las tempestades, y ninguno me parecia mejor que el hueco de una roca. Creí haberle encontrado, pero los obstáculos que me impedian la entrada eran insuperables. "Si yo tuviera una hacha, decia llorando amargamente, cortaria todos los espinos, aunque trabajase ocho dias, ó si me quedase un poco de yesca encenderia lumbre y quemaria estas fatales plantas; pero todos los medios me faltan.... Estoy destinado á perecer de frio...." No tardé mucho en arrepentirme de mi desconfianza. "¡Dios mio! exclamé, vos no me habeis salvado del naufragio para abandonarme sin auxilios. Ya hace bastante tiempo que vivo aqui por el cuidado de vuestra providencia: me entrego á ella, y confio en vuestra bondad infinita." Reanimado

con esta oracion caminé por la orilla del mar, comiendo de tiempo en tiempo algunas ostras, cuando me sorprendí extraordinariamente al descubrir un cofre grande, de una madera muy dura, medio enterrado en la arena. Juzgué que seria del navío, que se estrelló, sin duda en aquel parage; y la esperanza de encontrar en él alguna cosa que pudiera serme útil me hizo emplear todas mis fuerzas para abrirle. Tenia que aguardar á que bajase la marea, pues cuando subia cubrian las aguas el cofre y acumulaban la arena. Fui quitando toda la que pude con harto trabajo, y llegué á descubrir la cerradura, pero era tan fuerte que no se podia romper. Intenté inútilmente cortar la madera al rededor, y esta maniobra me costó muy caro, porque quebré la navaja, cuya pérdida sentí infinito, pues no me quedaba ningun medio de partir las nueces de coco, que eran mi principal alimento. Me culpé de este accidente, porque debí reflexionar que aun cuando hubiera conseguido qui-

tar la cerradura, mis fuerzas no alcanzaban á levantar la tapa del cofre.

La mala fortuna que habia tenido aquel dia me habia sumergido en la tristeza, y lo sentia mucho mas, porque no podia formar un establecimiento en aquella parte de la isla, que era en la que habia encontrado mas recursos para vivir. Los mariscos abundaban en la costa; las patatas crecian detras de las rocas; los bosquecillos sembrados por aquel terreno ofrecian el coco nutritivo, el limon saludable, los higos de Indias, y otras muchas frutas, cuyo nombre ignoraba, y cuyo sabor me parecia delicioso. Los arroyos corrian por todas partes; el sauce y el mimbre crecian en sus orillas; las cabras silvestres iban aqui á beber en rebaños, y hubiera tenido la esperanza de coger algunas. Era preciso abandonar tantos beneficios, porque no podia edificar una habitacion mas sólida que la que ya tenia. Me decidí, pues, á volver á ella, esperando distraer mi pesadumbre á vista de mi propiedad, y

principalmente de mi rebaño. No encontré facilmente el camino, ó mas bien tomé otro mas largo; pasé muchas noches al raso, y no llegué á mi cabaña hasta los catorce dias de mi partida. Lo hallé todo en el mejor estado: los cabritillos pacian la yerba y saltaban á las ramas de los árboles; y como ví que ya buscaban la subsistencia, no dudé en ordeñar la cabra: llené de leche una taza de coco, exprimí en ella una caña de azúcar, y logré una bebida deliciosa, que restableció mis fuerzas, debilitadas en tan largo viaje. Descansé el resto del dia: el siguiente saqué la cabra y sus hijos del cercado, y la até á un árbol con un largo bramante, que la permitia separarse á alguna distancia. Pudiera haber omitido esta precaucion, porque estaba bien mantenida, conocia mi voz, y me hubiera seguido como un perro. Los cabritillos saltaban al rededor de la madre, y yo contemplaba sentado á poca distancia aquel espectáculo interesante: volví la vista á mi cabaña, que producia un efecto

admirable, principalmente á los ojos del arquitecto: el cercado que estaba por delante aumentaba su hermosura, porque el ramage de los arbolillos se habia cerrado mucho, las plantas enredaderas y espinosas colocadas en los intervalos, habian trepado por los troncos, y estaban cubiertas de flores de colores tan variados, que parecia un jardin. Me llamaban particularmente la atencion aquellas, de que he hablado ya, cuyo encarnado resplandeciente obscurecia todas las demas; y para examinarlas mas íntimamente corté un tallo, le quité la corteza, y saqué una porcion de meollo seco y esponjoso. Maquinalmente hice lo mismo con otros tallos, y formé un monton de pelusa sin ninguna idea de utilidad, cuando la desgracia de verme privado de lumbre me vino á la imaginacion y me hizo suspirar amargamente. Saqué de la faltriquera el eslabon y la piedra, y empecé á sacar lumbre solo por pasar el tiempo. ¡Dios mio! ¡Cuál fue mi sorpresa cuando al caer algunas chispas

encima del meollo de la planta de flores encarnadas, se encendió al momento, y me ví provisto de una excelente yesca, y poseedor de un tesoro tan precioso. Mi gozo fue tan extraordinario que hice mil locuras; llamé á Castor, le abracé, le besé, y el buen animal me acariciaba alegre sin saber el motivo. Corrí, salté como si hubiera perdido el juicio, y luego que me tranquilicé un poco dí gracias á Dios de lo íntimo de mi alma, porque á su bondad infinita era deudor del gozo que me enagenaba. Llegó la noche, conduje mi ganado al cercado, y me retiré con el perro á la cabaña, en donde me acosté con indecible gusto en mi excelente cama de hojas secas.

CAPITULO V.

Grandes ocupaciones. Felix vuelve á la caverna. Incendio. Se abre el cofre. Felix apaga el fuego. Las patatas quemadas. Las conchas de Santiago. Buen descubrimiento. Felix tiene herramientas. Excelente caza de Castor. Entrada en la caverna. La ventana. La tempestad. El cofre se deshace. Nuevos hallazgos. La tempestad ha destruido casi la cabaña. Mudanza de domicilio.

Al despertar el dia siguiente tenia tantas cosas que hacer, que no sabia por cual principiar. Despues de haber rezado ordeñé la cabra, repartí la leche con mi amigo Castor, y fuí en seguida á buscar á la ribera huevos de tortuga, que hacia ya mucho tiempo que no probaba, y queria desquitarme. Recogí una media docena, encendí una buena lumbre, y con algunas patatas que tenia en la cabaña

los puse á asar en el rescoldo, y logré una comida fortificante. Sin embargo, no pensaba tanto en lo que hacia como en el proyecto de volver al instante al parage en que deseaba establecer mi habitacion de invierno. Por medio del fuego esperaba abrir paso para entrar en la caverna. El cofre que habia hallado me daba tambien mucho que pensar, y me quebraba la cabeza discurriendo cómo conseguiria abrirle: deseaba adivinar lo que contenia, y me fatigaba en vanas congeturas. "Si fueran vestidos, decia yo, llegaban á buen tiempo, porque los mios van á caerse muy pronto hechos pedazos, y si me quedo desnudo no podré soportar el ardor del sol. Si encontrára armas podria tirar á los pájaros, y á la especie de liebres que me han proporcionado ya tan buenos asados. Estoy seguro de que hay en el cofre cosas que me serán muy útiles, y es una desgracia que no pueda aprovecharme de ellas."

Mientras se preparaba la comida limpié el cercado, dejé en libertad el

rebaño para que pastase en las cercanías, y no se separó de mi habitacion: renové las hojas de las camas, recogí una nueva provision de forrage para la ausencia que meditaba, y finalmente cuidé de proveer á mi ganado de todo lo que podia necesitar.

Dejé por tercera vez mi morada, pero sin tomar muchas precauciones para mi subsistencia; porque con el eslabon, la piedra, y una buena provision del precioso meollo, que me servia de yesca, estaba seguro de que no me faltarian víveres. Caminé á la ligera como no iba cargado, y el deseo de llegar me daba alas. No hallé nada de nuevo en un camino que habia ya recorrido, ademas de que no quise gastar el tiempo en hacer ningunas observaciones. Llegué el cuarto dia al parage deseado muy temprano, y no quise diferir la ejecucion de mi designio. Encendí lumbre, puse á asar algunas patatas que habia cogido en el camino, y luego que la leña ardia bien, tomé un trozo y le introduje en medio de las raices y malezas,

que cerraban la abertura de la caverna. La llama se comunicó con rapidez de unas en otras, y produjo un humo tan espeso, que no me dejaba distinguir la entrada. El fuego devoró en menos de una hora todo lo de la parte exterior; entró dentro y consumió cuanto podia servirle de alimento, y se apagó al parecer. Se disipó el humo poco á poco, y me dejó ver la abertura, que no era mucho mas alta que yo, aunque tenia la anchura regular de una puerta. Iba á entrar dentro con mi viveza ordinaria, cuando salieron de repente nuevos remolinos de humo negro é infecto, que casi me sofocaron, y tuve que retirarme prontamente y sentarme á alguna distancia para reflexionar lo que debia hacer. Comprendí que el fuego, que habia creido apagado, ardia todavía debajo de la ceniza, y duraria algunos dias. Conocí entonces la necesidad de moderar mi impaciencia, y con el fin de distraerme fuí al parage en donde estaba el cofre, que era el segundo objeto de mis deseos é inquietud. Se

hallaba en seco porque habia bajado la marea; le examiné de nuevo por todos lados, y advirtiendo siempre la misma imposibilidad de abrirle, caí en una profunda meditacion; pero de repente me ocurrió la idea de quemarle por un lado. "Cualquiera cosa que encierre, decia yo, me será útil, y podré salvar alguna parte: luego que las llamas hayan consumido un esquinazo las apagaré; ademas de que no podrá arder con rapidez, porque todos los dias le cubre el agua del mar. Despues que se apague el fuego me apoderaré de lo que no se haya echado á perder; porque si no tomo este partido jamas aprovecharé lo que contiene. Esta vez no tuve que arrepentirme de haber procedido con demasiada precipitacion, porque ademas de reflexionar largo tiempo para adoptar este medio, tuve todavía la paciencia de esperar el flujo, que llegaria al cofre, y me ayudaria mucho á apagar el incendio. Cuando consideré que era tiempo, arrimé á un esquinazo del cofre muchas ramas ardiendo; es-

tuve observando inquieto lo que adelantaba, y cuando ví que aquel lado del cofre se habia consumido sin levantar llama, traté de apagar la brasa. Para esto solo tenia las tazas de coco, y este medio era muy lento: asi determiné coger arena mojada y amontonarla en el sitio encendido. Al mismo tiempo subia la marea, y las olas cubrian el cofre por intervalos: es fácil de conocer cuánto facilitaria mi trabajo esta circunstancia, pues con ella conseguí apagar enteramente el fuego, que habia formado una abertura bastante capaz para entrar facilmente; pero aquel dia estaba destinado á ejercitar mi paciencia. Fue preciso esperar al reflujo, y quitar la arena mojada con que habia tapado el sitio quemado, antes de saber el fruto que sacaria de mis fatigas.

Viéndome obligado á permanecer ocioso, me acordé que tenia hambre, de la cual me habia olvidado por mis meditaciones: fuí á desenterrar las patatas, que puse á asar, y las hallé hechas un carbon. ¿Cómo habia de re-

mediar esta falta? Ya no tenia yo entonces la estupidez de llorar inútilmente cuando encontraba obstáculos: me acerqué á la ribera, y al ver las conchas de Santiago me llené de alegría, porque deseaba comerlas hacia ya mucho tiempo. Las puse primero sobre la ceniza caliente para que se abriesen, las limpié la arena que tenian, y en una concha grande eché zumo de limon, las cocí á lumbre mansa y tuve una comida excelente. Despues de comer atravesé las rocas á coger patatas para los dias siguientes; pero traia muy pocas cada vez en el pañuelo y las faltriqueras, por cuya causa determiné fabricar una cesta. Yo habia visto muchas veces trabajar á un cestero vecino de mi casa, y tenia esperanza de imitar su arte, á lo menos para lo que yo necesitase.

Dormí poco aquella noche, porque estuve pensando en las resultas del dia siguiente.

¿Será bastante grande el hueco de la roca para habitar en él? ¿Tendrá tanta obscuridad que no pueda tra-

bajar? ¿Qué hallaré en el cofre? ¿Habrá echado á perder el agua lo que contiene? Estas eran las preguntas que me ocurrian, y me tuvieron despierto mucho tiempo. Luego que amaneció bajé del árbol en donde habia dormido, y encomendándome á Dios me dirigí al cofre, y principié á quitar la arena que tapaba la abertura. El perro me ayudó en este trabajo escarbando con las manos, pues aquel fiel animal tenia tanto instinto, que comprendia lo que yo le mandaba, y tanta docilidad, que obedecia á la menor seña.

Al momento que pude alargué el brazo dentro del cofre, y saqué una hacha pequeña, cuyo precioso hallazgo me llenó de alegría, porque reemplazaba la navaja con mucha ventaja, y ya podia cortar leña y emprender diferentes obras. Busqué con nuevo afan, y se aumentó mi gozo encontrando una sierra, dos martillos, y un talego lleno de clavos de todos tamaños: lo saqué con trabajo y me introduje en el cofre, y hallé otras sier-

ras, hachas grandes y pequeñas, tenazas, barrenas, y una porcion de herramientas, cuyo nombre y uso ignoraba. Entre ellas habia algunas tan grandes y pesadas, que no alcanzando mis fuerzas á moverlas se quedaron en el mismo sitio. El fuego habia quemado los mangos de algunas hachas y sierras; pero se conservaban intactas muchas mas de las que necesitaba. Detras de las piezas que yo no podia mover habia otras cosas que me hubiera apropiado; pero me contenté con lo que habia sacado, conservando la esperanza de romper el cofre algun dia, y apoderarme de lo que dejaba en él.

Un avaro que acaba de hallar un tesoro no queda mas satisfecho que yo lo estaba, contemplando mis nuevas riquezas. Aquel gran cofre era en donde el carpintero de algun navío encerraba sus herramientas: las olas le habian arrojado á la isla, y el momento en que me apoderé de ellas era precisamente en el que mas las necesitaba. Admiré la bondad de la Pro-

videncia, y le dí gracias con lágrimas de gratitud y alegría.

Conduje junto á la caverna todo lo que habia sacado del cofre, y esperaba hacer uso de ello desde el dia siguiente, cuando me sorprendió Castor, con mucho gusto mio, trayendo un aguti mayor que los anteriores. Destiné la piel para hacerme unas suelas ó especie de sandalias, porque los zapatos estaban tan gastados, que tenia los pies desgarrados con las espinas, y magullados de los pedernales. Desollé el animal con la mayor curiosidad que pude, clavé la piel al tronco de un árbol para que no se encogiese, y puse á asar la carne, con la cual es fácil de presumir que comeriamos bien mi camarada y yo. Recogí la grasa, y froté con ella frecuentemente la piel para reblandecerla y suavizarla.

Fuí muchas veces á la entrada de la caverna, y viendo que ya no salia humo juzgué que podia registrarla el dia siguiente. Al amanecer cogí una hacha y entré osadamente, con la única precaucion de hacer que fuese

delante el perro, cuyos ladridos me anunciarian cualquier peligro. Caminamos primero por encima de un monton de cenizas, que ya estaban frias, y para formar idea de la anchura me incliné al lado derecho, desde cuya pared hasta la del izquierdo conté veinte y dos pasos mios. Despues, para conocer su profundidad, me dirigí en línea recta desde la entrada, cuya claridad disminuia sensiblemente á proporcion que me internaba, hasta que me hallé en una profunda obscuridad. Despues de haber contado cincuenta pasos me detuvo una pared de la roca, y conocí que la caverna terminaba en aquel parage. Me pareció suficientemente espaciosa, y muy á propósito para servirme de asilo; pero ¡qué triste es la habitacion en donde nunca entra la luz! ¿Cómo habia de trabajar dentro de un recinto tan tenebroso? Queria sin embargo amueblarle y adornarle: tenia en la cabeza infinitos proyectos, que aquella obscuridad terrible me impedia ejecutar.

Ya no me desalentaba con facilidad: determiné habitar provisionalmente la entrada de la caverna para pasar allí la noche y encerrar mis herramientas y provisiones, sin perder la esperanza de encontrar algun medio para hacer entrar un poco de luz en lo interior. Durante ocho dias enteros hice ensayos inútiles: trepé por fuera de la roca, busqué las hendiduras, en donde metia cuñas á martillazos, y cuando conseguia hacer saltar algun pedazo de piedra, creia que iba á abrir un agujero que diera entrada á la luz. Engañado siempre en mi esperanza, abrumado de cansancio, y afligido por el mal éxito, iba á abandonar la empresa, cuando fijé la atencion en un hoyo, en que habia crecido una mazorca de plantas mas robustas que las demas de la roca, é inferí que allí habia mayor porcion de tierra. Arranqué primero todas las yerbas, escarbé con las conchas y el hacha, eché á un lado la arena y cantos, y proseguí la tarea con nuevo afan, aunque estaba desconfiado

de lograr mi intento. De repente se hunde el terreno con la concha dentro de la caverna, formando un agujero: quedo inmóvil de alegría por algunos momentos, prosigo la obra, y consigo abrir una especie de ventana de cerca de un pie cuadrado. Gozoso con el buen éxito, traté entonces de descansar y fortalecerme con algun alimento, porque cuando estaba ocupado en alguna obra importante no me acordaba de comer ni beber. Antes de preparar la comida entré en la gruta, y ví con extraordinaria alegría que por la especie de ventana que habia construido entraba bastante claridad para distinguir todos los objetos. Castor parecia que participaba de mi satisfaccion, saltando y ladrando como para darme el parabien.

Yo tenia motivo para estar contento con mi nueva morada: el suelo era llano, cubierto de arena blanca muy fina, y sin ninguna humedad; las paredes brillantes, y las piedras de que se componian estaban al parecer salpicadas de partículas de plata

y oro. La bóveda, muy elevada en ciertos parages, era mas baja en otros, y en el fondo de la gruta se estrechaba la anchura y formaba una especie de gabinete. Aquel era el único sitio que no tenia claridad, y por esto le destiné para guardar las provisiones de invierno; porque temia no hallar en esta estacion frutas ni patatas, y consideraba muy prudente proveerme de todo con anticipacion. Pensé tambien acomodar las cabras en otro lado de la caverna para librarlas del frio y de cualquier accidente.

Mil ideas diversas ocupaban mi espíritu, y le llenaban de confusion. Eran tantas las obras que tenia que hacer, que me parecia imposible acabarlas nunca. Hubiera querido emprenderlas todas á un tiempo, y era tal la impetuosidad de mi carácter, que solo despues de infinitas reflexiones me determiné á no comenzar ninguna cosa sin haber concluido otra. Antes de dedicarme á los grandes trabajos que meditaba, quise hacer un viaje á la cabaña y traer el rebaño,

cuya suerte me tenia siempre inquieto desde mi salida, temiendo que le faltase forrage, ó que habiendo dejado de mamar los cabritos hubiera perdido su madre la leche, que me privaria de un gran recurso en el invierno. Me acosté aquella noche con intencion de marchar el dia siguiente. Desde que la ventana dió claridad á la caverna puse la cama en un hueco de la roca que formaba una especie de dormitorio, y fue una fortuna para mí en aquella ocasion. Dormia profundamente, cuando desperté asustado al estampido de los truenos y los bramidos del huracan: me incorporé, y al resplandor de los relámpagos brillaban las paredes de la gruta, y parecia que arrojaban chispas por todas partes. El estruendo repetido por los ecos de las rocas era tan respetable y magestuoso, que le escuché con admiracion. La tempestad concluyó con una lluvia tan abundante, que entrando el agua por la ventana y por la puerta inundó una gran parte de la caverna; pero no llegó á mi alcoba.

Aquella especie de diluvio duró mas de dos horas, las cuales tuve que pasar en el mismo parage en una inaccion absoluta. Cesó por fin el aguacero, se aclaró el cielo, y en poco tiempo absorvió la arena de la gruta toda el agua que habia entrado en ella. Salí entonces y ví con espanto los estragos que habia causado la tormenta: el viento habia arrancado de raiz muchos árboles corpulentos, la campiña estaba inundada de tal modo que el agua me llegaba á las rodillas. ¡Qué feliz me consideraba en tener una habitacion sólida que podia libertarme de aquellas terribles tempestades! Formé inmediatamente el proyecto de cerrarla mas, tapando la ventana que habia abierto en estos lances: sentia un vivo desasosiego por mi cabaña de árboles, por el parque y el ganado; pero no podia caminar aquel dia porque era preciso dar tiempo á que corriesen las aguas. Me dirigí á la ribera, á donde las olas agitadas habian arrastrado una gran cantidad de mariscos, de los cuales hice una abundante

provision. Habia desocupado en un rincon de la caverna el talego que habia encontrado en el cofre lleno de clavos, le llené de ostras, almejas, conchas de Santiago, y otros mariscos que tenian la figura de una navaja muy cortante, y podian servirme en lugar de la que habia roto.

Lo coloqué todo en la caverna: fuí al sitio en que se hallaba el cofre, y ví con mucho gusto que durante la noche anterior le habian batido de tal modo las olas, que las tablas empezaban á separarse. Cogí la hacha mas grande de las que podia yo manejar, metí cuñas entre las tablas, y á fuerza de golpes conseguí desprender muchas. ¡Qué aumento de riquezas! Me hallaba ya con medios de hacer una puerta para la gruta y un postigo para la ventana. En breve descubrí todo lo que habia en el cofre, y entre varias herramientas, demasiado pesadas para mis fuerzas, hallé otros tres talegos de clavos, una palanca de hierro, un escoplo, y, por una casualidad muy dichosa para mí, una pe-

queña marmita de bronce con su tapadera. Este hallazgo me hizo saltar de gozo, porque ya podia cocer patatas, pescados, huevos, y tomar caldo. Pasé todo aquel dia en trasladar trabajosamente á mi habitacion las nuevas adquisiciones: dejé las tablas bien dentro de la playa para que el mar no se las llevase, resuelto á labrarlas alli mismo. Gasté el resto de la tarde en arreglar mis efectos, y los coloqué con tal orden, que me era muy fácil encontrar el que necesitaba sin revolver los demas. Un sueño profundo me recompensó la mala noche que habia tenido, y el dia siguiente pude ponerme en marcha. Elegí el camino mas corto, pasé por el campo de arroz, que pudiendo ya componerlo, era para mí un granero de abundancia, capaz de asegurar mi subsistencia durante la estacion del frio. Pero este beneficio me costaria mucha aplicacion y trabajo, porque tenia que conducir el grano á mi habitacion, separarle de la paja, y amontonarle en la especie de despensa que

habia en el fondo de la caverna.

El corazon me palpitaba al acercarme á mi primera morada. ¡Ay de mí! Apenas la conocia; el techo de cañas se habia hundido por todas partes, las paredes de ramas estaban medio derribadas, y no era posible ponerse allí á cubierto. El cercado habia pedecido menos; los arbolitos plantados por mí habian arraigado y echado renuevos por todos lados, que se entrelazaban y sostenian mútuamente; ademas de que por su naturaleza flexible cedian á los vientos y tempestades antes que romperse. Mi ganado estaba bueno al parecer, y la cabra muy incomodada con la leche, porque sus hijos casi no mamaban. La ordeñé y quedó aliviada asi como yo con una buena taza de leche que tomé, cuya bebida refrigerante me recobró de mis fatigas.

Despues de algunas reflexiones, determiné no reedificar por entonces la cabaña, y pasar en la caverna el invierno, que juzgaba ya muy inmediato. Luego volveria á aquel sitio á cons-

truir otra casita mas sólida que la primera, pues con las herramientas que poseia era cosa mas fácil, ahondando mas los cimientos para los maderos, de suerte que no se meneasen sin mucho esfuerzo: queria en fin construir una casa de campo mas agradable y risueña, para lo cual era preciso trasportar los utensilios, y ya habia discurrido el medio de lograrlo. Por entonces lo mas urgente era conducir el rebaño á la gruta, y dedicarme enteramente á los trabajos que habia de concluir antes del invierno.

CAPITULO VI.

La caravana. El puerco espin. El calzado. La recoleccion. El hogar. La tortuga. La buena sopa. Felix piensa en el invierno. Temor de aburrirse. Prepara trabajo. Los vestidos de pieles. Las redes. Las cestas. Ocupacion del ánimo. Llega el buen tiempo. Viaje á la casa de campo á conducir el rebaño.

Al tercer dia de mi llegada dejé aquel sitio con mi pequeña caravana: yo llevaba la cabra con un bramante sencillo, los hijos la seguian, y Castor formaba la retaguardia cuidando de reunir los cabritos si se descarriaban. Me detenia de cuando en cuando en los parages en que hallaba mejor yerba para que paciese el ganado. En una de estas paradas, el perro, que se habia alejado un poco, empezó á ladrar y aullar de un modo extraordinario, como si estuviese heri-

do ó espantado por algun animal feroz. Al pronto me causó temor; pero no pudiendo dejar de socorrer á mi fiel compañero, marché resuelto á defenderle con una hacha pequeña, que era la única arma que llevaba. Me adelantaba silenciosamente mirando á todos lados, y ví á Castor enfrente de un enemigo mas singular que espantoso. Era un animal del tamaño de un gato grande, cubierto todo el cuerpo de pinchos como cañones de pluma. Castor le habia acometido y tenia el hocico ensangrentado: de repente se encogió el animal, presentando la figura de una bola erizada de puas, que sonaban al tropezarse unas con otras. Cogí entonces el hacha á dos manos y le descargué tan gran golpe, que la tierra se regó de sangre. Dió un salto terrible que me hizo retroceder; pero volví á él y repetí los golpes hasta que conseguí matarle. Confieso que me envanecí enteramente con aquella victoria, que era la primera que habia ganado en toda mi vida. Yo me hubiera llevado de

buena gana el cuerpo de mi enemigo vencido; pero esto era imposible porque no sabia por donde cogerle. Me contenté con cortarle con el hacha la mayor parte de las puas, que eran tan fuertes y agudas, que si lograba horadarlas por el lado mas grueso podia hacer agujas buenas para coser los vestidos de piel que pensaba hacerme. Los que lean esta relacion serán sin duda mas instruidos que yo lo era entonces, y conocerán que el animal de que he hablado se llama puerco espin.

Este fue el único acontecimiento notable de aquel viaje. Llegué felizmente á la gruta, coloqué el ganado, y no queriendo aquel dia emprender ningun trabajo penoso, empleé la piel del aguti en libertar los pies de las heridas á que estaban expuestos desde que andaba descalzo. Corté lo mejor que pude unas suelas y tiras para atarlas sobre el pie al rededor de la pierna. Para reunirlas necesitaba agujas, y las fabriqué metiendo un clavo puntiagudo en una lumbre muy

fuerte hasta que se puso encarnado: cogí entonces el pañuelo, le mojé y doblé varias veces para agarrar el clavo por la cabeza, y con la punta taladré las puas del puerco espin por la parte mas gruesa. De este modo conseguí excelentes agujas, y uní con solidez las tiras de piel á las suelas, de suerte que ya podia caminar sin lastimarme. Gasté la tarde en recoger víveres para algunos dias, con el objeto de trabajar con mas aplicacion. Cocí en la marmita langostas, almejas y otros mariscos, entretanto que la caza de Castor me proporcionase el medio de hacer caldo.

La primera cosa que emprendí fue la construccion de una puerta para la gruta. ¡Cuántas penas y fatigas me costó! Tomé primero la medida de la abertura, serré despues la tapa del cofre, que habia quedado entera en las mismas proporciones: es fácil de adivinar que pasaria en esto un tiempo considerable; pero despues de concluida esta obra no adelanté nada porque era preciso llevarla á la ca-

verna, y aunque la distancia no era grande, me fue imposible conseguirlo, pues apenas podia moverla. Sufrí tambien esta vez el castigo de mi poca prevision, y hube de contentarme con cerrar la gruta con una especie de zarzo de ramas entrelazadas. Mejor éxito logré con el postigo, porque como era mucho mas pequeño le acabé en pocos dias, y le coloqué junto á la ventana para emplearle únicamente por la noche ó en tiempo de lluvias.

Traté en seguida de la recoleccion de arroz y patatas, y entonces me alegré de tener grandes y buenos talegos, sin cuyo auxilio no hubiera podido trasportar á mi habitacion las provisiones de invierno. En el espacio de quince dias recogí bastantes granos y patatas para el consumo de un muchacho de mi edad, y lo coloqué todo en el parage mas seco, principiando á usar el arroz con leche, alimento que me gustaba infinito. Otras veces le ponia á cocer con agua, y le dejaba consumir hasta que que-

daba seco, y entonces le comia en forma de pan, con los huevos ó los mariscos, que casi nunca me faltaban; y sazonándolo todo con sal y zumo de limon era una comida muy regular.

Hasta entonces habia encendido la lumbre al raso, y meditando que en las grandes lluvias no lograria que ardiese, ó se apagaria al instante, conocí la necesidad de fabricar un fogon dentro de la gruta, cuya mayor dificultad era el dar salida al humo para que no me sofocase. Busqué primero piedras chatas, que coloqué unas sobre otras, poniendo entre ellas una capa de barro que me pareció á propósito para unirlas, y formando dos paredes pequeñas, que me llegaban hasta la cintura, coloqué encima una tabla atravesada, cubierta del mismo barro, á fin de que la lumbre no la encendiese. Establecí este hogar cerca de la ventana, y tuve la fortuna de hallar allí otro parage de la roca horadado, que estaba tapado con tierra y yerbas: lo quité todo y abrí un

agujero por donde cabian mis dos manos: serré cuatro tablas estrechas, las coloqué en aquella abertura, uniéndolas con clavos grandes, y formé una especie de cañon de estufa, que daba salida al humo.

Es imposible recibir mayor contento que el que yo esperimenté con aquella invencion; y deseando ver inmediatamente el efecto que producia, coloqué á la lumbre la marmita en el nuevo fogon, y entretanto que cocia el arroz me fuí á pasear por la ribera. Habia visto allí muchas veces enormes tortugas, que depositaban entre la arena los huevos, cuyo excelente alimento me mantenia. Hubiera querido coger alguna de ellas, porque habia oido decir á los marineros que era una buena comida y de mucha sustancia: tambien sabia que era necesario volver boca arriba la tortuga para impedir que huyese al mar; pero las que yo habia visto hasta aquel dia eran demasiado grandes y pesadas para que yo pudiese hacer esta operacion. Tuve la fortuna de hallar

entonces una mas pequeña, que me pareció que podria volcar: llamé á Castor para que la cortase la retirada, corrí á ella y logré mi intento, porque no pudiendo defenderse ni escapar, quedó prisionera en mi poder. La maté con el hacha, la abrí el vientre, en donde tenia veinte y dos huevos, y corté un pedazo grande, que puse á cocer en la marmita. Volví á la presa, y habiéndola despedazado enteramente, sin romper la concha superior, me hallé con una hermosa artesilla que me sirvió al momento, excitándome la idea de salar el resto de la tortuga para conservarle. Me acordé de lo que habia visto hacer á mi madre cuando salaba tocino, y procedí del mismo modo. Llevé la artesilla de concha á la gruta y la carne de la tortuga: eché primero una buena capa de sal, despues de otra de carne, y asi sucesivamente hasta arriba: lo cubrí todo con otra capa de sal de dos dedos de gruesa, y encima unos pedazos de tabla, y grandes piedras para apretar la salazon.

Hecho esto fuí á ver mi comida, que estaba cocida á punto, y tuve el gusto de comer una excelente sopa de arroz y la carne de tortuga, que me pareció muy buena, como á Castor, que se regaló con ella lo mismo que yo.

Lo mas urgente me pareció que estaba hecho, porque tenia ya con que vivir durante el invierno, y un asilo cómodo para librarme de las injurias del tiempo: pensé entonces en lo que deberia ocuparme. "Desde que estoy »aqui, me decia yo, no he tenido un »momento de fastidio, á pesar de ha»llarme sin un compañero con quien »conversar, sin cometas ni juguetes de »ninguna clase. ¿Cómo se me pasan »los dias con tanta rapidez sin abur»rirme jamas? ¡Ah! bien sé en lo que »consiste: en que mis manos y mi »imaginacion han estado siempre ocu»padas. Pero durante el invierno, cuan»do las lluvias me impidan salir de »la caverna, ¿en qué pasaré el tiem»po? No tengo tertulia, ni libros, ni »medios para escribir, y si estoy ocio»so pereceré de tedio. Solo el trabajo

»puede preservarme de esta desgra-
»cia, y voy á prepararle con antici-
»pacion: haré cestas y canastillos; re-
»cogeré una gran porcion de mimbres
»y de ramas nuevas de sauce, y las
»traeré á la gruta..... ¡Oh! si pudiera
»matar algunas cabras antes del invier-
»no y preparar las pieles, me haria
»un vestido..... Vamos; ya está re-
»suelto: á esto debo dedicarme prin-
»cipalmente, y si lo consigo pasaré
»los dias nublados y lluviosos en el
»oficio de sastre ó el de cestero."

Este proyecto estaba bien concebido; pero la ejecucion era dificultosa. Para coger cabras y machos cabríos no encontraba otro arbitrio que poner una gran red en el camino por donde pasaban para ir á beber, esperarlos acompañado del perro, salir repentinamente, asustarlos con mis gritos y los ladridos de Castor, y huyendo, confiaba en que algunos darian en la red, en donde los mataria facilmente. Lo malo era que ya no tenia bramante, y aunque para suplirle hice varios ensayos con muchas

plantas filamentosas, no hallé cosa mas á propósito que la cáscara que cubre la nuez de coco. Saqué de ella una especie de cáñamo, del cual hice cuerdecillas, torciéndolas con un pedazo de madera en forma de huso. Yo habia visto muchas veces á los pescadores hacer las redes, y construyendo como mejor pude una lanzadera, conseguí hacer una red grande y fuerte. Entonces me dediqué enteramente á la caza, y tuve tanta fortuna, que casi no pasaba dia que no cogiese algun macho cabrío ó algun cabrito. Mataba los primeros, los desollaba y ponia la piel á secar, y los segundos los incorporaba al rebaño, que ademas de la primera cabra, contaba ya nueve individuos nuevos entre machos y hembras. Hice otras muchas redes de todos tamaños para pescar y coger pájaros. Todas estas precauciones, que habia tomado contra la ociosidad, fueron para mí utilísimas; porque las lluvias comenzaron con tanta violencia, que durante muchos dias no me permitieron salir

de mi habitacion. Se me ha olvidado decir que el ejercicio y el trabajo habian aumentado considerablemente mis fuerzas, y la costumbre de meditar en cosas útiles habia extendido mis ideas de modo que tanto en lo físico como en lo moral, estaba mucho mas adelantado que los niños de mi edad. La necesidad me habia hecho industrioso y principalmente observador. La primera idea que me ocurrió cuando comenzó el mal tiempo, fue la de calcular su duracion para saber con que contar los años siguientes; y para esto tomé un gran vaso de calabaza para echar en él todos los dias un canto, y contarlos á fin del invierno.

Principié mis trabajos por el oficio de cestero, haciendo cestas de diferentes formas y tamaños, y aunque debo confesar ingenuamente que no tenian una figura muy graciosa ni elegante, eran tan fuertes, que saqué de ellas mucha utilidad. Tejí dos canastas grandes y espesas, en las cuales coloqué el arroz que tenia amontona-

do en el almacen. El dia que no llovia le empleaba en ir á buscar yerba para que á mi ganado no le faltase alimento, y Castor, que me acompañaba, me traia caza algunas veces. Fuera de esto, las patatas, el arroz y la leche de la cabra, abastecian suficientemente mi cocina; y si me hubieran faltado víveres hubiera podido matar algun cabrito; pero estimaba infinito aquellos animales, á los cuales cuidaba con esmero, y eran parte de mi familia. Solo en el último extremo me hubiera resuelto á quitarles la vida. No queria sin embargo que se aumentára el rebaño, y creyendo que se multiplicaria en la primavera, habia determinado matar los cabritos nuevos luego que dejasen de mamar, por cuyo medio lograria la ventaja de tener leche en abundancia y pieles para vestirme. La tortuga que habia salado se conservó perfectamente, y luego que la consumí busqué la ocasion de coger otra, que compuse del mismo modo; proporcionándome otra artesilla de concha,

y el medio de aumentar las salazones.

Luego que construí bastantes cestas las coloqué en las paredes de la gruta, colgadas en clavos grandes que clavé en las hendiduras de la roca, y coloqué en ellas las provisiones, y los clavos y herramientas con tal simetría que adornaban mi habitacion.

Lo que mas me incomodaba era la poca claridad, porque la lluvia me obligaba frecuentemente á tener cerrada la ventana, y privado de la luz que entraba por ella tenia que trabajar junto á la puerta. Los dias eran ademas muy cortos, y era preciso dejar la labor muy temprano. Entonces no tenia arbitrio para librarme del tedio: caia en la melancolía, y todos mis pensamientos eran tristes. En medio de una gran abundancia de las cosas necesarias á la vida, sentia no tener un compañero con quien repartirlas: el menos amable de mis antiguos camaradas hubiera sido para mí una compañía preciosa, y hubiera sido dichoso con su amistad. Las cari-

cias de mi perro no llenaban mi corazon, porque necesitaba un sér de mi especie que participase de mis penas y placeres. Estas reflexiones me arrancaban muchas veces amargas lágrimas, que comenzaban al caer la noche, y frecuentemente no me acostaba hasta despues de haber llorado algunas horas.

Una tarde, que estaba agoviado de tristeza, me ocurrió un pensamiento feliz, que me restituyó el ánimo, y me hizo soportar mi pesadumbre. "¿De qué me sirven las lágrimas, ex»clamé, y la afliccion á que me aban»dono? Mis inútiles deseos no me da»rán lo que necesito. Si Dios ha re»suelto que pase yo la vida en una »eterna soledad, su voluntad se cum»plirá á pesar de mis quejas. Debo »pues someterme á sus decretos hu»mildemente, y procurar la felicidad »que me sea posible. El tedio me ator»menta una parte del dia, porque me »hallo en la obscuridad sin poder tra»bajar; pero hay dos especies de ocu»paciones, la del cuerpo y la del alma.

»No tengo libros, ni plumas, ni pa»pel; pero conservo la memoria. ¿Quién »me impide recordar todo lo que he »aprendido en otro tiempo, y lo que »he leido en la escuela y en mi casa? »¿No será esto como si me refiriesen »alguna historia, ó como si yo la leye»se de nuevo? Quiero tambien recor»dar todo lo que he pensado y he he»cho desde que estoy en esta isla. »¿Quién dice que no podré hallar al»guna cosa propia para servirme de »papel? Escribiré entonces mis aven»turas, y esto me divertirá mucho se»guramente." Esta idea me ocupó hasta media noche, se enjugaron mis lágrimas, y me tendí á descansar en la cama de hojas con el corazon mas contento que lo acostumbrado.

Mis lectores se admirarán tal vez de que un niño, que apenas tenia trece años, fuese capaz de discurrir de este modo; pero yo les suplico que consideren que en la situacion en que yo me hallaba todos mis pensamientos se encaminaban á las cosas útiles; que no estando distraido con los jue-

gos de mi edad, ni con la frívola chanza de ningun niño, hablaba conmigo mismo; y últimamente, que las instrucciones que habia recibido de mis buenos padres y mis maestros germinaban, por decirlo asi, en la soledad, como una semilla echada en una tierra, en que no halla ningun obstáculo que la impida reproducirse.

Habia calculado el tiempo por las lunas: mi naufragio habia sido el 25 de abril, á los doce años y medio de mi edad, y desde aquella época hasta el principio de las lluvias habia contado cuatro lunas. Juzgué por consiguiente que me hallaba al fin del mes de agosto, y ya he referido el medio de que me valia para saber la duracion del invierno con exactitud. Mis vestidos estaban destruidos enteramente, y fue preciso hacerme otros de las pieles de cabra, que era una especie de túnica muy ancha, que me llegaba á las rodillas, formada de dos piezas unidas con una costura tosca, para lo cual me serví de las agujas del puerco espin y de un bramau-

te torcido como he dicho. Estreché este vestido á la cintura con una correa de la misma piel, hice tambien unos botines para libertar las piernas de las picaduras de los insectos, y muchos pares de sandalias, porque se gastaban en poco tiempo. Necesitaba tambien preservar la cabeza de los rayos del sol, que me incomodaba mucho, y para esto tejí mimbres dándoles la forma de un gorro puntiagudo, muy parecido á la mitra de los obispos, y le cubrí de piel con el pelo por fuera como en los demas vestidos. El que me hubiera visto en aquel trage hubiera creido que era un oso pequeño; pero aunque asi fuese quedé muy satisfecho de mi trabajo, y de la seguridad que ya tenia de estar vestido siempre. Los dias obscuros y lluviosos se pasaron en estas ocupaciones, y las primeras horas de la noche las habia empleado del modo que habia discurrido para desterrar el tedio. Yo habia leido repetidas veces la Biblia y el Evangelio durante tres ó cuatro años, y los conserva-

ba en la memoria: tuve el gusto de recordarlos siguiendo el orden de los acontecimientos, y formé muy pronto en mi espíritu una historia seguida, que principiaba en la creacion del mundo, y concluia en la muerte de Jesucristo. ¡Cuánto hubiera deseado poderla escribir! Despues de la historia santa me ocupaba en redactar mis aventuras, y este cuidado me ha proporcionado el dar ahora cuenta exacta de todo lo que me ha sucedido en la isla. No puedo acordarme de lo pasado sin sentirme penetrado de un tierno agradecimiento al Dios de bondad que me salvó la vida y colmó de tantos bienes, ni acordarme de mis quejas sin un vivo pesar. Desde aquel momento mi confianza en la Providencia fue completa, mis oraciones mas fervorosas, porque no me miraba como un desgraciado sin auxilio, sino como un hijo bajo la vista de su padre, pronto al menor peligro á refugiarse en sus brazos.

Ademas de estas ideas consoladoras tenia tambien la esperanza de que

cada año, aumentándose mis fuerzas, me proporcionarian el medio de mejorar mi situacion. El resto de la estacion lluviosa le empleé en hacer una gran porcion de bramante de diferentes tamaños, y una red para pescar.

Me admiraba extraordinariamente de no sentir frio, ni ver hielo, ni nieves, sino solo lluvias casi continuas, y algunas veces granizo. Los árboles en aquel dichoso clima conservan siempre su verdor, segun observaba con sorpresa cuando el tiempo me permitia salir. En fin, cesaron las lluvias, el sol brilló con todo su esplendor, y me convencia de que habia pasado el invierno; cosa que me alegró infinito, porque podia volver á ver las hermosas florestas de la isla, visitar mis dominios, renovar las provisiones y variar de alimentos. Conté las piedrecillas que habia echado diariamente en la calabaza, y habia ciento y quince, que son cerca de cuatro meses, cuya duracion poco mas ó menos consideré que seria la de cada

invierno en aquella parte del mundo.

Habiendo formado grandes proyectos de viaje hice los preparativos necesarios, cortando un cinturon de piel para colgar á un lado el hacha, y al otro una sierra pequeña; cogí una rama gruesa, la quité las hojas y vástagos para ponerla al hombro á manera de fusil, en donde coloqué una cesta para traer á mi habitacion lo que hallase de bueno. Cogí ademas un costal arrollado, le puse á la espalda, y tomé el camino de la casa de campo para conducir y establecer allí el ganado. Los pobres animales se alegraron mucho al verse en libertad, y poder rumiar la yerba fresca de las praderas y las ramas nuevas de los arbustos. Me seguian contentos, y Castor, casi loco de viajar conmigo, daba mil saltos, se revolcaba sobre la yerba y me agoviaba de caricias.

No hallé á mi llegada ningun vestigio de mi cabaña, porque se habia destruido enteramente, y las lluvias se habian llevado las reliquias; pero el parque estaba en el mejor estado,

el vallado tan espeso que yo no podia meter la mano, y los árboles nuevos habian brotado de tal modo por todas partes, que habian cerrado la entrada. Corté con el hacha todas las ramas que la tapaban, y metí dentro el ganado. La cabra hacia ya algun tiempo que no tenia leche, y no tuve inconveniente alguno en dejar en libertad á aquellos animales, para que saliesen del parque á buscar el sustento, bien seguro de que volverian por la noche, pues encontraban allí en donde descansar cómodamente. El buen estado de mi plantío me excitó el deseo de hacer otro semejante junto á la gruta, y rodearla de árboles escogidos que la adornasen; pero dejé la ejecucion de este proyecto para un poco antes del invierno, creyendo que las lluvias abundantes le serian favorables.

CAPITULO VII.

Nuevo viaje. El banano. Pesca singular El flamenco. Felix come espléndidamente. Las palmeras. ¡Este es vino! La comida completa. El papagayo. Medio para no olvidar el hablar y escribir. El ananas. El zarzo. Castor tira de él. ¡Qué lindo es Cocó. El jardin.

Me puse en camino con la esperanza de hacer nuevos descubrimientos en las partes de la isla que todavía no habia recorrido, y me dirigí por la costa que se estiende hácia el Mediodia. No podia caminar por la ribera á causa de la multitud de montañas cortadas perpendicularmente en muchos parages, y subí la cuesta de la ribera para bajar por el otro lado; pero hallé en la cumbre los árboles tan juntos y llenos de enredaderas, que no pude penetrar en el bosque que se presentaba entonces á mi vista. Marché algun tiempo por la cima de

las rocas, dejando á un lado la inmensidad del mar, y al otro una selva impenetrable. A poco que anduve los árboles estaban mas claros, la costa mas llana, y pude percibir á cosa de una legua de distancia la ribera, que como una hermosa alfombra de verdor, sembrada de bosquecillos de árboles, se estendia por el Sur desde Oriente á Poniente. Bajé apresuradamente á aquella magnífica pradería natural, que me presentaba á cada paso las umbrías mas agradables, y en donde descubria nuevas producciones, que no habia visto en los demas distritos de la isla que habia ya recorrido. Todo el tiempo era mio, porque lo habia dejado todo arreglado en mi habitacion, y resolví examinar atentamente todos los árboles y plantas que me cercaban para sacar alguna utilidad.

Advierto á mis lectores, para mayor claridad de mi narracion, que designaré desde ahora las producciones de la isla con sus nombres propios, que he aprendido despues de

mi salida, asi como les daba entonces otros análogos á los beneficios que me producian. Llamaba á la carata de flores encarnadas el árbol de la yesca, porque su meollo producia el mismo efecto, y de este modo las demas plantas.

El banano llamó desde luego mi atencion por su singularidad: es un árbol que al parecer no tiene tronco, sino un rollo de hojas tendidas unas sobre otras. Este grueso tronco verdoso era tres veces mas alto que yo, y tan tierno que derribé uno al primer hachazo, y me senté para examinarle despacio. Las hojas del banano son de un tamaño enorme, y lleva frutas bastante parecidas al cohombro, que tenian un sabor agrillo muy gustoso; pero yo no sé porque imaginé que estarian mejor cocidas. Se acercaba la hora de comer, para lo cual tenia huevos de pájaros y patatas: abrí un hoyo en la tierra como una hornilla, eché allí muchas bananas, y encima encendí lumbre. Este ensayo me salió bien, porque las ha-

llé buenas y casi tan nutritivas como el pan. Despues de haber comido busqué la sombra mas espesa para librarme del extremado calor, y la encontré bajo los mangles elevados y una multitud de ramas entrelazadas, que se extendian hasta el extremo de la ribera, formando á lo lejos en el mar arcos y bóvedas de verdor de figuras muy variadas. El mangle ó higuera silvestre crece en las orillas del mar, en terrenos pantanosos, y son unas raices que salen de la tierra, se elevan y extienden por todos lados, llegando algunas veces á una altura desmesurada.

En este tiempo me distrajo de mis observaciones un espectáculo divertidísimo, que era una pesquería que se hacia á cien pasos de donde yo estaba. Los pescadores eran una bandada de pájaros grandes con las alas de color de fuego, que llaman flamencos: estaban colocados en fila á la orilla del mar, y parecian un regimiento con uniforme encarnado en línea de batalla. Una cosa tan nueva para mí

excitó toda mi curiosidad: observé con atencion aquellos pájaros sin atreverme á moverme ni hacer el menor ruido, temiendo que se espantasen y echasen á volar, y advertí que habia algunos puestos al parecer de centinelas para seguridad de la cuadrilla. Me oculté en el ramage para que no me divisasen, y me entretuve mucho tiempo viéndoles comer pececillos y mariscos, y escarbar en el légamo con el pico, buscando insectos, que apetecen mucho. A pesar del gusto que tenia en mirarlos, deseaba sacar de ellos otro provecho: me acerqué poco á poco por entre los mangles, y cuando estuve cerca de la cuadrilla tiré en medio de ella un canto grande. Habia apuntado con tal acierto que cayó uno gravemente herido: las centinelas arrojaron un grito agudo, y toda la bandada echó á volar con la mayor rapidez. Me apoderé del flamenco, que casi era tan grande como yo, y no pude llevarle sino arrastra, por medio de un cordel, á la sombra de los mangles. Habia perdido tanta

sangre de la herida, que no tenia fuerza para picar: le corté la cabeza y comencé á desplumarle con intencion de asarle el dia siguiente. Regalé á Castor las entrañas, y despues que le limpié perfectamente le colgué en las ramas del árbol que habia elegido para pasar la noche.

La frescura de la tarde convidaba á pasear por la orilla del mar: alli ví una multitud de pececillos, que eran sin duda los que atraian á aquellos pájaros pescadores. Hice con cordel delgado una especie de sedal, atando á la punta algunas tripas del flamenco, y aunque sin anzuelos logré sacar bastantes peces, que me sirvieron para cenar asados en las ascuas, y me gustaron mucho. Concluí aquel dia interesante dando gracias á Dios por los nuevos beneficios que me habia dispensado, y me acosté en medio del espeso ramage de un mangle.

El dia siguiente por la mañana dirigí mis pasos á un frondoso bosquecillo de palmas; pero el flamenco me incomodaba porque era muy pesado,

y yo tenia ya bastante carga. Me ocurrió la idea de atársele á Castor encima del lomo, y regañándole unas veces y otras acariciándole, logré que el buen animal cargase con él, y le llevase hasta el bosquecillo, en donde pasé la mañana y dispuse la comida. Allí examiné diferentes especies de palmas, cada una de las cuales me ofrecia una ventaja particular. La que llaman palmera brasileña ó de abanico, tiene las hojas colocadas en esta forma en la extremidad de las ramas, y es muy alta; pero su grueso no es correspondiente. Derribé facilmente una muy nueva, cuyo tronco tenia poca madera, y una gran porcion de meollo semejante al cáñamo, que me proporcionaba nuevos materiales para cuerdas y redes. Recogí bastante, que puse á secar al sol, para meterla despues en el saco.

El palmito lleva en la copa un monton de hojas tiernas, que se llama cogollo, y es un excelente alimento, cuyo sabor se parece al de las alcachofas.

Se aprecia tanto que cortan el árbol para cogerle. Mi ignorancia me privó de sacar de él la utilidad que pude para alimentarme; pero la casualidad me dió á conocer que aquel árbol daba una bebida deliciosa. Para ver el grueso que tenia la corteza hice una incision en el tronco, y al punto salió un líquido, que recogí en una taza: era un vino dulce y muy agradable de beber, que se conserva bueno tres dias, y despues se vuelve vinagre.

Ví tambien la palmera sagú, de la cual, si hubiera tenido mas instruccion, hubiera sacado del meollo una masa sustanciosa. ¡Cuánto sentí mi falta de conocimientos, que me privaba de los beneficios que me hubieran proporcionado tantas producciones diferentes si hubiera conocido sus propiedades!

El magnífico coco se elevaba en medio de todos aquellos árboles, y no podia dejar de admirarle, porque me parecia que él solo bastaba para las primeras necesidades del hombre.

Todo es útil en aquel árbol; las hojas secas y trenzadas pueden cubrir las cabañas; suministra un licor como la palmera por medio de incisiones; la fruta, cuando es nueva, una leche deliciosa, y en el estado de madurez da una almendra blanca y firme como la avellana, á la cual se parece un poco en el sabor. La cáscara sirve para tazas, y la corteza exterior puede emplearse, como yo hice, para hacer bramante y cuerdas.

El tiempo se me habia pasado con mucha rapidez considerando tantas cosas maravillosas, y era preciso preparar la espléndida comida, á la cual nada debia faltar aquel dia, puesto que un vino excelente acompañaba á los buenos manjares. El flamenco fue asado con cuidado y dió mucha grasa aceitosa, que recogí en una taza de coco. Conservaba todavía en la gruta la de todos los animales que habia comido; pero la idea que me ocurrió en aquel instante jamas se me habia pasado por la cabeza. Imaginé que aquella grasa podia ser tan buena pa-

ra arder como la del carnero y la vaca. "¡Qué dichoso seré, exclamaba, si llego á tener un candil para alumbrarme durante las tristes noches del invierno! ¿Y por qué no? Una concha de Santiago será el candil, el hilo de las calcetas que he deshecho me dará las torcidas, y la grasa de los asados servirá de aceite." Saltaba de alegría con esta invencion; pero un puntapie que dí á la taza derramó toda la grasa del flamenco, cuyo azar me afligió poco, porque tenia medios para remediarle. Me acordé entonces de la fábula de la lechera, que sabia de memoria, y la semejanza del caso me hizo reir á carcajadas. En este exceso de alegría me puse á la mesa, es decir, que me senté sobre un césped muy fresco y blando. Hojas de coco servian de manteles: puse encima el asado, á un lado una hermosa nuez de coco, al otro una pirámide de patatas, dos tazas de vino de palmera á los dos extremos, y de este modo nada faltaba á la suntuosidad del festin. Castor, sentado enfrente de mí, espe-

raba con impaciencia su parte de la caza; yo como buen amo le serví primero, y ambos satisfacimos nuestra hambre y nuestra sensualidad.

Despues de comer trepé á los árboles á buscar nidos, y encontré huevos de paloma y de tórtola; pero el mejor descubrimiento fue el de un nido de papagayos, cuyos polluelos tenian ya algunos dias y comenzaban á cubrirse de pluma. Cogí el que me pareció mas fuerte, con el deseo de criarle y enseñarle á hablar, para oir alguna vez los acentos de la voz humana. Bajé poco á poco con mi prisionero, que temblaba todo, le acaricié, le metí en el pecho, le dí á beber vino de palmera, y le coloqué en la cesta sobre una capa de hojas.

Muchas veces habia temido olvidar la lengua francesa por falta de uso, pensando que en lo sucesivo podrian aportar hombres á la isla, y deseaba darme á entender. Por esto rezaba todos los dias mis devociones en voz alta, y ademas, cuando me paseaba, tenia gusto de repetir lo que habia

aprendido de memoria en mi niñez; pero la esperanza de hablar con mi papagayo me lisonjeaba mucho mas, y asi tomé á mi cargo educarle cuidadosamente. No podia soportar la idea de olvidar lo poco que sabia, y me consideraba muy desdichado por no aprender nada de nuevo, sin pensar que la experiencia era mi maestro, y por ella adquiria todos los dias algun nuevo conocimiento. Yo escribia bonitamente, y me contristaba por no encontrar ningun medio de cultivar esta habilidad, hasta que discurrí el escribir todas las tardes en la arena con un palito, alguno de mis pensamientos; pues aunque las letras estarian borradas al dia siguiente, siempre conservaria la facilidad de formarlas.

Despues de ocho ó diez dias de viaje, que ofrecieron nuevos objetos á mi curiosidad, y me enriquecieron con muchas cosas útiles, me hallé sin pensarlo de vuelta en mi habitacion, á la cual llegué por distinta parte de aquella por donde habia salido. La

cadena de rocas presentaba por aquel lado el aspecto mas pintoresco, figurando un invernadero de jardin. En lugar de tiestos de flores, los pequeños bancales, las hendiduras y salidas de las peñas estaban cubiertas de las plantas mas raras, cuya variedad embelesaba la vista, principalmente una de hojas espesas y carnosas, la mayor parte con espinas. Las caratas, los aloes, el magnífico cirio peruano se multiplicaban alli admirablemente, y la ofioglosa dejaba colgar por los lados de las rocas sus numerosos tallos entrelazados. En medio de estas diferentes producciones descubrí un fruto, cuya fragancia deliciosa convidaba á probarle. Cada planta no tenia mas que uno en la punta del tallo, que era como de dos pies de alto, y del grueso del pulgar. El fruto se parecia en la figura á la piña, amarillo por fuera, y por dentro tenia una carne blanca de un gusto muy fino y delicado, que dejaba en la boca una frescura deliciosa: era el hermoso ananas, la fruta mas perfecta del nuevo

mundo. Yo era demasiado goloso para no alegrarme con este hallazgo, y bastante racional para no preferirle á las cosas mas necesarias en mi situacion. Cuando llegué á mi morada lo hallé todo en el mejor orden, y sentí mucho no haber podido llevar mil objetos que habia encontrado en mi viaje, y cuya utilidad conocia bien. Habia llenado el costal del cáñamo que me habia suministrado la palmera brasileña, y le habia atado al lomo de Castor: yo vine cargado con un haz de cañas de azúcar, nueces de coco, y la cesta en que habia colocado á mi papagayo. Esto fué todo lo que traje de mi expedicion, por no tener medios de trasporte.

¡Cuánto deseaba poder construir un carruage, aunque no hubiera sido mas que un chirrion! Pero el eje, y principalmente las ruedas, eran cosas á que no alcanzaba mi industria, porque ignoraba absolutamente el oficio de carretero. Hubiera dado sin embargo de buena gana los ananas, las fresas y aun las cañas de azúcar por

un simple carreton. Despues de haber meditado mucho tiempo no hallé otro arbitrio que hacer un zarzo, en el cual pudiese cargar los objetos que quisiera conducir á mi habitacion. Bien conocia que me habia de costar mucho trabajo el arrastrarle por falta de ruedas; pero me lisonjeaba de que unciendo al perro por delante y empujando yo por detras lograria hacerle caminar. No quise tardar en ensayar mi proyecto: tejí ramas de sauce y formé un zarzo de unos cuatro pies de largo y tres de ancho; serré una tabla del precioso cofre en listones pequeños, y los clavé por debajo para darle mas fuerza y solidez. En el intervalo de mi obra comencé á usar de la red de pescar, y cogí muchos peces parecidos al mugil, que asados sobre las brasas tenian muy buen sabor. Luego que concluí el zarzo, se me presentó á propósito la ocasion de emplearle: maté una tortuga grande á la orilla del mar, la coloqué encima del zarzo y quise uncir á Castor. No me costó poco trabajo el con-

seguirlo, porque se rebelaba, y cuantas veces intentaba atarle se desembarazaba de las cuerdas dando saltos, y huia á larga distancia. Me ví obligado á castigarle, aunque con mucho sentimiento, para que obedeciese, como lo hizo al fin; y trabajando los dos de concierto logramos conducir el zarzo á la gruta. Este feliz resultado me llenó de complacencia; pero al mismo tiempo me compadecia de mi fiel camarada, al cual lastimaban necesariamente las cuerdas que le habia atado. Para remediar este mal traté de hacerle, con pieles de macho cabrío, una cosa parecida á los arreos de las caballerías de tiro, y me salieron tan blandos y flexibles que no podian causarle ningun daño: por este medio se acostumbró facilmente á tirar.

El tiempo se pasaba en viajes y labores, cuando advertí que tres cabras nuevas estaban preñadas y próximas á parir, como sucedió á poco, y logré tener con abundancia leche, cuyo alimento no habia probado ha-

cia ya mucho tiempo. El papagayo, al cual llamaba Cocó, crecia notablemente, y pronunciaba ya algunas palabras: le mantenia con frutas, bananas y vino de palmera, y se habia domesticado de tal modo, que me seguia en todas mis expediciones puesto encima del hombro, y besándome de cuando en cuando. Mi estatura y mis fuerzas se aumentaban tan prodigiosamente, que cargaba ya con facilidad el peso que apenas podia mover el año anterior, y me veia obligado á bajarme para entrar en la caverna, cuando antes no tenia que hacerlo. Todo esto me animaba á formar nuevas empresas: determiné plantar un jardin junto á mi habitacion para reunir en él los arboles, plantas y raices mas útiles y agradables. Hice primero un cercado con árboles nuevos, que desarraigaba y trasplantaba, colocándolos á corta distancia uno de otro: eran limoneros, acacias, saucos y muchos de otras especies, llenando el espacio que dejaba entre ellos con plantas enredaderas, que forma-

rian el año siguiente un vallado impenetrable. Dividí el espacio cercado en varios cuadros, en donde cultivé separadamente patatas, fresas, arroz, y otras plantas que podian serme útiles. Este trabajo fue largo y penoso, porque tenia que ir á largas distancias á traer todo lo que necesitaba para sembrar y plantar, para lo cual me servia el zarzo, y para cavar y regar la tierra una concha grande sujeta á un mango hecho de una rama gruesa. Mas á pesar de muchas fatigas y un continuo trabajo, apenas quedó bosquejado el jardin antes de la estacion lluviosa, que me obligó por segunda vez á encerrarme en mi habitacion.

CAPITULO VIII.

Provision para el invierno. Viaje al rio. Palmera enana. El miraca ó árbol de la cera. Pronto regreso á la gruta. Felix hace bugías. Ocupaciones del segundo invierno. El arco y las flechas. Remordimientos de Felix. Llora acordándose de su madre. Reza y se consuela. Vuelve la primavera. Progresos del jardin. Felix aprende á tirar el arco. Hace una mesa y algunos bancos.

Luego que parieron las cabras determiné criar los hijos y matar los machos viejos para aprovechar la piel, y alimentarme con la carne durante el invierno. Habia perfeccionado el arte de salar y preparar las carnes para conservarlas, y como tenia ya bastantes artesillas de concha podia reunir mayor cantidad de provisiones, y comer bien mientras durase la mala estacion. Cogí con lazos una multitud

de pajarillos, que á medio freir colocaba en una concha, cubriéndolos con grasa derretida, de modo que, libres del contacto del aire, no se echaban á perder. Asi los guardé durante seis meses. No fuí tan feliz en los ensayos que hice para tener luz, porque el sebo de los machos cabrios se apagaba en el candil, y á pesar de todos los medios de que me valí, no pude conseguir que llegase á arder. Entretanto se acercaba el tiempo de las lluvias, y preveia, con mucha pesadumbre, que tendria precision de pasar la mayor parte de aquellos dias en una triste obscuridad. Esta idea importuna era capaz de desalentarme y hacerme pasar en la inaccion los dias de verano que quedaban; pero me arrepentí al punto de esta flaqueza, y sometiéndome á la necesidad me resolví á emprender antes del invierno otra nueva excursion al rio, que no habia visitado en aquel año.

Partí una mañana despues de haber uncido á Castor al zarzo, que arrastraba con facilidad, porque iba con

poca carga. Yo caminaba gravemente, armado de todas piezas, con el papagayo al hombro, y considerándome como dueño y soberano de todo cuanto veia. Pero ¡con cuánto gusto hubiera trocado mi imperio por la sociedad de un hombre y la felicidad de poseer un amigo! Subí á una colina y descubrí una gran llanura fértil y deliciosa, en donde todo respiraba tranquilidad, y estaba cubierta de yerba alta y de un verde hermoso, cortada por todas partes con bosquecillos de palmeras y otros árboles desconocidos. El rio, como una ancha cinta de plata, atravesaba el valle, y sus orillas estaban guarnecidas de cañas y otras plantas acuáticas. Bajé apresuradamente, llegué al primer bosquecillo, donde queria detenerme algun tiempo, y observé una especie de palmera, que no habia visto en ninguna parte. Era infinitamente mas pequeña que las demas, pues el tallo apenas tenia la altura de un hombre, por lo cual la llamé *palmera enana;* y las hojas espinosas, y el fruto mas

grueso que el huevo de paloma. Formé el proyecto de arrancar las mas jóvenes, y fortificar con ellas mi vallado. Un bosquecillo muy lindo de zarzas, que no conocia, llamó mi atencion, porque todas las ramas estaban cargadas de bayas (1) de una calidad rara. Quise coger algunas, y estaban cubiertas de cera que se pegaba á los dedos, cuya singularidad me sorprendió y me hizo meditar profundamente. "¿No podré recoger bastante cera para fabricar bugías? Si llevo á mi habitacion una gran porcion de bayas y las cuezo en agua, la cera subirá encima sin duda, porque esta es la propiedad de todas las materias grasientas. Si consigo separarla del fruto, haré facilmente velas como las

(1) El árbol de la cera ó miraca, crece en la Luisiana y en la Carolina. Es un arbusto bonito, cuyas bayas contienen granos cubiertos de una especie de cera, de la cual hacen los habitantes del pais muy buenas bugías.

Se llaman *bayas* los frutos blandos, cuya carne encierra los granos, como la yedra, el laurel &c.

que se hacen en mi pais con el sebo. ¡Vamos! esto vale la pena de volver hoy mismo á la caverna, y si no logro mi intento no tendré á lo menos de que arrepentirme." Me puse inmediatamente á la obra y pasé el dia en recoger bayas, de las cuales llené un costal y una cesta grande, que coloqué encima del zarzo. Era muy tarde cuando concluí mi recoleccion; pero la claridad hermosa de la luna favorecia mi regreso, y el viento fresco de la noche disminuia mi fatiga y la de mi compañero de trabajo, que tiraba alentadamente del zarzo, y yo le ayudaba empujándole por detras. La parla de Cocó me divertia en el camino: "¡Animo! amo mio ¡ánimo! pronunciaba claramente: á casa, á casa: da vino á Cocó." Despues silvaba la música de la cancion de *¡Viva Enrique cuarto!* que yo le habia enseñado. Cuando llegué tenia ya gana de descansar: bebí una taza de leche caliente y me acosté, deseando con tal impaciencia que llegase el dia siguiente, que el sol me halló de pie.

Mi primer cuidado fue encender lumbre, poner las bayas en la marmita á cocer á fuego manso, y hacer entretanto las torcidas. Luego que ví aparecer encima del agua una hermosa materia aceitosa, de un color verde claro y de un olor agradable, la saqué con una concha y la coloqué en una de tortuga, que arrimé á la lumbre para que se mantuviese líquida. Cuando tuve ya bastante cantidad de cera derretida empapé en ella las mechas, una tras otra, y las colgué en seguida en las ramas de los árboles. Despues que agarró la cera y se enfrió, las metí de nuevo, y continué repitiendo esta operacion hasta que las bugías me parecieron bastante gruesas. Las coloqué entonces en el parage mas fresco de la gruta para que se endureciesen perfectamente antes de usarlas. Sin embargo, es fácil de imaginar que yo deseaba ver el efecto aquella noche misma: asi lo hice, y quedé extremadamente satisfecho, porque daban una luz suave, que reflejando en las paredes brillantes de la gruta

alumbraba todo el interior, y me permitia trabajar como en medio del dia. ¡Qué dichoso me consideré en poseer tan precioso descubrimiento! Este nuevo beneficio de la Providencia penetró mi corazon de una tierna gratitud, cuyo sentimiento experimentaba siempre que encendia una de las bugías. Para hacer mayor cantidad fuí cinco ó seis veces al bosquecillo, y traje tantas bayas, que saqué cera para unas cien bugías.

Ví llegar el invierno sin la menor pesadumbre, y le pasé como el primero en diferentes obras: corté vestidos nuevos perfeccionando la hechura, y aumenté mi guardaropa con una buena capa, que me serviria cuando me sorprendiese alguna tempestad, cosa que sucedia con mucha frecuencia. Hilé una porcion de bramantes y cuerdas delgadas, que me eran muy necesarios, y despues de concluidos estos trabajos emprendí la fabricacion de un arco. La isla producia una madera elástica muy á propósito para mi intento; y despues de mu-

chos ensayos infructuosos, conseguí á fuerza de constancia hacer un arco que podia tirar y aflojar facilmente. Las flechas me costaron todavía mas tiempo: al principio las puse en la punta espinas de pescados; pero preferí despues las de las acacias, de que he hablado anteriormente, porque desempeñaban mi objeto; y por último construí una especie de estuche para guardarlas á manera de aljaba. Para ejercitarme en tirar el arco esperaba que el buen tiempo me permitiera salir.

Si las fuerzas corporales estaban siempre en actividad, no tenia ociosas las del espíritu, que se aumentaban diariamente con la reflexion y el estudio. Esta última palabra podrá sorprender á mis lectores, porque en efecto, ¿qué puede estudiarse sin maestro ni libros? Pero yo estudiaba la naturaleza, que es un libro abierto siempre para los que quieren leerle. Examinaba cuidadosamente todas las producciones de la isla; procuraba sacar de ellas alguna utilidad; las clasificaba en mi cabeza con un or-

den que me impidiera confundirlas, aunque eran muy numerosas y variadas. Contemplando las maravillas de la creacion, mi alma se elevaba á su divino Autor; admiraba su sabiduría infinita, su bondad sin límites para los seres que ha formado; y mi corazon y entendimiento se enternecian y pasmaban.

Mis reflexiones eran frecuentemente mas dolorosas, porque cuanto mas adelantaba en edad mas se fortalecia mi razon, y me arrepentia de los disgustos que habia dado á mi madre, y el abandono en que la habia dejado. Yo era testigo de la ternura de las madres para con sus hijos, en las diferentes especies de animales que me rodeaban, y me recordaban los afectuosos cuidados que habia recibido, y habia pagado con tanta ingratitud. "¡Oh Dios mio! exclamaba algunas veces en la angustia de mi dolor, si habeis ordenado que pase toda mi vida en esta soledad, me someto gustoso, como á un castigo que he merecido con justicia; pero si despues de al-

gunos años de tormentos os dignais perdonarme, conducidme con mi madre, para que yo emplee todos los instantes de mi vida en reparar mi conducta pasada, en honrar, amar y servir á la que me ha dado el sér, y me ha enseñado á conoceros y adoraros." Un diluvio de lágrimas acompañaban esta oracion, que hacia renacer la esperanza en mi corazon afligido.

Las lluvias habian durado quince dias mas que el año anterior, y aunque este tiempo me habia parecido mas corto, porque no le habia pasado en tinieblas, ví sin embargo con extremado gusto el regreso de la primavera. El efecto que habian producido en mi plantío los cuatro meses y medio de invierno me alegró infinito, porque los árboles habian crecido considerablemente, las plantas enredaderas llegaban á la copa, y reunido todo defendia tambien el jardin como una pared de mampostería. Todo lo que habia plantado y sembrado prosperaba admirablemente; el arroz estaba hermoso; las fresas en flor pare-

cian copos de nieve, las cañas de azúcar crecian infinito, y todo estaba risueño y animado en aquel bonito cercado. Una multitud de pájaros, atraidos por la frescura del sitio, y por el abundante alimento que allí encontraban, buscaban parages cómodos en los árboles para hacer nidos, y aquellos huéspedes emplumados devoraban una parte de mis granos y frutas; pero yo preveia que me indemnizarian por varios medios. Sus huevos me suministrarian uno de los manjares que mas me agradaban, y con el arco y flechas pensaba disminuir mucho el número de aquellos nuevos habitantes, para que no dañasen demasiado mis cosechas, y me proporcionasen asados finos y delicados. Con semejante ambicion es fácil de creer que no me olvidaria de ejercitarme en tirar con exactitud, y para esto elegí un punto á donde tiraba sin dejarlo hasta que daba en él. Cuando me hallé bastante diestro me ensayé en los pájaros, y adquirí en fin tanta destreza, y una mirada tan fija, que muy

pocas veces erraba el objeto á que habia apuntado. Hallaba en este ejercicio no solamente un aumento de buenos manjares, sino una diversion particular. Me hubiera arrepentido de matar aquellas inocentes criaturas si la necesidad no me hubiera obligado á ello; pero no habiendo destruido mucha parte de ellas, me hubieran ahorrado el trabajo de recoger los granos y frutas, dejándome sin alimento para vivir durante el invierno.

Provisto de todo lo necesario para subsistir pensé en adquirir algunos muebles de gusto; pero como habia gastado todas las tablas del cofre no pude construirlos de madera, á pesar de que necesitaba una tarima cubierta de pieles para evitar la humedad, una mesa, y una silla ó banco, para sentarme cómodamente.

Hice todo esto como cestero, en cuyo arte habia adquirido mucha destreza á fuerza de ejercicio. Para formar la cama clavé en la tierra con solidez cuatro estacas de un pie de altura, y encima un zarzo fuerte tejido

de ramas de sauce, que cubrí con tres ó cuatro pieles de macho cabrío, y logré una cama muy regular. Hice la mesa precisamente del mismo modo, con la diferencia de que era cuadrada, y la cama mas larga que ancha. No me alabaré de haber guardado las proporciones necesarias en todas estas obras, pero como solo buscaba la utilidad, lograba mi designio. No pude de ningun modo fabricar una silla, y me ví obligado á contentarme con un banco; pero para que tuviese resistencia le fijé en un parage, que fue delante de la mesa, y como no era portátil hice otros tres, distribuidos en diferentes sitios de la gruta.

CAPITULO IX.

Grande empresa. Ambicion é imprudencia. El bosque tenebroso. ¡Qué maligno es el mono! Combate. Victoria de Felix y Castor. Tempestad. Cocó tiene mucho miedo. Viento impetuoso. Ruido terrible. El árbol se rompe. El valle y la cascada. El logia y su habitacion. Mutacion de teatro. A Felix le falta todo. No puede hallar salida ni librarse de la lluvia. La caverna de la muerte. Los huesos. No teme nada. Entierra los huesos. Felix duerme en la caverna. Se vuelve á poner en camino.

Si mis lectores han observado el modo que yo tenia de vivir, y mis diferentes géneros de ocupaciones, habrán advertido que eran mucho mas multiplicadas al acercarse el invierno, porque necesitaba hacer la recoleccion, preparar las salazones, reunir materiales para trabajar, recoger leña seca,

y una gran cantidad de yerba para mi ganado, secándola antes al sol, y revolviéndola continuamente hasta que perdia toda la humedad. Al principio de la primavera era cuando disfrutaba mayor libertad, y el tiempo que elegia para mis largos viajes, cuya manía me dominaba. Poseia casi todo lo que podia desear; pero me faltaba juicio para contentarme con ello, y queria siempre descubrir nuevas comarcas y engrandecer mi dominio. ¿Por qué el hombre, que tan poco necesita para satisfacer sus verdaderas necesidades, ha de ser insaciable en sus deseos, y ha de destruir frecuentemente su felicidad por aumentarla? Aunque yo era niño todavía, participaba ya de esta locura del espíritu humano. Habia recorrido una gran parte de las costas de la isla; pero habia penetrado poco en el interior, y lo deseaba mucho, bien persuadido de que encontraria allí cosas dignas de mi curiosidad, y propias para acrecentar mis riquezas. Como este era solo un viaje de observacion

no quise llevar el zarzo, que hubiera retrasado mi marcha, y cansado á Castor y á mí. Le puse sobre el lomo dos costales arrollados y la capa, y yo llevé una especie de zurron que habia hecho poco tiempo antes, y me armé con una hacha, una sierra, el arco y las flechas. No teniendo que temer á los ladrones dejé abierta la puerta de la gruta para que las cabras saliesen á pastar al campo, seguro de que por sí mismas volverian á su asilo, y cerré el jardin exactamente para que no me le estropeasen.

Partí en fin lleno de alegría y esperanza: Castor, que participaba de mis gustos vagamundos, iba delante muy contento, y Cocó charlaba de tal modo que me aturdia los oidos. Despues de haber atravesado la gran llanura hasta el rio, que la divide en toda su longitud, seguí costeando la ribera, y hallé un sitio en que el agua estaba tan baja que pasé al otro lado, sin que me llegase mas que á la cintura. Me interné en el pais, que estaba adornado de trecho en trecho con

limoneros en flor, que exhalaban un olor suave y delicioso. En seguida de un terreno llano y muy extenso, percibí un bosque espeso, al cual me dirigí, por mi aficion á los árboles nuevos, que tantas cosas útiles me habian proporcionado. Llegué al tiempo que el gran calor me hacia desear una sombra saludable: comí algunas patatas y pájaros asados, que llevaba conmigo, y despues de haber descansado algunas horas me metí en el bosque. Tenia una sed extremada, porque no habia encontrado agua desde que me alejé del rio, cuando ví una espesura de cocos, y fuí á trepar á uno de ellos á coger algunas nueces para beber la leche; pero me sorprendí y asusté al ver caer una porcion de aquellos frutos, como si los arrojasen desde la cima de los árboles dirigidos contra mí. Me costó trabajo el librarme de ellos, lo mismo que Castor, que empezó á ladrar con toda su fuerza. Procuré en vano descubrir el enemigo oculto que me acometia tan repentinamente, porque solo ví agitarse

el ramage sin poder distinguir nada por su espesura, hasta que al fin ví saltar un mono de un árbol á otro, y bajar despues por el tronco, poniéndose en cuclillas al pie, y haciéndome gestos horribles. Castor, viendo aquel maligno animal á su alcance, se arrojó á él y le ahogó en un momento. Bajaron al punto como otros doce de los cocos arrojando agudos gritos, y se acercaron á nosotros con ademan amenazador: alenté á mi compañero para que los atacase, y para ayudarle armé el arco y apunté con tanta exactitud, que herí uno; pero viendo despues que cercaban al perro, y que le costaba mucho trabajo defenderse, me arrojé sobre ellos con el hacha y maté algunos. Los demas huyeron espantados dando gritos, y nos quedamos dueños del campo de batalla y las armas de los vencidos, que eran unas veinte nueces de coco que nos habian tirado.

El encuentro de los monos me sorprendió mucho, porque hacia ya dos años que habitaba en la isla, y

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

no habia visto mas que cabras y algunos agutis. Sospeché que aquel bosque podia servir de guarida á otros animales mas peligrosos, y para alejarlos encendí una gran hoguera cuando llegó la noche. Despues de haber cenado nueces de coco subí á una encina, me acomodé en las ramas para pasar la noche, colocando el papagayo en una de ellas, y me dormí profundamente. Me desperté sobresaltado al estampido de los truenos, y á los relámpagos que surcaban las nubes, anunciando una horrorosa tempestad. Si caia una lluvia abundante no tenia mas defensa que las hojas del árbol, que se calarian muy pronto, y por lo mismo me cubrí lo mejor que pude con la capa, puse en el pecho á Cocó, que temblaba asustado de la tempestad, y esperé de este modo la inundacion que temia. Un viento impetuoso se levantó repentinamente y se llevó las nubes; pero yo no sabia si debia alegrarme, porque todos los árboles del bosque se estremecian, y el que me servia de asilo

se bamboleaba extraordinariamente. A este motivo de temor se juntaba el de un ruido espantoso y continuo, tan extraño, que no podia adivinar su orígen, aumentándose á cada ráfaga de viento, de modo que el hombre mas animoso no hubiera podido escucharle sin agitacion. El papagayo gritaba y estaba inquieto; Castor aullaba al pie del árbol, y su amo agarrado á las ramas mas fuertes del árbol, esperaba temblando lo que el cielo dispondria de su suerte. ¡Qué larga me pareció aquella noche, principalmente por el ruido insoportable que me ensordecia y penetraba de temor! Amaneció en fin, y apenas podia distinguir los objetos, miré por todos lados, y ví á alguna distancia de mí un grupo de árboles parecidos á los nogales, cuya copa estaba cubierta de largas vainas de color muy obscuro y de madera tan dura, que dándose unas con otras por la fuerza del viento, producian aquel alboroto que me habia aterrado. Como yo era naturalmente osado me avergoncé del

miedo que habia tenido, y quedé convencido de que las cosas que nos espantan, cuando ignoramos la causa, no son frecuentemente nada peligrosas. El viento comenzó á calmarse, y deseoso de examinar de mas cerca aquellos frutos estrepitosos, trepé á uno de aquellos árboles, desprendí algunas de aquellas vainas, y conocí al momento que eran cañafístolas, las cuales me acordé que habia comido en mi primera infancia. La cáscara, muy larga y dura como el hierro, está dividida en pequeñas celdillas que encierran una especie de dulce negro, y una almendra, que es la semilla del árbol. Me prometí muy de veras no volver á tener miedo jamas del ruido ni de la obscuridad, pues ni una ni otra son temibles por sí mismas.

Mis dos compañeros de viaje se repararon de las fatigas de la noche, el uno devorando el cuerpo de uno de los monos que habiamos muerto, y el otro mascullando la almendra de una nuez de coco. Yo, que no deseaba otra cosa que agua; seguí caminando

mas de dos horas sin encontrarle; pero recuperé las esperanzas viendo que el terreno formaba una hondonada rápida. Bajé á una cañada deliciosa, cubierta de verdor y tan fresca, que anunciaba la inmediacion de algun manantial. A poco llegó á mis oidos el ruido agradable de una cascada que caia de una roca, de mas de quince pies de elevacion, en un pilon formado por la naturaleza, y se dividia en hilillos de agua imperceptibles.

Despues de apagar la sed traté de renovar mis provisiones: maté muchos pájaros de los infinitos que poblaban aquel sitio; hallé tambien abundancia de bananas; asé estos alimentos, y me senté á comer junto al pilon, en el parage mas frondoso que he visto en toda mi vida. El bosque se aclaraba alli formando un magnífico salon cubierto de yerba, que parecia separado del mundo con espesas murallas de árboles, en donde no penetraban los rayos del sol. Sin embargo del recreo que disfrutaba alli, me sobresaltó la dificultad de salir

del bosque, cuyos límites no podia conjeturar; pero, como la demasiada prevision no es propia de la niñez, se disipó mi recelo, y despues de haber pasado la fuerza del calor proseguí alegre mi viaje. Anduve cuatro dias sin encontrar objetos nuevos dignos de mi atencion; pero al quinto me hallé entre unos árboles de prodigiosa elevacion, enteramente desconocidos, y de los cuales corria una gran cantidad de goma, que probé, y me pareció de un sabor delicioso. Alcé la vista á la copa de aquellos árboles, y me quedé atónito al distinguir en ella una especie de choza con techo, y al parecer muy espaciosa. ¿Estará fabricada por los hombres? ¿Tendrá algunos habitantes? ¿Deberé arriesgarme á subir? Despues de haberme propuesto estas cuestiones permanecí indeciso, no pudiendo adivinar qué especie de criatura habia elegido semejante habitacion. La curiosidad pudo mas que el temor vago que me contenia; pero el tronco del árbol era tan alto y resbaladizo, que caí

muchas veces al suelo: me desembaracé de todo lo que podia incomodarme, y solo conservé el hacha para defenderme en caso de ataque. En fin, con increible trabajo llegué á la cima del árbol, y hallé que el edificio aéreo estaba abandonado, y en parte destruido por el tiempo. Unos agujeros grandes que tenia el techo me permitieron ver todo el interior, que era una serie de nidos puestos en línea á dos pulgadas uno de otro, en dos filas con muchas entradas, formando cada una una calle. Aquellos edificios estaban compuestos de yerbas colocadas con mucho arte, y el techo lo cubria todo de tal manera que ningun animal podia penetrar alli. Varias cáscaras de huevos rotos me hicieron creer que aquella obra era de alguna especie de aves que vivian en sociedad como las abejas. Para que mis lectores consulten con facilidad los diccionarios de historia natural acerca de este singular fenómeno, les diré lo que he sabido despues: que el árbol en que yo habia subido es

el *mimosa*, y que el pájaro que construye aquellos nidos tan primorosos se llama el *lojia*. Este espectáculo extraordinario me excitó muy tristes reflexiones. ¡Felices aves, exclamaba yo, cuánto debo envidiar vuestra suerte! Vosotras vivis y moris en medio de vuestra familia cercadas de seres de vuestra especie; con su auxilio ejecutais los trabajos mas difíciles, y yo solo en un desierto, abandonado á mis propias fuerzas, sin padres ni amigos, viviré en una triste soledad, y moriré sin dejar á nadie pesadumbre. ¿Pero quién ha destruido vuestro asilo, benignas y pacíficas criaturas? Vosotras gemis sin duda dispersas, ó habeis perecido víctimas de vuestros enemigos. ¡Ah! ¡que no pueda yo reuniros en vuestra tranquila morada y restituiros la felicidad que habeis perdido!

Bajé del árbol sumergido en la mas profunda melancolía, de la cual me distrajeron las caricias de Castor y las del papagayo, que no dejaba de repetir: ¿de dónde vienes, Fe-

lix? Da vino á Cocó, besa á Cocó.

Me cansaba ya de vagar por aquel bosque, y deseaba volver á ver el mar y hallar de nuevo mi habitacion; pero cuanto mas me adelantaba encontraba mayores obstáculos. El aspecto del sitio se habia mudado de tal modo, que era en extremo desagradable, pues en lugar de aquellos hermosos árboles cargados de frutos, que me alimentaban y refrigeraban, no veia mas que pinabetes y otros árboles estériles. Estaban tan unidos y rodeados de una cantidad tan grande de zarzas, enredaderas y otras plantas espinosas, que solo cortándolas con el hacha podia abrirme camino. Los víveres me faltaban muchas veces, porque las aves frecuentaban poco aquellos sitios áridos, por donde caminaba tal vez un dia entero sin encontrar una gota de agua. No habia ya para mí limones, nueces de coco, bellotas dulces, sino raices duras y amargas, que comia cuando me acosaba el hambre, y me producian cólicos y vómitos.

El deseo y la esperanza de hallar salida y huir de un sitio que me parecia una vasta prision, sostenian mi valor, aunque mi situacion era cada dia mas penosa, porque habia llegado á un parage tan cubierto de maleza, que hubiera sido necesaria una compañía de gastadores para abrir paso. El hacha, toda embotada, me servia muy poco; tenia las piernas ensangrentadas con las espinas, y las sandalias, gastadas á fuerza de caminar sobre pedernales, no libertaban ya los pies de las heridas.

Tantas circunstancias crueles abatieron mis fuerzas de tal suerte, que me dejé caer en tierra y derramé un torrente de lágrimas. ¡Cuánto lamenté la imprudencia de haberme alejado tanto de mi habitacion, de haber perdido de vista las costas del mar, y haberme internado en aquel bosque tenebroso! ¡Cómo echaba de menos mi alegre y cómoda habitacion! En medio de mi llanto y mis sollozos, levanté las manos al cielo y rogué á Dios fervorosamente que termi-

nase mis tormentos y me favoreciese para salir de aquel funesto parage. Oyó sin duda mis súplicas el que no abandona jamas á sus criaturas, y en aquel mismo instante conocí su proteccion, porque Castor, que corria por todas partes devorado del hambre, trajo á mis pies un animal que yo no conocia, y del cual se habia comido ya la cabeza. Le desollé al momento, encendí lumbre con ramas secas y resinosas, que ardian con demasiada lentitud para mi impaciencia; asé el animal y comí mucha parte de él antes que estuviese en punto. Restaurado un poco con aquel alimento dí gracias á Dios, y reflexioné mas tranquilo acerca de mi situacion. Viendo que era imposible pasar mas adelante determiné volver atras, pero la empresa era muy difícil, porque las sendas cruzadas no podian reconocerse, y hallando siempre parages nuevos no encontraba los que habia pasado. En vano busqué la cascada y el valle ameno que tanto me habia gustado, y todos mis esfuerzos no ser-

vian sino para extraviarme cada vez mas. Para colmo de desgracia el tiempo se puso tempestuoso, la lluvia caia á torrentes, el granizo seguia despues, y yo para guarecerme no tenia mas que los árboles, cuyas hojas, empapadas de agua, me la echaban encima con mas abundancia. En este apuro iba á abandonarme al desaliento, cuando los ladridos de Castor me llevaron cerca de una roca, en donde descubrí una abertura muy baja. En la situacion en que yo me hallaba nada podia espantarme; me introduje alli con mucha dificultad, y ví una profunda caverna en donde entraban algunos rayos de luz por encima. Despues de caminar algun tiempo hallé una sala bastante grande, en medio de la cual habia un atahud abierto, hecho de palos entrelazados, y sostenido por cuatro estacas de la altura de un hombre. Trepé por una de ellas para examinar el atahud, que estaba lleno de huesos humanos casi reducidos á polvo, y solo dos cabezas se conservaban enteras: al pie de aquellos

despojos habia un arco y flechas, un sable de una madera extraordinariamente dura, y muchas calabazas vacías. Me quedé inmóvil de asombro sin poder adivinar cómo aquellas reliquias humanas se hallaban en aquel sitio. Despues de haberlo pensado mucho, me persuadí que aquella isla habia estado poblada en otro tiempo; que los insulares habrian escogido esta caverna para sepultura de sus muertos, ó acaso de sus reyes; y que algun acaecimiento los habria destruido ú obligado á abandonar la isla; y esto debia haber sucedido hacia ya un gran número de años. Aunque la caverna era horrorosa me pareció un asilo que debia á la bondad del Omnipotente, porque en mi situacion era una felicidad tener un abrigo contra las injurias del tiempo. Yo habia oido hablar muchas veces á mis padres del respeto que se debe á los difuntos, y como la necesidad me habia obligado á apoderarme de su morada, quise antes prepararles otra. No era tan estúpido que temiese á los muertos,

y asi no tuve ninguna repugnancia en llevar los huesos á una hoya que habia cavado á alguna distancia, envueltos en la capa de pieles, y cubriéndolos despues con tierra. Volví despues á la caverna, la limpié y encendí lumbre para purificar el aire, recogí el arco que habia hallado encima del atahud, que era mas fuerte y mejor construido que el mio, y el sable, que cortaba como si fuera de acero; pero estas dos armas eran demasiado pesadas para mí, y determiné guardarlas hasta que aumentándose mis fuerzas pudiera usarlas.

La noche siguiente tuve el gusto de dormir en una buena cama de musgo, y aunque hacia ya unos tres meses que mi vida errante no me permitia gozar este beneficio, dormí sin embargo muy poco, porque mi espíritu estaba demasiado inquieto. ¿Estoy destinado, exclamaba, á vivir encerrado en este sitio agreste? Si me coge aqui el invierno moriré de miseria, pues no hallando en esta estacion apenas de qué alimentarme, ¿qué

será cuando las lluvias abundantes me impidan salir? No debo, pues, acobardarme para huir de este bosque y volver á mi habitacion, ni temer los trabajos y fatigas, porque se trata de salvar la vida."

Al punto que amaneció pensé en los medios que podian favorecer mi marcha: empleé la piel del animal que Castor habia muerto en hacerme nuevo calzado, y la puse doble para que resistiese mas tiempo. Até al lomo del perro el sable, el arco y las flechas de los salvages, y me puse en camino, resuelto á vencer todos los obstáculos para recobrar la libertad.

CAPITULO X.

Felix ha discurrido bien. Sube por el arroyo. Esperanzas. Saldrá. Alegría y agradecimiento. La montaña. Vista deliciosa. Llegada. Estado del rebaño. ¡Ah qué bien está uno en su casa! Provisiones de invierno. Felix se hace vestidos nuevos. Reflexiones tristes. Comparacion consoladora. Aumento de la estatura y fuerzas de Felix. Trabajos considerables. Partida para visitar las costas. Espectáculo espantoso. Consternacion. Curiosidad. Gran sorpresa. Enagenamiento de gozo. Son dos. Regreso á la gruta. La nodriza. Reflexiones alegres. Castor contrae amistad con el recien venido.

Abandoné sin pesadumbre la caverna de la muerte, tan melancólica y sombría, que no me presentaba otra utilidad que la de libertarme de una inundacion. Todos mis deseos se

dirigian á mi gruta, mi jardin y mi rebaño. Desde que me habia perdido no habia podido calcular el tiempo, pero me parecia con razon, que me quedaba poco para hacer la recoleccion de frutos y reunir provisiones para el invierno. Pensando en esto caminaba con valor, cortando y rompiendo todo lo que me impedia el paso: el murmullo de un arroyo me dió alguna esperanza, aunque le oia sin verle; le descubrí al fin, y la direccion por la orilla me pareció menos difícil. Discurrí de este modo: "este arroyo tiene el origen en alguna montaña, que encontraré precisamente subiendo sin separarme de sus márgenes. Si nace en el bosque mismo treparé á la copa de los árboles mas altos para descubrir las inmediaciones y el camino que he de tomar; y aun es posible que el arroyo me saque fuera del bosque. ¡Oh Dios mio! dirige mis pasos, y no abandones á tu criatura en tan grande afliccion."

Era preciso tener constancia para seguir este proyecto, y así cami-

né cuatro dias sin encontrar nada que justificase mi esperanza, viviendo de algunas raices, ó mas bien muriendo de hambre. El pobre Castor estaba como yo extenuado de necesidad, y estuve cerca de perder el papagayo. Felizmente halló en los matorrales un fruto negro pequeño, parecido á la casis, con el cual se regaló, aunque yo no pude comerle por su acritud.

Al quinto dia empezó á aclararse el bosque, y los árboles, menos inmediatos, me dejaban tender la vista á bastante distancia. Hallé árboles de algunas especies que ya conocia, y poco despues varias encinas, cuyas dulces bellotas me suministraron un alimento soportable.

En fin, el bienhechor arroyo me condujo fuera del bosque, y dirigiendo entonces la vista por todos lados, percibí con tanta sorpresa como alborozo, la misma montaña que habia ya pasado y conocí perfectamente. Me arrodillé á dar gracias á Dios por mi libertad. Un hombre encerra-

do en lo interior de un calabozo, en donde espera la sentencia de muerte, no se enagena, cuando le anuncian su libertad, tanto como yo en aquel venturoso instante. Olvidé todas las penas pasadas, y no sentí mas que la felicidad presente.

La montaña se presentaba por aquel lado con diferente aspecto, y una especie de senda ofrecia mucha facilidad para subir, pero el cansancio me obligó á esperar al dia siguiente. Algunas patatas que tuve la fortuna de hallar, recuperaron un poco mis fuerzas, y pasé la noche en la copa de un árbol al pie de la montaña.

El dia siguiente aun no habia llegado el sol á la mitad de su carrera, cuando yo á la cima deseada. ¡Con qué alegría descubrí todos los sitios que habia recorrido tantas veces, y principalmente el camino de mi habitacion querida! Examiné el parage por donde podria bajar para llegar mas pronto. Mis sentimientos eran muy diferentes de los que habia ex-

perimentado encima de aquella misma montaña poco tiempo despues de mi naufragio, porque alli me habia convencido de que era el único sér de mi especie que habitaba la isla, y alli habia llorado tan amargamente mi triste abandono. Ahora, acostumbrado á la soledad, y resignado con mi suerte, solo me agitaba el contento de verme libre y de volver á entrar en la posesion de todas mis riquezas.

Despues de algunas horas de descanso bajé al valle y tomé el camino de mi habitacion, presentándome á cada paso todo cuanto yo podia apetecer; pero apenas hice uso de ello, porque el deseo de llegar no me lo permitia. Chupé el zumo de un limon, y comí, andando siempre, algunas bananas, pasando por debajo de los cocos sin la menor tentacion de subir á coger las nueces. A pesar de mi impaciencia me sorprendió la noche á bastante distancia de mi habitacion, y me ví obligado á pasar otra noche al raso.

Llegué en fin al término de mi

viaje: percibí los árboles del cercado, y lágrimas de gozo inundaron mis mejillas. Antes de entrar en la gruta me postré y besé la tierra, que volvia á ver por mi fortuna. Oí los balidos de las cabras, corrí, las acaricié, las prometí no separarme de ellas, y advertí que se habia aumentado mi rebaño con cuatro cabritillos de pocos dias, cuyo beneficio me proporcionaba leche con abundancia, y provision de carne para el invierno, matando los machos viejos. Yo necesitaba alimentos sanos y nutritivos, porque me habia quedado muy flaco y sin fuerzas. Dediqué el resto del dia al descanso, sin hacer otra cosa que ordeñar las cabras y tomar un buen plato de arroz con leche, que me pareció el manjar mas delicioso, despues del ayuno forzado que acababa de sufrir.

¡Ay! ¡qué bien está uno en su casa! El retiro mas miserable tiene siempre algunos atractivos para su poseedor, y el mio, que era obra de mis manos, y cuyas comodidades las de-

bia á mi trabajo é industria, merecia con mas motivo mi cariño. Tuve siempre por uno de los dias mas felices de mi vida aquel en que regresé á mi gruta despues de haber temido no volver á verla jamas.

Como me hallaba sobrecargado de ocupaciones, si habia de preparar recursos para la estacion lluviosa, me pareció que debia primero recobrar las fuerzas, y con este objeto maté tres machos y dos cabras, tomé buenos caldos y salé la carne restante. Mi camarada, que como el perro de la Fontaine, no tenia mas que huesos y piel, se recuperó en breve con aquel alimento sólido, y las señales de nuestras fatigas desaparecieron poco á poco. Tenia muy poco arroz que recoger, porque los pájaros se habian cebado en él durante mi ausencia; pero me pagaron el latrocinio, matando muchos de ellos, que estaban gordos y deliciosos. La cosecha de patatas fue muy buena y suplió la falta de arroz.

Despues de haber cuidado de mi subsistencia traté de hacer bugías: re-

cogí una gran cantidad de bayas de *miraca*, y en pocos dias estuve seguro de tener luz todo el invierno. Preparé tambien las pieles de macho, con el designio de hacer vestido nuevo, porque se habia destruido el que usaba en el viaje por el bosque. Formé al mismo tiempo la idea de perfeccionar la hechura, y lo conseguí de modo, que cuando le concluí no quise volver á mirar el antiguo, envanecido con el nuevo trage.

El invierno se pasó como los anteriores; solo mis reflexiones fueron mas importantes: tenia ya cerca de diez y seis años, y comenzaba á pensar en el porvenir. Me ocurrió por primera vez la idea de que el mismo acaecimiento que me habia echado en aquella isla desierta, podria traer alli otro navío, y seria posible que algun dia me viese otra vez entre los hombres. Mis ojos se bañaron en lágrimas al pensarlo. Reunirme á mi madre era mi primer deseo, y vivir con mis semejantes era el segundo. ¡Ah! ¡si la Providencia me concedie-

se esta gracia, cuán resuelto estaba á trabajar para merecerla! Amar y socorrer á mis hermanos seria la ocupacion de toda mi vida. Mi imaginacion vagaba mucho tiempo distraida con estas ilusiones; pero la poca esperanza de que mi suerte se mudase se ofrecia de repente al espíritu, y me agoviaba de tristeza. Un dia que exclamé: ¡Qué desventurado soy! me acuerdo del bosque tenebroso, de la situacion en que me hubiera visto allí durante el invierno, sin otro abrigo que una caverna espantosa, sin luz, y pereciendo en los horrores del hambre; vuelvo la vista en aquel momento al rededor de mí, y considero mi habitacion espaciosa y cómoda, provista de todo lo necesario; el perro echado á mis pies acariciándome; el papagayo charlando encima de la mesa, al mismo tiempo que los balidos de las cabras me advertian que ya era hora de que las ordeñase. Conozco entonces con mayor viveza lo que debo al Dios de bondad que me ha dispensado tantos beneficios; le doy gra-

cias en lo íntimo de mi corazon, y me abandono enteramente á su voluntad.

Para evitar que me volviese á acometer la tristeza tomé la resolucion de no pensar en mi suerte, y buscar en mi memoria recuerdos para ocupar mi espíritu, que no podia permanecer ocioso. Lo conseguí de tal modo que recobré toda mi alegría, y una cierta satisfaccion interior fue el premio de este esfuerzo.

Se concluyó el tercer invierno, que pasé en la gruta; el calor del sol reanima toda la naturaleza; los árboles se cubren de flores; las aves celebran el regreso de la primavera, y los solitarios habitantes de la caverna van á gozar los bienes que les ofrece. Desde la primera salida conocí el asombroso aumento de mis fuerzas. El arco y el sable que habia hallado en la sepultura de los salvages no eran ya pesados para mi brazo robusto: tendí el primero, y la flecha que disparé se perdió de vista entre las nubes. Mi estatura era alta, mis miem-

bros nervudos, y pocos hombres á los diez y ocho años están tan formados como yo á los diez y seis. Paseándome por la ribera del mar hallé una tortuga, y en vez de despedazarla allí, como acostumbraba, me la eché al hombro y la llevé á mi habitacion.

Las fuerzas que habia adquirido con el trabajo y la actividad me proporcionaban medios para emprender obras mas difíciles, y no quise desaprovechar esta nueva ventaja. Podia ya manejar las herramientas que tres años antes no podia mover. Principié á ensanchar la gruta, que era ya estrecha, la aumenté una especie de almacen para encerrar las provisiones, y el sitio destinado á este objeto le transformé en una sala muy grande, en donde abrí dos ventanas, de modo que era la pieza de mas luz que tenia la caverna.

Extendí tambien el cercado, reuniendo en el jardin todas las plantas útiles, esparcidas en diferentes distritos de la isla, porque la experiencia me habia enseñado á mejorarlas con

el cultivo, por el cual adquieren las frutas un sabor mas delicado, y las raices son mas sabrosas.

Luego que concluí estos trabajos traté de emprender nuevos viajes; pero sin perder de vista las costas del mar, ni visitar por el interior sino los parages que habia frecuentado. La curiosidad de ver objetos nuevos cedia á la prudencia, y al terrible recuerdo del bosque tenebroso.

Partí al amanecer costeando el mar y caminando al Norte, cuando el espectáculo mas inesperado me sorprendió, causándome una agitacion extremada. Pasaron á mi vista muy cerca de la costa muchas canoas pequeñas con dos ó tres hombres cada una, de color de bronce y casi desnudos, dando señales evidentes de sobresalto, y haciendo fuerza de remos para alejarse, como si se hallasen perseguidos. El temor de que me viesen me obligó á esconderme detras de un matorral; pero no era necesaria aquella precaucion, porque las pobres gentes no pensaban en otra cosa que en

huir del peligro que les amenazaba. Despues que se alejaron pasaron algunos minutos, y ví otras tres canoas, de las cuales las dos primeras volaban sobre las ondas; pero la tercera, conducida sin duda por brazos mas débiles, se habia quedado muy atras. Percibo entonces dos enormes peces, ó mas bien dos monstruos, que seguian á aquellos desventurados: alcanzan la canoa, que no llevaba mas que dos personas, la vuelcan, y cogiendo cada uno su presa desaparecen con ella en un momento.

Sobrecogido de horror y compasion me quedé inmóvil: un sudor frio corrió por mi frente, los miembros se agitaron con movimientos convulsivos, y caí en tierra en un estado imposible de describir.

Despues que recobré el uso de los sentidos me levanté y acerqué á la orilla del mar, en donde la canoa volcada nadaba á merced de las ondas, cuando llamó mi atencion otro objeto que la marea creciente conducia á la ribera, y que sin saber lo que era

me inspiraba un vivo deseo de examinarle. Se acercaba insensiblemente, y mi corazon, que latia con fuerza, parecia que me anunciaba algun feliz acaecimiento. Cogí una rama larga, y cuando estuvo cerca el objeto de mi curiosidad, le atraje con cuidado á la arena, y hallé que era una cesta grande, de un tejido tan fino y apretado, que el agua no le podia penetrar, con un hermoso niño como de un año de edad, de color atezado, durmiendo tranquilamente. No es difícil imaginar mi extraordinaria sorpresa; pero lo que no puede comprenderse es el exceso de mi alegría. Me arrodillé para dar gracias al cielo de un don que á mis ojos era superior á todos los demas. "¡Bendito seas, buen Dios! exclamé: Dios omnipotente hacedme digno de un regalo tan precioso. Yo enseñaré á esta criatura á conoceros y amaros, y al punto que sus labios puedan articular algunas palabras, reunirá sus acciones de gracias á las que os tributo ahora."

Volví al inocente niño, que abrió

los ojos sonriéndose, le besé enternecido y empezó á gritar. Pensé que tendria hambre ó sed, y aunque no me faltaban nodrizas, era preciso ir á la gruta, que estaba á mas de una legua de distancia. Llevaba yo en una calabaza vino de palmera, y acallé al niño dándole algunas gotas. Se volvió á quedar dormido, y cargando entonces con la cesta tomé el camino de mi habitacion. Mi corazon palpitaba de alegría, y mi espíritu estaba lleno de mil proyectos, que todos tenian relacion con aquella criatura, y en una confusion de ideas que no podia desembrollar.

A mi llegada escogí una de las mejores cabras de cria, y la puse el niño á la teta, que tomó con ansia, y mientras mamaba acariciaba yo al dócil animal, que no se movia. Muy pronto se aficionó la cabra á su hijo de leche, y venia ella misma á buscarle á las horas en que acostumbraba á darle de mamar.

Luego que acudí á las primeras necesidades de mi niño me entregué á mis

reflexiones, conociendo la necesidad de tranquilizarme y meditar. "En fin, decia yo, esta es una compañía que el cielo me ha enviado: cuidaré de ella, la alimentaré y la enseñaré á adorarle: esta criatura se unirá á mí con los lazos de la amistad y el agradecimiento, oiré su voz responder á la mia, la amaré y me amará; felicidad que nunca podia esperar.

"Ya no trabajaré para mí solo, y »las obras que emprenda serán mil »veces mas interesantes. Necesito una »cuna cómoda para mi querido To»mas, que este nombre queria poner»le: tengo bastante sauce y mimbres »para tejerla, y mañana mismo la em»pezaré."

Pasé aquella tarde agradablemente con el niño encima de mi rodilla, que se divertia en agarrarme las sortijas del cabello: llamé á Castor para darle á conocer al recien venido, y aunque se mostró al principio un poco celoso, acariciándole tambien conseguí que le lamiese las manos y la cara. Cocó estaba mas alegre con el

aumento de familia y nos aturdia charlando. Confieso que las palabras que pronunciaba no me causaban ya tanto placer, porque deseaba oir hablar á Tomas, y conocia que una sola sílaba que saliese de su boca me interesaria mas que toda la parla del papagayo.

CAPITULO XI.

Cuidados de Felix con Tomas. El baño. La cuna. El paseo por la tarde. Recuerdos. Inquietud. Proyecto impracticable. Los primeros pasos de la infancia. Viaje. Trabajos. El invierno agradable. Plan de educacion. Tomas vestido. Felices disposiciones del negrito. Bautizo de Tomas. Tiene carruage. Viaje de familia.

El primer pensamiento que tuve al despertar fue por Tomas, que dormia sosegadamente sonriéndose. "¡Amable criatura! exclamé fijando en »él los ojos enternecidos, si la Provi-

»dencia no me hubiera enviado en tu »socorro, estarias sepultada en la pro»fundidad de las aguas, ó hubieras si»do pasto de los monstruos voraces »que han devorado á tus padres. ¡Po»bre niño! eres huérfano, y no tienes »otro protector que un muchacho muy »tierno todavía. Conozco sin embargo »toda la importancia de las obligacio»nes que Dios me impone al conducirte »á mis brazos; le rogaré que me ayude »á cumplirlas: quiere que yo sea pa»dre antes de tiempo, y ya que me »ha dado los sentimientos de tal, no »me negará las luces necesarias."

¡Qué ferviente fue mi oracion aquel dia! porque no imploraba para mí solo los auxilios del cielo. Tomas se despertó, la cabra corrió á sus gritos, y despues que satisfizo la primera necesidad, cuidé de la limpieza que exigia la salud del niño. Le bañé en agua clara, que habia puesto al sol la víspera, y una concha de tortuga sirvió de baño. Tenia yo muchas esteras que habia tejido de palma y me servian para diferentes usos: tendí una

en el suelo y puse á Tomas, que comenzó á revolcarse y á ejercitar sus fuerzas nacientes: procuraba levantarse y caia al momento; todos sus movimientos tenian para mí una gracia particular, que contemplaba con indecible gozo. Castor vino á jugar con él y hacer mas interesante el espectáculo, porque el buen animal cuidaba tanto de no lastimar á su pequeño amigo, que no me causó el menor recelo.

Entretanto estaba yo tejiendo la cuna, en cuya obra puse mucho mas cuidado que en todas las demas, y luego que la concluí la forré de pieles por dentro y la puse un colchon de musgo seco. La coloqué junto á mi cama, y la halló tan cómoda la criatura, que se durmió profundamente. Viendo que estaba tan fuerte y robusta, juzgué que necesitaria ya un alimento mas sólido que la leche de la cabra, y como yo habia visto muchas veces á las mugeres de mi pais hacer la papilla para sus niños, no me costó la menor dificultad, porque

tenia leche y arroz. Resolví por lo mismo conservar el que me quedaba para mi niño, privándome de él hasta la cosecha.

Obligado á hacer una guerra continua á los ladrones de mis bienes, no vivia casi entonces sino de los pajarillos que mataba á flechazos ó cogia con lazos, y empleaba en la caza los momentos en que dormia el niño. A mi vuelta le traia algunas frutas, y como ya me conocia, alargaba los brazos cuando me veia entrar en la gruta. Le hablaba sin cesar, aunque no me entendia, porque juzgaba que para enseñarle á pronunciar era necesario repetirle muchas veces las mismas palabras. Cocó habia aprendido muy pronto su nombre, y le llamaba Tomas desde la mañana hasta la noche.

Todos los dias, despues de pasar el calor, cogia en brazos á mi niño y me paseaba por la ribera: me sentaba despues y discurria algunos juegos para divertirle y hacerle reir, lo cual era siempre para mí un nuevo placer.

En los primeros tiempos, embria-

gado de mi felicidad, todas mis ideas se habian concentrado en el objeto de mi cariño y de mis dulces esperanzas. Vivia en lo presente y en lo venidero, sin acordarme de lo pasado. Sin embargo, un dia que contemplaba el mar, entonces terso como un cristal, me acordé de la aparicion de las canoas llenas de salvages, y procuraba adivinar la causa, porque en los cuatro años que habitaba en la isla, aquella habia sido la única vez que los habia visto. Inferia que les era desconocida, y que la casualidad ó alguna circunstancia que no podia comprender, los habia dirigido á aquella parte. Sabia, por lo que habia oido contar á los marineros, que entre los salvages hay algunas naciones que no desconocen la humanidad, y practican la hospitalidad, compadeciendo y socorriendo á los desgraciados; pero me acordaba tambien que existian otras, cuyo carácter era el mas atroz y bárbaro, y que los infelices que caian en sus manos no debian esperar sino una muerte cruel. Temblé al pensar si per-

tenecian á esta clase los que habia visto, pues podian haber observado la isla, y desembarcar en ella algun dia. ¿Si me arrebatasen el niño, aunque yo me librase huyendo, cómo sin él habia de vivir dichoso? Este temor hizo tal impresion en mi alma, que tuve intencion de abandonar mi gruta y entrarme tierra adentro. Pero un pais descubierto no me parecia tampoco un retiro bastante seguro para ocultar mi tesoro. El bosque tenebroso era el único asilo en donde estaba seguro que no penetrarian los salvages. La caverna de la muerte no me parecia ya tan horrorosa, pues podia ocultar mi niño de todas sus pesquisas: ¿pero cómo le habia de alimentar, cuando yo mismo estuve tan expuesto á perecer de hambre? Esta idea y otras muchas me apartaron de mi extravagante proyecto. No quise privar á mi querido Tomas de las bellezas de la naturaleza para sepultarle en una obscura prision; le puse, como yo, bajo la proteccion de la providencia, y determiné disfrutar de sus

beneficios, sin atormentarme por un porvenir incierto.

Pasé agradablemente la estacion del verano, porque hasta aquel momento habia empleado mis fuerzas en el trabajo sin dejar mi espíritu en la ociosidad; faltaba á mi corazon un objeto á quien aficionarme y que participase de mis sentimientos, le habia hallado en mi querido Tomas, y gozaba anticipadamente de la amistad que me profesaria. Este amable niño crecia y se desenvolvia con rapidez. Cuando le sacaba á paseo le dejaba encima del césped, y ya no se contentaba con revolcarse, sino que se levantaba solo y tenia de pie: yo le llamaba á corta distancia y venia con paso vacilante, y cuando se caia me reia, y él se reia tambien.

Yo no habia renunciado á los viajes, de los cuales traia siempre alguna cosa útil para la casa, y volví á comenzarlos de nuevo desde que el niño no necesitó nodriza. Comia patatas, bananas, y las frutas que la isla producia, ademas de huevos de pá-

jaros, que le gustaban mucho, y yo estaba seguro de encontrar todos estos recursos en los parages que recorria. Antes de ponerme en camino coloqué al niño en la cesta, única herencia que le quedó de sus padres, y cargado con aquel agradable peso marché con cuidado para no interrumpir su sueño. Cuando acampaba en el viaje escogia el árbol en que habia de pasar la noche, y colgaba la cesta en una rama gruesa, atándola ademas con una cuerda al brazo.

Mis tareas no padecian nada por la amable distraccion que me proporcionaba el niño; porque si tenia precision de dejarle algunos momentos, confiaba su guarda á mi fiel Castor, que estaba al parecer envanecido con este empleo, y le desempeñaba perfectamente. No solo no le perdia de vista para preservarle de cualquier peligro, sino que le divertia prestándose con la mejor voluntad á sus caprichos. De este modo las siembras, las salazones, y la fabricacion de bugías se concluyeron en el tiempo conveniente

te. Mi jardin se habia convertido en un lugar delicioso, porque todos los años le hermoseaba con las plantas y arbustos mas á propósito para adornarle, redondeándolos para que formasen arcos y gabinetes de verdor, que nos ofrecia sombra fresca en medio del mayor calor del dia.

Las lluvias me obligaron en fin á encerrarme en la gruta, en donde me aguardaban nuevos placeres. Tomas comenzaba á tartamudear algunas palabras, y el dulce nombre de papá habia ya herido mis oidos y agitado mi corazon. Desde aquel momento me pareció que debia adoptar un plan de educacion, que hacia ya tiempo que meditaba. Entonces sentí vivamente no haberme aprovechado mejor de la que habia recibido, porque conocia mi insuficiencia, y los pocos medios que tenia para instruir á mi alumno. Pero si los conocimientos que podia darle eran muy escasos, me proponia formar su corazon en la virtud, inspirarle respeto y amor al Todopoderoso, humanidad para con todos los

seres criados, valor en los peligros, resignacion en las penas, y moderacion en la fortuna. Yo habia adquirido estas virtudes en la escuela de la adversidad, y deseaba que mi niño las poseyese sin costarle tan caro.

Tomas estaba siempre de buen humor, yo satisfacia todas sus necesidades, pero no le permitia ningun capricho. Si pedia con ademanes expresivos alguna cosa que debia negarle, como una herramienta que le podia herir, ó una fruta mal sana, no la conseguia porque gritase y llorase, y convencido de la inutilidad de su llanto, no le derramaba sino cuando padecia algun dolor. Entonces procuraba yo conocer la causa con tierna solicitud, y conseguir aliviarle ó distraerle.

Temiendo que le perjudicase la frescura de la caverna le hice unos vestidos, que me costó trabajo acostumbrarle á llevarlos, porque no podia sufrir cosa alguna que embarazase sus movimientos, siempre rápidos y vivos. Sin embargo, la modestia

pedia que anduviese vestido, y le hice una túnica muy ancha que le llegaba á las rodillas, y le habitué á ella. No juzgué á propósito hacerle calzado, porque juzgué que acostumbrado desde su mas tierna infancia á caminar descalzo se le endurecerian los pies como á los niños de los aldeanos de mi pais, que corrian por los pedernales sin herirse. Como yo habia sentido muchas veces que no me hubiesen criado de este modo, creí que seria un beneficio para Tomas.

Entretanto crecia con rapidez, andaba con seguridad, y pronunciaba claramente un gran número de palabras; pero lo que mas me complacia era que anunciaba un carácter ingenuo y mucha sensibilidad. Repartia con Castor todo lo que yo le daba; conocia entre las cabras la que le habia criado, y la hacia mil caricias; pero yo era el objeto de su ternura; no se hallaba bien sino conmigo, y al punto que le llamaba dejaba todos sus juegos por correr á mí con los

brazos abiertos. Mostraba ya aquel gusto imitativo que distingue á todos los niños: si yo tejia juncos ó mimbres, cogia algunos y procuraba hacer lo mismo; si arrancaba en mi jardin las plantas parásitas, queria tambien imitarme. Esta observacion me hizo comprender cuánto deben cuidar de todas sus acciones los que educan la juventud para no darla ningun peligroso ejemplo. Por la conducta del maestro forma el niño la suya, mas bien que por las máximas que le enseña, sino las sostiene con su conducta.

Luego que conocí que Tomas podia unir algunas ideas, le acostumbré á levantar las manitas al cielo, y á pronunciar con respeto el nombre de Dios. Este homenage maquinal le preparaba para que fuese despues mas digno del Sér Supremo, cuya bondad y justicia deseaba darle á conocer. Rezaba delante de él con el mayor recogimiento y en la actitud mas respetuosa, porque esperaba que algun dia me preguntase el motivo de mis ora-

ciones, y entonces le empezaria á explicar las primeras nociones del culto que el hombre debe tributar á su Criador.

Yo repasaba continuamente en mi memoria el antiguo y nuevo Testamento, que era la base de las instrucciones que queria dar á Tomas. ¡Cuánto me complacia en pensar que aquel niño, educado por padres idólatras, no hubiera jamas, sin mis auxilios, conocido al verdadero Dios! Aun no habia recibido el santo bautismo, en lo cual habia yo pensado muchas veces, porque el temor de no hacerlo bien me habia contenido hasta entonces. Reflexioné todavía mucho tiempo antes de determinarme, y como el catecismo, que habia aprendido en mi niñez, y conservaba en la memoria, decia que la intencion de hacer á uno cristiano era esencial al sacramento del bautismo, rogué á Dios que atendiese á la mia, y recibiese á mi pequeño salvage en el número de sus hijos. Despues de esta súplica derramé agua sobre su cabeza diciendo en alta

voz: "Tomas, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Concluida esta ceremonia abracé con mayor ternura á mi amable huérfano, y prometí á Dios que le serviria de padre y no me separaria de él jamas.

Al regreso de la primavera Tomas podria tener diez y ocho ó diez y nueve meses, y era mucho mas robusto que los niños de su edad; corria solo, y hablaba con claridad. El buen tiempo acabó de fortificarle; yo le acostumbré á que me sirviese, y jamas manifestaba mas alegría que cuando creia que yo le necesitaba y me podia ser útil. Reinaba entre él y Castor la mas íntima amistad, y me aproveché de ella para acostumbrar al buen animal á llevar al niño en el lomo cuando teniamos que hacer algun viaje. Formé para esto una especie de albardon de pieles, atado con correas al vientre del perro, y un respaldo de mimbres para sostener el niño, con apoyo para los pies. Ensayé muchas veces esta invencion an-

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS
DE LA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA

tes de atreverme á emprender con ella ningun viaje; pero el paso suave de Castor, que caminaba con precaucion, como si hubiera conocido la importancia del depósito que le confiaba; la confianza de Tomas, á quien agradaba infinito este modo de caminar; todo me tranquilizó, y resolví salir, acompañado de toda mi familia, á visitar las orillas del rio. Economizaba las fuerzas del perro, tomando, cuando le veia cansado, en brazos al niño, aunque caminaba con mas lentitud; pero yo no tenia prisa, y podia emplear el tiempo á mi gusto.

CAPITULO XII.

Conversacion infantil. Borrasca. Cañonazos de socorro. Noche horrorosa de Felix. ¡Han perecido todos! Indagaciones. Allí hay un cuerpo. Es de una muger. Vive todavía. Buen éxito de las diligencias de Felix. Su alegría. Resolucion &c.

Los dos años que pasaron despues no fueron notables sino por los progresos de Tomas, y las nuevas satisfacciones que me causaba: por lo demas mis ocupaciones y cuidados eran los mismos. Hacia ya cerca de seis años que estaba yo en la isla, y cuatro mi niño, que habia adquirido toda la instruccion que permitia su edad, y cuya inteligencia precoz y viva curiosidad facilitaban mucho el trabajo de su educacion. Su pregunta mas comun era: ¿Papá, quién ha hecho esto?=Yo le respondia frecuentemente: *Dios*, y algunas veces *Yo*. Un dia

que miraba la salida del sol, me dijo: tú, que haces tantas cosas, hazme otro sol. = ¿Y para qué, le respondí sonriéndome de su pregunta? = Para alumbrar á Tomas cuando ese se esconde allá abajo. = Pero, amigo mio, yo no soy capaz de hacer un sol: solo Dios es el que tiene poder para eso. = Tú me has dicho que tambien te ha criado el buen Dios: tú le das gracias todos los dias: ¿harán lo mismo el sol y la luna? = Todas las criaturas le bendicen, y obedecen su voluntad. Ha mandado al sol que alumbre la tierra durante el dia, y tú ves como le obedece. = ¿Y nosotros, papá, qué quiere Dios que hagamos? = Quiere que le amemos con todo nuestro corazon, y despues que nos amemos tú y yo. = ¡Ah! ¡qué fácil es obedecer á Dios!

Estas palabras ingenuas me enternecian hasta hacerme llorar, y sin el recuerdo de mi madre me hubiera hallado enteramente feliz, sin echar de menos el mundo, ni desear salir de mi soledad.

Un dia en que disfrutaba, á corta distancia de mi gruta, el embeleso de una noche serena, se obscureció de repente el cielo, cubriéndose el horizonte de nubes espesas y negras; el mar agitó furioso las inmensas olas; se empezó á oir de lejos el ruido de los truenos, de suerte que todo anunciaba una violenta tempestad. Cogí en brazos á Tomas, y corriendo cuanto pude llegué á mi habitacion. Cerré perfectamente la puerta y las ventanas, y encendí una bugía. Apenas habia tomado estas precauciones cuando oí caer torrentes de lluvia, que se mezclaban al bramido de los vientos desencadenados, y á los estampidos de los truenos, que parecia que amenazaban la isla con una completa destruccion. Yo estaba acostumbrado á estos espectáculos de la naturaleza, y persuadido de que el Todopoderoso no retiraria de mí su mano paternal, me eché en la cama junto á la cuna de mi niño, que dormia sosegadamente. Invocaba para él y para mí la proteccion del cielo, cuando creí

oir algunos cañonazos, tirados á iguales distancias; escuché con atencion, y en breve conocí que no me engañaba. Era sin duda la señal del riesgo de perecer en que se hallaba algun navío. Los desventurados que iban á bordo imploraban el auxilio de sus semejantes, pero el único que los oia era un muchacho, que nada podia hacer en su favor. Esta idea me afligia infinito, porque hubiera expuesto mi vida de buena gana por salvarlos, pero no tenia ningun medio para ello. A fuerza de reflexionar imaginé que algunos de aquellos infelices podrian, con el socorro de las chalupas, llegar á mi isla si la conociesen, y que encendiendo un gran fuego en la ribera les indicaria la direccion que habian de tomar. La lluvia habia cesado, pero el viento soplaba siempre con violencia: salí de la gruta, y fuí á la playa cargado de leña seca que habia sacado de mi almacen; encendí una gran hoguera, cuyas llamas aumentaba el viento, y tres cañonazos que tiraron me dieron á entender que la habian percibido.

Me puse lo mejor que pude al abrigo, debajo de una peña saliente, y pasé el resto de la noche, manteniendo la lumbre, en una ansiedad extraordinaria. Una hora despues de mi llegada cesaron los cañonazos, y juzgué que los desventurados marineros habian abandonado el navío. Esperaba que llegase el dia con extremada impaciencia: amaneció en fin, y alcancé á ver á bastante distancia un navío enteramente desmantelado, y tendido encima de la costa entre dos escollos que se percibian á flor del agua. Esperaba divisar alguna chalupa que se dirigiese á la isla, pero no apareció ninguna, y el aspecto del mar irritado, cuyas olas espumosas se estrellaban en los peñascos, me persuadieron que á todos los habia sepultado en sus profundos abismos. Tuve que resignarme con la voluntad de Dios, y con los ojos inundados en llanto tomé tristemente el camino de la gruta, en donde hallé á Tomas despierto. El atender á sus primeras necesidades aliviaron un poco mi dolor;

pero luego que las concluí le dejé bajo la guarda del perro, y volví á la ribera resuelto á costearla, con el fin de dar sepultura á los cadáveres que arrojase el mar.

Mis diligencias fueron inútiles durante mucho tiempo; pero acercándome á una punta de tierra, que entraba en el mar como un pequeño promontorio, y dando vuelta á una peña, ví encima de la arena un cuerpo inanimado con vestidos de muger. Aquel aspecto doloroso me llenó de compasion; me arrodillé junto á la desventurada procurando hallar algun indicio de vida en su rostro descolorido, y cubierto con las sombras de la muerte. La levanté un brazo, y estaba rígido y yerto, la puse la mano sobre el corazon, y me pareció que palpitaba débilmente. Reuniendo entonces todas mis fuerzas la cogí en brazos, y apoyándola en la roca la levanté la cabeza, cuyo movimiento la hizo vomitar con abundancia el agua que habia bebido. Entreabrió los ojos un instante, y volvió

á caer en un abatimiento mortal.

Mi situacion era muy embarazosa, porque ignoraba los medios de restituir la vida á una muger que me inspiraba el interes mas vivo. Yo llevaba conmigo vino de palmera, y con indecible trabajo la hice tragar un poco, teniendo la satisfaccion de verla reanimarse y respirar con facilidad. Volvió enteramente en sí, y mirándome enternecida: "Os debo la vida, »me dijo; jamas podré pagaros este »beneficio; pero os prometo serviros »toda mi vida, y emplearla en mani»festaros mi agradecimiento." A los acentos de aquella voz afectuosa experimenté la mas viva emocion, porque me excitaba una memoria muy querida de mi corazon. Consideraba sus facciones desfiguradas con el dolor y el espanto, que se parecian á las de mi tierna madre, y no pude dudarlo por los latidos de mi corazon. Vacilando entre la alegría, el dolor y el arrepentimiento, estuve para perder el uso de los sentidos. Susana advirtió mi palidez y exclamó: ¡Dios mio,

salva á mi libertador!" Me obliga á sentarme, y me socorre como yo lo habia hecho con ella. Yo no habia perdido el conocimiento; pero incapaz de pronunciar una palabra, reflexioné lo que habia de hacer. Hubiera sido peligroso darme á conocer á mi madre, porque la debilidad de sus fuerzas no la hubieran permitido soportar el exceso de su alegría. Mi alta estatura, mi vigor extraordinario, y la mudanza de la fisonomía y el trage, no la permitian reconocerme, ni imaginar que era su hijo el que estaba á su lado. Luego que pude hablar, la aseguré que me hallaba restablecido, atribuyendo mi desmayo á la fatiga de la noche precedente, y la supliqué que fuese á mi habitacion. Consintió en ello, y apoyada en mi brazo caminamos despacio á la gruta. Al momento que entró la hice sentar en un banco cubierto de pieles, y presentándola á Tomas la rogué que adoptase aquel niño y le amase. Le colmó de caricias, á las cuales correspondió él con las gracias inocentes de la infancia.

Ocupado enteramente en restablecer las fuerzas de mi madre, la insté que se acostase en mi cama, despues de haberla dado una taza de leche con el zumo de una caña de azúcar. Se durmió al instante, y entretanto dispuse un buen cocido con un pedazo de tortuga, que puse en la marmita, dos pájaros de un sabor exquisito, y despues una cantidad suficiente de arroz, con lo cual compuse un alimento corroborante. Cuando estaba ocupado en esto palpitaba mi corazon de alegría, y rebosaba en él la gratitud al Dios de bondad que me proporcionaba el medio de reparar mis faltas y emplearme en la felicidad de mi madre. Tomé la resolucion de no darme á conocer hasta que la hubiera convencido de mi arrepentimiento y mi amor. Dejaba á cada instante el fogon para verla descansar, y el sueño y el reposo habian restituido á sus mejillas el color hermoso que tenian, y á su fisonomía la dulzura que yo contemplaba con admiracion, y era con poca diferencia la misma que yo ha-

bia conocido en otro tiempo. Mi madre no tenia mas de treinta y ocho años, y su excelente constitucion, que habia resistido á las pesadumbres que yo la habia causado, me daba la esperanza de prolongar mucho tiempo una vida, que yo amaba mas que la mia.

Tomas daba vueltas al rededor de mí, haciéndome en voz baja mil preguntas acerca de mi nueva huéspeda, y como no tenia idea de la existencia de los dos sexos hablaba de ella lo mismo que de un hombre. "¡Cómo me ha besado, decia, creo que me quiere mucho! ¿Es otro papá que Dios me envia? = No, amigo mio; es una mamá, porque es una muger: yo te lo explicaré; pero no hagas ruido para que no se despierte. Ven conmigo al jardin á coger ananas y fresas para que coma tu mamá."

Me siguió saltando y continuando su graciosa charla. "¡Qué contento estoy! ¡Un papá, una mamá! Cuando papá salga y no pueda llevarme, ya no me quedaré solo con Castor, sino con mamá."

Despues de haber dormido tres horas tranquilamente, despertó mi madre restablecida del todo: la presenté la comida que habia dispuesto, y se sorprendió infinito de hallar en lo interior de un desierto un alimento tan sano como agradable. Me dió afectuosas gracias por lo que la favorecia, y me dijo que esperaba que yo la cederia el empleo de cocinero, y me contentaria con el de proveedor. Despues de comer me manifestó un vivo deseo de saber mis aventuras, y como era imposible negárselo, comencé la narracion en la época de mi naufragio. Creia que yo tenia veinte años, y sin desengañarla de este error, la conté por menor mis trabajos, mis descubrimientos, mis ocupaciones, y todos los recursos que habia encontrado. La dí cuenta de mis reflexiones y sentimientos, asegurándola que debia á los buenos principios que habia recibido de mis padres, el valor y resignacion que me habian sostenido en las circunstancias mas penosas. Entonces levantaba los ojos y las manos al cie-

lo, inundando el llanto sus mejillas, con el recuerdo de su hijo. Yo hubiera podido enjugar sus lágrimas; pero no queria presentarla un hijo culpable, hasta haber borrado los vestigios de mis faltas con mis servicios y buena conducta.

La aventura del bosque tenebroso la estremeció, y mucho mas cuando la conté la muerte funesta de los padres de Tomas, y el modo con que habia llegado este á mis manos. Estrechó entonces á la pobre criatura á su corazon, y conocí que la interesaba y le amaba como yo.

Deseaba yo tambien saber por qué casualidad habia llegado mi madre á vista de la isla, y el camino por donde la Divina Providencia me habia presentado el medio de salvarla la vida; pero suspendí insinuarla mi curiosidad por no abusar de sus fuerzas. La conduje al jardin, cuya simetría le agradó mucho, y de allí á la orilla del mar, en donde nos divertimos buscando huevos de tortuga para cenar.

Las olas habian llevado á la ribera muchas tablas desprendidas del navío que habia naufragado. Esta era una preciosa adquisicion, que llevé á mi almacen, excitándome la idea de hacer una balsa, por cuyo medio podria aproximarme á la embarcacion y sacar de ella algunos objetos útiles. No tenia ningun cuidado por la subsistencia de mi madre, pues cultivando mayor cantidad de arroz y patatas, y aumentando la salazon y algunas cabras, teniamos lo suficiente; pero veia con sentimiento que habria de sufrir privaciones de otra especie. A mí me habia costado mucho el pasarme sin lienzo, sin embargo de que la infancia se acostumbra á todo. ¡Cuánto padeceria mi madre sin tener para vestirse mas que pieles de animales! No hallaba otro medio para evitarlo que ir al navío á buscar vestidos de lienzo: ni las fatigas ni el riesgo podian detenerme.

Me costó mucho trabajo conseguir que mi madre admitiese mi cama; pero cedió al fin cuando la prometí que

el dia siguiente haria otra, y la dejaria que me ayudase en esta obra. Trajo un gran monton de hojas secas á la sala, que habia de ser desde entonces mi alcoba, y las extendió y cubrió con pieles. Tomas, encantado con todo aquel movimiento, la seguia como un perro de aguas, procurando tambien hacerse útil: recogia hojas con ambas manos, y se las llevaba creyendo que la ahorraba mucho trabajo. Mi madre se aficionó tanto á esta criatura, que me pidió que dejase su cuna junto á su cama, y no me opuse á sus deseos, porque eran leyes para mí.

¡Qué noche tan feliz pasamos! Yo era sin duda mas venturoso porque conocia toda mi fortuna; pero mi madre, á pesar de mis cuidados, suspiraba frecuentemente por su hijo Felix, á quien tenia consigo y no reconocia.

CAPITULO XIII.

Historia de Susana. Reparticion de ocupaciones. Manteca de leche. Construccion de una balsa. Viaje al navio. Felix carga la balsa de objetos muy útiles. Regreso. Comida con todo lo necesario. Conduccion de los efectos salvados. Noche agradable.

El dia siguiente fue Susana á buscar todo el sauce y los mimbres que halló en mi almacen, y me notificó que cumpliese mi palabra. Observó el modo con que yo los colocaba, é imitándome con mucha destreza, la obra se adelantaba con rapidez. Aproveché aquel momento para suplicarla que me contase su historia. "Es, me respondió, una relacion muy dolorosa; pero nada puedo negar á mi libertador."

Principió mi madre refiriendo todos los pormenores de su matrimonio, de mi nacimiento, del cuidado que ella y mi padre habian tenido en

mi educacion, y de las esperanzas que habian concebido de que corresponderia á ella. Pintó con vehemencia el dolor que le habia causado la muerte de su marido, de manera que yo no pude dudar que su ternura para conmigo era la única cosa que habia impedido su muerte. Pero cuando habló de mi indocilidad, de mi genio vagamundo, de las pesadumbres y sobresaltos que le habia causado, se renovaron mis remordimientos, se me oprimió el corazon, y estuve para perder el uso de los sentidos. Mi madre se arrepentia vivamente de la debilidad que la habia impedido conservar su autoridad y corregirme con rigor, y se lamentaba todavía mas de haber consentido en mi viaje, que habia sido la causa de mi muerte.

Continuaré ahora la relacion de Susana refiriendo sus mismas palabras, que por el interes que me inspiraban, se han quedado impresas en mi memoria.

"Despues que me separé de mi querido Felix y ví partir la diligen-

cia, volví á tomar llorando el camino de mi pueblo. Mis vecinas y amigas, compadecidas de mi sentimiento, procuraban aliviarle visitándome con mucha frecuencia. Las madres particularmente me hablaban de mi hijo, y me aseguraban que tendria noticias de él dentro de algunos meses. Este era el mejor modo de consolarme; pero yo no hallaba un verdadero alivio sino cuando al pie de los altares rogaba á Dios por mi hijo. Diez y ocho meses pasaron sin que oyese hablar del navío en que se habia embarcado, y en Brest y sus cercanías todos estaban persuadidos de que habia perecido. Yo, que no tenia ningun conocimiento de la marina, me entretenia con los discursos de aquellas personas que se interesaban en mi suerte, y procuraban ocultarme mi desgracia. Pero la supe al fin por dos marineros de mi pueblo, que se habian salvado del naufragio en una roca, en donde estuvieron para morir de necesidad; pero un navío americano los recogió, y habian regresado á

su pais. Nuestro digno párroco, viendo que era imposible ocultarme mas tiempo lo que todos sabian, se encargó él mismo de anunciarme tan terrible noticia. Su caridad le inspiró el mayor miramiento; pero el golpe fatal no por eso fue para mí menos horroroso. Caí á sus pies sin conocimiento, y cuando despues de mucho tiempo volví de mi desmayo, tenia ya una calentura ardiente y un delirio violento, en cuyo estado permanecí bastantes dias. Cuando me hallaba mejor, el respetable párroco junto á mi cama me habló con una dulzura angélica, y se valió de las razones mas poderosas de la religion, para que me conformase con mi suerte. Me acuerdo de la respuesta que le dí á todas sus exhortaciones: ¡Ah, padre mio, he rogado tanto á Dios que no le castigase! = ¿Y qué, me dijo últimamente, pretendeis quejaros del Todopoderoso porque no os ha escúchado? ¿Podeis vos penetrar sus designios? ¿No os basta que sea vuestro padre para estar segura de que todo lo que

permite es por vuestro beneficio? Vuestro hijo se hubiera quizá perdido en el mundo, y Dios le llamó á sí: muger de poca fé, someteos para que seais digna de reuniros á él algun dia.

»Este tono de severidad costaba mucho al corazon del buen párroco, y muy pronto volvió á tomar el de la dulzura de su carácter, y conformándose con mi debilidad me hizo concebir una esperanza, que él mismo no tenia, y que fue lo único que sostuvo mi deplorable vida durante muchos años. Llegué á persuadirme que habiéndose salvado dos marineros, mi hijo podia haber logrado la misma fortuna, y que viviria tal vez en algun rincon del mundo, y que me volveria á juntar con él tarde ó temprano. Esta idea me hizo tanta impresion, que me estremecia cuando llamaban á mi puerta, y salia corriendo á abrir con extraordinaria agitacion; pero engañada en mi esperanza volvia á caer en el desaliento.

»A mí me habian educado en un convento de religiosas, y era por con-

siguiente menos ignorante que las otras personas de mi clase; pero no tenia la menor idea de la geografia. Un nuevo maestro acababa de establecerse en mi pueblo, que enseñaba esta ciencia á los niños de los hidalgos y de los hacendados ricos de las inmediaciones. Me entró un deseo tan vivo de aprender con él que no pude resistir, y con el mayor secreto, porque no se burlasen de mí, iba por la noche en casa del preceptor. Aprendí muy pronto á conocer los mapas, y desde entonces la ocupacion que me agradaba mas era examinarlos y seguir el rumbo de los navíos que van á la India y á nuestras colonias de América, contemplando esta inmensa cantidad de islas todavía inhabitadas. Cuando detenia la vista en un archipiélago, no podia separarla de alli, porque creia ver á mi hijo en una de sus islas, sin reflexionar que un muchacho tan pequeño no habria podido encontrar los medios de subsistir, y hubiera sido presa de los animales feroces, de los cuales no podia defenderse.

»Estas quimeras ocuparon mi imaginacion durante tres años, y sin embargo me consumia diariamente, cediendo la salud á las angustias de mi corazon, cuando supe que la señora de Altamont, viuda rica que habitaba en Brest, iba á salir para la Martinica, en donde tenia que recoger una herencia considerable, y que buscaba una persona de confianza que la acompañase. Mi imaginacion se acaloró con esta noticia: si puedo acompañar á esta señora, decia yo, veré sin duda los mismos parages por donde ha pasado mi hijo, preguntaré en todas partes, y tal vez conseguiré encontrarle. Esta idea, aunque sin ningun fundamento, me perseguia dia y noche, y fuí á echarme á los pies del párroco, y suplicarle me propusiese á la señora de Altamont, á quien conocia. Desaprobó al principio mi proyecto; pero viendo la firmeza de mi resolucion, me previno que aquella señora era de un carácter impetuoso y duro, y que tendria yo mucho que sufrir con su mal genio. Este era un

débil obstáculo para mí; redoblé mis ruegos y mis lágrimas de tal modo, que enternecido el párroco marchó á Brest, y por su recomendacion logré el destino que deseaba. Por consejo de este sabio eclesiástico tomé todas las disposiciones necesarias para asegurar á mi hijo, si volvia, mis cortos bienes, ó en falta suya á mis legítimos herederos, en caso de que Dios dispusiese de mí en este viaje. El cura me hizo tambien prometer que si mis pesquisas no tenian buen éxito me someteria enteramente á la voluntad de Dios; y yo formé la firme resolucion de retirarme entonces á un convento de religiosas y consagrarme al Eterno, que era el único que podia llenar mi corazon.

»Arreglé muy pronto todo lo necesario y fuí á Brest, acompañada del párroco, que quiso él mismo presentarme á mi nueva ama. Esta se sorprendió de mi desinteres, viendo que yo no quise hacer ningun ajuste, y que me abandoné enteramente á su generosidad, porque con tal de pasar

al nuevo mundo, estaban satisfechos todos mis deseos.

»He abusado ya demasiado de vuestra paciencia hablándoos tanto tiempo de mis pesadumbres, y por lo mismo no os contaré las contradicciones que experimenté durante la travesía. La señora de Altamont tenia efectivamente el carácter mas caprichoso y extravagante, pues á pesar de mis esfuerzos no podia servirla á su gusto, y me hacia sufrir con dureza mi servidumbre y soportar su mal humor. Pero yo sentia poco sus procedimientos, porque pensando continuamente en el objeto de mi viaje, las mas veces no oia sus reconvenciones, ó como yo no las merecia las escuchaba con indiferencia. Estuvo mucho tiempo atormentada del mareo, pero como á mí por fortuna me incomodó muy poco, pude cuidarla como era debido, hasta que arribamos á la isla de la Madera, en donde recobró la salud. El resto de la travesía se pasó sin ningun acontecimiento penoso, hasta el punto en que sufri-

mos la espantosa borrasca que estrelló nuestro navío en los peñascos que rodean esta isla. En medio de la consternacion general, yo solo cuidé de socorrer á mi desventurada ama, que agitada de horribles convulsiones parecia que se acercaba al fin de la vida. Yo miraba la muerte con indiferencia por la esperanza de reunirme á mi esposo y á mi hijo. Entretanto el navío volcado entre las peñas se llenaba de agua, y entraba en la cámara en que nos hallábamos retiradas. El movimiento que se sentia arriba y los gritos de la tripulacion, me dieron á entender que los marineros iban á echarse en las lanchas: se lo advertí á la señora Altamont, obligándola á subir al puente y aprovechar aquel medio de salvacion. Tuvo fuerzas para seguir mi consejo, y cuando las chalupas sobrecargadas de gente iban á alejarse del navío, á las voces lamentables de mi ama consintieron aquellos hombres en recibirnos, gritándonos que bajásemos por la cuerda que colgaba del costado. La seño-

ra Altamont la cogió primero y entró en la lancha: yo la seguia de cerca, pero una ola alejó la lancha en el momento en qne iba á poner en ella el pie, y caí en el mar. El ruido de la tempestad y las tinieblas que nos cercaban impidieron sin duda que me viesen y pudieran socorrerme. Perdí el conocimiento, y no le he recobrado hasta que vuestros auxilios generosos me han restituido la vida. No comprendo por qué milagro de la Providencia he llegado viva á la ribera de esta isla, pero disfruto este beneficio de Dios con el mayor agradecimiento. Se han desvanecido de mi imaginacion todas las esperanzas quiméricas, y mi corazon se somete en fin á la voluntad del cielo. Confusa y arrepentida de mi poca resignacion, consiento en soportar la vida mientras Dios se digne conservármela. Tal vez me será todavía apreciable si puedo ser útil al que me la ha salvado. Ya no tengo hijo; sedlo vos, amigo mio; permitid que cumpla para con vos con los deberes de madre, y vol-

vedme de este modo el bien que he perdido."

Estas tiernas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazon; me arrojé á los pies de mi madre, y la prometí el respeto, la docilidad y el afecto de un buen hijo. "Pues asi seré dos veces venturosa, porque me persuadiré que este niño es vuestro, y el título de abuela me proporcionará nuevos placeres." Al concluir estas palabras acarició á nuestro amado Tomas, que estaba enagenado de alegría con una mamá tan buena.

Susana quiso absolutamente encargarse de la cocina y todas las menudencias de la casa: yo iba todos los dias á cazar ó á pescar, y traia pájaros delicados y excelentes peces. Hallaba siempre en la playa varios destrozos del navío, y trabajaba en secreto en la construccion de una balsa, mientras mi madre estaba ocupada en la gruta y me preparaba alguna sorpresa agradable. Sabia hacer manteca, pero le faltaba instrumento para batirla. Le suplió sin embargo

con destreza, y un dia me presentó una taza de coco con manteca fina y deliciosa, cuyo manjar, que me recordaba mi pais, me lisonjeó infinito. Desde entonces la tuvimos siempre, y con ella encontró mi madre el medio de hacer muy buenas salsas y variar nuestros alimentos.

Cuando concluí la balsa tuve tentaciones de ir á registrar el navío sin decírselo á mi madre, pero la sumision que la debia, y el temor de causarla sobresalto, no me lo permitieron. La pedí permiso para este viaje, y me costó mucho trabajo conseguirle, á pesar de haberla hecho presente, que eligiendo para mi partida el momento en que empezase la marea baja, me conduciria naturalmente á la roca en donde estaba encallado el navío; que esperando á bordo el flujo, volveria con su auxilio á la ribera; y que en caso de algun accidente la distancia era demasiado corta para que no pudiera regresar á nado. Desde mi permanencia en la isla me habia hecho un excelente nadador, y

quise tranquilizar á mi madre haciéndola testigo de mi destreza y vigor en este género de ejercicio. Conseguí por este medio disminuir su temor, pero me pidió que llevase conmigo á mi fiel Castor, cuyo cariño me habia ya salvado la vida.

Ya no faltaba otra cosa que echar la balsa al mar, para lo cual la habia conducido á la orilla sobre un terreno en cuesta. Cuando subia la marea alzaba una punta, y levantando el extremo opuesto por medio de palancas fuertes, tuvimos el gusto de verla bajar suavemente y nadar en el mar. La atamos al tronco de un árbol con cuerdas, y esperé con impaciencia el momento en que el reflujo me permitiese embarcarme.

Mi madre me indicó el aposento de su ama, que se hallaba situado en la parte del navío, en donde probablemente no habia llegado el agua, porque la proa, estando hundida del todo en el mar, habia de estar la popa mas levantada por precision. Un baul pequeño contenia todos los efec-

tos de mi madre, y me encargó mucho que la trajese tambien un crucifijo y una imágen de la vírgen que estaban junto á la cama con un almanaque. "Esto es todo lo que os pido, me dijo; por lo demas pensad en vos, y no cargueis la balsa sino con lo que os pueda ser útil ó agradable."

Llegó el tiempo de zarpar, desaté la balsa, y una larga pértiga me servia para alejarla de la tierra y dirigirla. Pasé con felicidad la corta travesía hasta el navío, cuyas cuerdas me sirvieron para subir. Estaba absolutamente desunido y en tal estado, que no podia menos de deshacerse á la menor tempestad. Traté de aprovecharme de este viaje para recoger lo mas útil y necesario, porque no esperaba hacer otro: asi pues, cargué con el baul de mi madre, cuyo peso no era superior á mis fuerzas, le subí al puente, y atándole con una gruesa cuerda le bajé á la balsa, y eché tambien grandes rollos de cuerdas de diferentes tamaños. Registré en seguida toda la parte del navío que no es-

taba sumergida, y encontré en la cámara del capitan muchos cofres llenos de lienzo y vestidos, pero como eran demasiado pesados, los desocupé y formé varios lios de las cosas que mas me convenian. Tomé una caja llena de botellas de aguardiente y licores, y queria algunos barriles de galleta, pero como el entrepuente estaba lleno de agua no podia entrar, ademas de que todo estaria echado á perder. Como las producciones de la isla bastaban para alimentarnos, traté solo de recoger las cosas que nos harian pasar la vida mas cómoda y agradable. Cargué muchos colchones y utensilios de cocina, como marmitas, cacerolas, cafeteras, fuentes, platos, cucharas, tenedores, cuchillos &c. No ví sin mucha envidia un gran número de armas de fuego, que siempre habia deseado tener para defenderme en caso de ataque. ¡Cuánto mas entonces que estaban conmigo los dos objetos mas dignos de mi cariño, mi madre, y un hijo de adopcion! Tuve la pesadumbre de no po-

der sacar pólvora, porque estaba encerrada en un lado del navío, á donde el agua no me permitia llegar. Dejé suspirando los fusiles y pistolas, y cogí dos sables grandes. Temiendo recargar demasiado la balsa, y queriendo aprovecharme de la marea, que empezaba á subir, dejé el navío y me dirigí á la ribera, en donde me esperaba mi familia. Al acercarme ví á mi madre arrodillada rezando con fervor por el buen éxito de mi viaje. Cuando salté en tierra vino á recibirme con los brazos abiertos, y manifestando su alborozo al verme sano y salvo, me suplicó con las expresiones mas afectuosas que no volviese á exponerme á semejantes peligros, y la diese palabra de no regresar al navío. Se lo prometí asi, y libre ya de sus temores, me ayudó con el mayor gusto á descargar la balsa. Yo queria llevar al instante á la gruta todos los efectos salvados, pero mi madre no lo permitió hasta que recuperase mis fuerzas con una buena comida. Tomamos, pues, el camino de

la gruta, llevando yo únicamente la caja de los licores, y mi madre algunos platos, cubiertos &c. Tenia dispuesta una excelente sopa y medio cabrito asado: cubrí la mesa con unos manteles nuevos, coloqué los platos y cubiertos, y por la primera vez, despues de cinco años, tuve el gusto de comer como los europeos. Tomas, asombrado de todo lo que veia, hacia grande exclamaciones, queria imitarnos, y derramaba el caldo ó se pinchaba la lengua con el tenedor; pero se reia de estas pequeñas incomodidades. Un dedo de crema de Barbada que le dí á los postres acabó de ponerle de excelente humor: su alegría excitó la nuestra, y hubiéramos prolongado aquella comida deliciosa, si otras ocupaciones mas importantes no nos hubieran llamado á la ribera. Antes que llegase la noche, con ayuda del zarzo y de Castor, trasladamos todas nuestras riquezas á la gruta, y despues de haberlas puesto en seguridad, sintiéndonos muy cansados, tendimos dos colchones en ca-

da cama, y nos acostamos bendiciendo á Dios por los nuevos beneficios que nos habia dispensado.

CAPITULO XIV.

Adorno de Felix y de Susana. Sorpresa de Tomas. Aumento de riquezas. La bóveda de acacias. Dolor de Susana. Reconocimiento. Viaje de la familia. Regreso. Trabajos para el invierno. El oratorio y la galería. Piedad de los solitarios. El invierno agradable. Proyecto de Felix y Susana. La arquilla. Las riquezas inútiles.

Cuando yo desperté, mi madre aun dormia profundamente, y tuve el gusto de presentarme delante de ella vestido á la francesa. Me puse una buena camisa, un chaleco y pantalon de mahon, calcetas y zapatos, pues no me habia olvidado de traer todo el calzado que encontré á propósito para mí, asi como un par de botas, que parecian hechas para mis pies. Un pañuelo del

cuello de musolina bordada, y una gorra de tafilete verde, completaban mi adorno. Iba á pasar al cuarto de mi madre cuando entró en el mio vestida con un bonito desabillé de tela inglesa y un delantal de tafetan negro. Los cabellos, que todavía eran hermosos, estaban bien puestos, separados por el medio de la frente como los de las imágenes de Rafael, y recogidos por detras con un peine de concha. Nos dimos mútuamente la enhorabuena por nuestras galas, y mi madre me confesó que era para ella una gran satisfaccion que no la faltase ropa blanca y vestidos, pero añadió que yo debia apreciar mas este beneficio despues de tanto tiempo que no le disfrutaba.

Tomas cuando despertó se quedó sorprendido al vernos en aquel trage; miraba á Susana y á mí, y despues de habernos contemplado mucho tiempo, nos alargó los brazos diciendo: son el mismo papá y mamá, pero mas hermosos.

Nos pusimos á examinar lo que

tenia el cofre de mi madre para colocar cada cosa en su lugar, y entonces pude admirar la prevision de las mugeres y su cuidado en las cosas mas pequeñas. Ademas de una cantidad suficiente de ropa blanca y vestidos, Susana se habia provisto de todo lo necesario para trabajar, porque llevaba una porcion extraordinaria de agujas, de hilo, y muchos pares de tijeras; pero lo que me agradó mas fue el hallar en el fondo del cofre media resma de papel comun y algunos cuadernillos para cartas, plumas, y dos botellas de tinta bien tapadas. "¡Qué tesoro! exclamé cogiéndolas: ¡qué superior es esto para mí á todo lo que hemos adquirido de agrado y de comodidad! Vuestro es, hijo mio, me dijo Susana, y este es mi tesoro que partiré con vos, y sacó del cofre una Biblia, un libro de los Evangelios, y algunos tomos de Massillon. Besé enagenado aquellos libros santos, porque ademas de la utilidad que sacaria de ellos, me proporcionaban el medio de enseñar á leer á

mi niño, y de instruirle en los principios de la religion. Acepté con agradecimiento el regalo de mi madre, y como no me faltaban tablas emprendí la construccion de una mesa de madera en que pudiese escribir cómodamente.

No se me habian olvidado los objetos piadosos que deseaba Susana, y se los entregué al momento que llegué á tierra. Algunos dias despues me rogó que la cediese uno de los gabinetes de verdor que adornaban el jardin. "¿Ignorais, la respondí, que es vuestro todo cuanto yo poseo? Elegid el que mas os agrade; estareis en él con absoluta libertad, sin que yo me acerque nunca si me lo prohibis."= ¿Podeis pensar eso? No hay momento alguno en que vuestra presencia no me sea agradable, pero cuando esteis ausente me retiraré con frecuencia á la bóveda de acacias y madreselva, que me permitireis arreglar á mi gusto. = Ese permiso me aflige, porque aqui no hay mas señora que vos: sois la soberana de este corto imperio,

y yo vuestro mas humilde vasallo."

Quince dias se pasaron en nuestras ocupaciones ordinarias, aumentadas con el cuidado de recoger en la orilla del mar los despojos, que traia el flujo, del navío, que el choque de las olas habia acabado de destrozar. En la tarde del último dia advertí en el rostro de mi madre una tristeza que me llenó de sentimiento, aunque procuraba ahogar los suspiros y ocultar las lágrimas que se le asomaban á los ojos. No me atreví á preguntarla el motivo, y respetando su melancolía me retiré pronto para dejarla en libertad. Por la mañana me levanté muy temprano, entré silenciosamente en su cuarto, y sorprendido de no hallarla registré todos los rincones de la gruta, pero no estaba en ella. Fuí al jardin, y al acercarme á la bóveda de acacias oí sollozos y gemidos: me acerqué de puntillas y deteniendo la respiracion. En un altar de césped, que habia levantado en medio, estaba colocado el crucifijo en un nicho adornado de flo-

res, mi madre arrodillada rezaba á media voz pidiendo á Dios por su hijo. Me arrodillé á su lado, y volviendo entonces la cabeza con los ojos bañados en lágrimas: "Perdonad, me dijo, vos que me habeis salvado la vida y procurais hacérmela dichosa, creed que agradezco mucho vuestros beneficios, pero no puedo olvidar que tengo un hijo. Hoy es el aniversario de su nacimiento, en que cumpliria diez y ocho años, y esta época renueva mi justo dolor." No pudo decir mas, porque las fuerzas la abandonaron, y cayó desmayada en mis brazos. Mi terror fue extraordinario cuando la ví en semejante estado; me arrepentí de haberla ocultado mi existencia, y llamándola repetidas veces con el dulce nombre de madre procuraba reanimarla con las mas afectuosas caricias. Recobró en fin los sentidos, y viéndome á sus pies en ademan suplicante: "¿Qué haceis, me dijo? Vos no me habeis jamas ofendido, y parece que me pedis perdon.= Sí, madre mia, pido perdon para el

culpable Felix. Reconoced el hijo que amais todavía á pesar de sus culpas, y que queria repararlas antes de darse á conocer." El exceso de la alegría suspendió los sentidos de la tierna Susana, que inclinó la cabeza sobre mi pecho, y un abundante llanto aliviaron su corazon. Consideró atentamente mis facciones, y á pesar de la mudanza que habian experimentado por los años, el trabajo y el clima, me reconoció y experimentó la felicidad de ser todavía madre. Habia manifestado sus penas delante de Dios: alli tambien le ofreció el tributo de su gratitud y alegría, y tal vez no se han dado nunca acciones de gracias con mas fervor.

Dilatamos nuestros corazones en la conversacion mas agradable: mi madre me hizo repetir todos los pormenores, que ya le habia referido, pero que escuchaba con nuevo interes, y concluimos felicitándonos por haber llegado, despues de tantos padecimientos, á la suerte feliz de que gozábamos. Ambos en la fuerza de la

edad podiamos esperar que durante muchos años sufriríamos los trabajos que asegurasen nuestra subsistencia, y la educacion de un niño que nos reemplazaria algun dia, y nos restituiria los cuidados que teniamos por él. Preveiamos la posibilidad de salir de la isla y volver á entrar en la sociedad; pensábamos en este acontecimiento sin temerle ni desearle, y satisfechos de nuestro estado presente, abandonábamos á la Providencia el cuidado de nuestro porvenir.

Volvimos á la gruta y encontramos á Tomas despierto jugando con Castor y charlando con Cocó. Nos desayunamos con la mayor alegría; anuncié á mi madre que iba á escribir mis aventuras, y ella tomó á su cargo el enseñar á leer al niño, pidiéndome que trazase en cuadrados pequeños de papel las letras del alfabeto para que las conociese. Como estaba perfectamente instruida en la religion se propuso formar un pequeño compendio de la doctrina cristiana, para dar á Tomas las primeras nociones de ella.

Mi madre no se habia alejado aun de nuestra habitacion, y yo deseaba que visitase los hermosos parages de lo interior de la isla, ademas de que la estacion se adelantaba y era tiempo de pensar en la provision de cera. Le propuse pues el viaje á la llanura, y á los deliciosos bosquecillos en donde crecia el miraca: consintió en ello gustosa, y el camino fue sumamente agradable. Susana no se cansaba de admirar las bellezas de la naturaleza, y los recursos que nos ofrecia en aquel clima afortunado. Tomas corria por lo comun delante de nosotros, y cuando se cansaba le llevábamos en brazos alternativamente. Mi madre le habia hecho un vestido ligero de tela de algodon, que era para él mucho mas cómodo que la túnica de pieles: su viveza y sus gracias infantiles nos encantaban, y no es posible encontrar una criatura mas amable, ingeniosa y dócil.

Desde lo alto de una colina hice observar á mi madre el bosque que habia sido para mí tan fatal, y la pro-

puse riendo que le recorreria conmigo, asegurándola que era una cosa muy curiosa la caverna de la muerte. "No, me dijo, no: estamos en el paraiso terrestre, y no me le hará perder la curiosidad."

Hicimos una gran recoleccion de bayas de miraca, cogimos mucha cantidad de cañas de azúcar y nueces de coco, sin contar con otra provision de patatas, temiendo que no tendriamos bastantes con las que crecian en el jardin. En fin, despues de haber acampado algunos dias á la orilla del rio, volvimos á la gruta cargados de todo lo necesario para el invierno. Alli nos dedicamos á otros trabajos; salamos machos cabríos, tortugas y algunos pescados grandes que se parecen bastante al bacalao; juntamos muchos huevos de tortuga, que conservamos entre arena, y recogimos el arroz. La fábrica de bugías nos ocupó despues, y todo quedó concluido antes que pasase el buen tiempo.

Yo no me consideraba nunca tan dichoso como cuando hacia alguna co-

sa que agradaba á mi madre. Su piedad la conducia diariamente al oratorio que habia formado en el jardin, y preveí con mucho sentimiento que se veria privada de este consuelo durante las lluvias. Para remediar esta falta aproveché el tiempo que me quedaba en construir una cabaña de tablas cubiertas de cañas, y encima pieles de macho tendidas para que no penetrasen las aguas: la edifiqué lo mas cerca que pude de la gruta, y formé hasta la entrada una especie de galería cubierta ó pasadizo: asi podia mi madre en todas las estaciones asistir al oratorio, á donde íbamos por mañana y tarde con Tomas á ofrecer al cielo nuestras oraciones.

Las lluvias nos obligaron en fin á encerrarnos en la gruta, en la cual no fuimos menos felices, porque las ocupaciones variadas, y los atractivos de una sociedad íntima y cariñosa, hacian pasar el tiempo con extremada rapidez. Yo empleaba tres ó cuatro horas al dia en escribir la relacion que doy al público, y el resto del tiempo

en obras de mano. Mi madre cuidaba de preparar la comida, ordeñar las cabras, y coser la ropa blanca y los vestidos; y ambos de acuerdo educábamos á Tomas, que nos divertia infinito con sus gracias y ocurrencias ingeniosas. Por la noche leia en voz alta á mi madre alguno de los libros que he referido, y nos comunicábamos las reflexiones que nos excitaba su lectura.

El espíritu humano se complace en los proyectos, y nosotros los formábamos en nuestro retiro: habiamos de construir en la primavera una habitacion campestre á una legua de distancia de la gruta, á las hermosas orillas del rio. Aquella habia de ser nuestra alquería, á donde llevariamos el ganado, criariamos pichones, y una especie de gallinas que habiamos descubierto hacia poco tiempo. Pero la Providencia habia dispuesto otra cosa, pues queria volver á colocarnos entre nuestros semejantes, y preparar nuestra libertad.

En mi viaje al navío habia halla-

do en la cámara de la señora de Altamont una cajita de palo de rosa, guarnecida de chapas de plata, y con una fuerte cerradura. La tomé con la idea de presentársela á mi madre; pero ocupados en objetos mas importantes, se habia quedado olvidada en un rincon de la gruta. La encontró Susana, y curiosa por saber lo que contenia, me mandó que rompiese la cerradura. Esto se hizo al momento: la abrimos, y nos quedamos confusos cuando vimos que contenia algunas alhajas de valor, papeles de familia y mil luises en oro. Descontentos al principio con un hallazgo tan inútil, tomamos el partido de reirnos, y chancearnos acerca de esta fortuna inesperada. Como buen padre queria yo disponer de ella en favor de Tomas, y comprarle un buen establecimiento. Despues de habernos divertido mucho tiempo mi madre me hizo una reflexion muy racional. "Si dejamos algun dia, me dijo, esta isla, y tenemos la fortuna de volver á nuestro pais, disfrutaremos la satisfaccion de entregar á los here-

deros de la señora de Altamont lo que les pertenece legítimamente: tal vez habra alguno entre ellos que necesite este dinero y alhajas, y los papeles que contiene la cajita le sean muy interesantes." Quedamos por consiguiente convenidos en que colocásemos cada cosa en su lugar, y lo guardariamos todo como un depósito sagrado, del cual nos hacian responsables la justicia y nuestra propia conciencia.

CAPITULO XV.

Encuentro inesperado. Recibimiento en la gruta. La hospitalidad. Aventuras de los ingleses. Ofrecimientos. Consejos de Felix. Los ingleses vuelven á bordo. Sumision de los solitarios. Sir Valter. Estancia en la isla. Partida. Toman puerto en la isla de San Cristóbal. Generosidad del capitan. Se embarcan para Plymouth. Despedida. Regalo de Valter á Tomas. Llegada. La familia pasa á Francia. Regreso al pais natal. Se arreglan los negocios. Felicidad de la familia.

Habiamos esperado la primavera sin impaciencia; pero no vimos sin alegría recobrar la naturaleza sus atractivos, cubrirse los árboles de flores, reunirse en la floresta las avecillas, y llenarse todo de una nueva vida. La caza y la pesca eran mis placeres favoritos, y ya empezaba á entregarme

á ellos. Una mañana quise llegar á un parage de la costa muy abundante de peces, para lo cual era preciso atravesar un bosquecillo de árboles, y apenas entré en él cuando ví cuatro hombres armados de fusiles, que se dirigian hácia mí. Al mirarme manifestaron en el rostro su sorpresa y se acercaron hablándome algunas palabras en un idioma que no conocia. Yo los respondí en el mio, y entonces uno de ellos me dió la mano y me dijo en mal frances: "Jóven, vos sois de Francia: ¿cómo habeis venido aqui? Nosotros somos ingleses, y amigos de todos los hombres: conducidnos á vuestra habitacion si la teneis."

Contentísimo de que uno de aquellos desconocidos pudiese á lo menos entenderme, le rogué que me siguiese con sus compañeros, asegurándole que tendria mucho gusto en recibirlos en mi casa. En el camino le conté sucintamente la historia de mi naufragio, y advertí que le interesaba mucho al que podia comprenderla, el cual se la repetia á los otros tres in-

gleses, que vinieron todos á darme cordialmente la mano.

Fácil es pensar la admiracion de mi madre á la vista de cuatro extrangeros: los recibió con agrado, puso la mesa, y la cubrió de todo lo mejor que teniamos. El aguardiente y los licores, que habiamos economizado hasta entonces, se dieron con prodigalidad á nuestros huéspedes, que quedaron muy contentos de nuestra acogida. Hablaron mucho entre ellos, y aunque nosotros no entendiamos sus palabras, adivinábamos en sus ademanes y en su semblante que estaban disponiendo el llevarnos consigo, lo cual confirmó el que chapurreaba el frances. Esto es en sustancia lo que nos contó.

"Un navío de la compañía, mandado por el capitan Eduardo Valter, de vuelta del mar del Sur, despues de haber pasado el estrecho de Magallanes, debia arribar á Rio Janeyro, en donde habia de renovar los víveres, pasar á la Jamaica á desembarcar algunas mercaderías, cargar otras en su lugar, y

volver á Inglaterra. El tiempo, que le habia favorecido hasta entonces, se mudó de repente, y una violenta tempestad le arrojó muy lejos, dejándole errante diez dias por parages que ninguno podia conocer. Los víveres y el agua dulce empezaban á escasear de suerte que ya no se daba á cada marinero mas que la cuarta parte de su racion. El navío estaba maltratado, y el capitan y toda la tripulacion procuraban descubrir alguna tierra en que pudiesen repararle, proveerse de víveres, y principalmente hacer aguada. Una costa, rodeada de arrecifes, se presentó á su vista, y habiendo disminuido el viento considerablemente, navegaron hácia la ribera, anclaron á un cuarto de legua, y enviaron una lancha á registrar la costa y buscar sitio para desembarcar. Traia ocho marineros, dos oficiales, el piloto y el cirujano. Costeando la ribera doblaron una punta y descubrieron una bahía, en donde el mar estaba sereno, entró la lancha y saltaron en tierra. Los marineros se esparcieron por la isla á

buscar agua, y los oficiales por otro lado con la esperanza de matar alguna caza ó encontrar otros recursos." El cirujano nos consultó acerca de lo que habia de hacer para conseguirlo. Yo le aconsejé que trajese el navío á la costa para repararle, y entretanto hacer grandes cacerías de cabras y machos para proveerle. Yo les ofrecí mi rebaño, que se componia de dos machos, cuatro cabras y ocho cabritos. Les prometí tambien enseñarles el campo del arroz y patatas, y el parage en que hallarian tortugas en abundancia.

Los ingleses se mostraron muy agradecidos á mis ofrecimientos, y se apresuraron á volver á bordo para decírselo á su capitan. Fuimos juntos á buscar á los marineros, que habian ya llenado muchos toneles de agua: nos dirigimos al parage en donde estaba la lancha, y desde la cima de una roca alcancé á ver el navío anclado. Nos separamos con las mayores demostraciones de amistad, y yo me volví á la gruta á hablar con mi ma-

dre acerca de las esperanzas que nos prometia aquel acaecimiento. La hallé muy agitada, y confieso que yo no lo estaba menos. Desde que nos habiamos reunido, creiamos que nada faltaba á nuestra felicidad; pero el nombre de patria conmovia deliciosamente nuestros corazones, y si la esperanza de volverla á ver nos salia ilusoria, era de temer que nuestra soledad no nos pareciese tan deliciosa. Tuvimos necesidad de recordar los grandes principios de sumision á la voluntad Divina, y abandonarnos á la Providencia, en la cual deben confiar todos los cristianos. La piadosa Susana halló en ella muy pronto la tranquilidad y la resignacion: su ejemplo y sus palabras me la inspiraron tambien, y ambos esperamos con serenidad lo que el cielo dispondria de nosotros.

Despues que lo arreglamos todo en nuestra habitacion conduje á mi madre á la bahía, en donde habian desembarcado los ingleses. Iba apoyada en mi brazo, y Tomas delante sal-

tando como un cabrito. Cuando llegamos advertimos un gran movimiento á bordo del navío; una hora despues levaron las anclas, izaron velas, y tomaron el camino de la bahía, en donde entraron felizmente, y fondearon á corta distancia de la ribera. Al punto echaron la lancha y nos hallamos en brazos de Sir Valter, que en nuestra lengua, que hablaba con facilidad, nos manifestó su satisfaccion por habernos hallado, y nos dió palabra de sacarnos de aquella isla, y proporcionarnos medios de volver á Francia. Despues de haber dado órdenes á la tripulacion vino con su segundo á nuestra habitacion, y se quedó sorprendido y admirado de todo lo que veia, y mucho mas de que en una edad tan tierna hubiese yo podido subsistir durante cinco años, y adquirir solo para mis necesidades. Aprobó el consejo que yo habia dado á sus oficiales; pero en cuanto á mi rebaño, me aseguró que no permitiria que se matase ni una sola cabeza, porque queria embarcarlas vivas para la tra-

vesía, juzgando con razon que la caza y la pesca suministrarian con abundancia para la subsistencia de toda su gente, mientras permaneciese en la isla. Mientras conversábamos amigablemente llegaron cuatro marineros cargados de galleta, queso, un hermoso jamon y una caja de vino de Burdeos, cuyo regalo nos agradó infinito, y se lo agradecimos mucho al capitan.

Sir Eduardo Valter me manifestó una amistad pura, y los doce dias que permaneció en la isla para reparar el navío fuí su compañero en todas las correrías, durante las cuales mi madre nos preparaba una comida fortificante, pues el capitan comió con nosotros mientras estuvo en tierra. La caza suministro á los ingleses bastantes provisiones para permanecer todavía mucho tiempo en el mar; pero aunque ignoraban el sitio en que se hallaban no se creian muy distantes de las Antillas. Sir Valter mandó disponer para nosotros una bonita cámara inmediata á la suya. Luego que

nos embarcamos, no sin pesadumbre por la tierra hospitalaria en que habiamos hallado lo necesario para vivir con tranquilidad, y en donde habiamos tenido la dicha de reunirnos despues de tan larga separacion. No llevamos mas que nuestros vestidos y la cajita de la señora de Altamont. Yo regalé al capitan el papagayo, que estaba bien enseñado y hablaba con tanta claridad, que debia ser muy estimado de los aficionados. Bien puede creerse que no abandoné á mi amigo, á mi libertador, al fiel Castor: muchos oficiales quisieron comprármele, pero nuestro cariño no nos permitia separarnos hasta la muerte.

Despues que el navío se hizo á la vela, y tuve libertad para hablar á mi madre, la manifesté mis inquietudes. "No dudo, la dije, que Sir Valter se porte generosamente con nosotros, y que nos conduzca á alguna colonia sin llevarnos nada por el pasage; ¿pero cómo hemos de vivir alli si no poseemos nada? ¿y cómo pasaremos á nuestra querida patria, sin dinero

para pagar el viage de tres personas? No veo otro recurso que ponerme á servir en casa de algun colono rico, y por la recomendacion del capitan lograr algun destino que nos dé para subsistir, y tal vez al cabo de algunos años podamos reunir la cantidad necesaria para volver á Francia. =Ese proyecto, hijo mio, está muy bien concebido, porque eres trabajador y económico, pero no creo que sea preciso recurrir á ese medio para subsistir, ni esperar tanto tiempo para regresar á nuestro pais. ¿Has olvidado que tenemos una suma de veinte y cuatro mil francos, y una parte de ella basta para sacarnos de apuros?= ¿Me haceis sin duda esa proposicion para experimentarme? Pero, madre mia, ¿qué he hecho yo, ó qué he dicho que pueda haceros sospechar que intento faltar á las leyes de la justicia y de la probidad? El depósito que tenemos debe entregarse intacto á los herederos de la señora de Altamont, y antes que tocarle me condenaré á trabajar como un esclavo toda mi vida."

A estas palabras pronunciadas con vehemencia, me abrazó mi madre diciéndome: amado Felix, este momento me recompensa de todo lo que he padecido. ¡Cuánto me agradan esa delicadeza de conciencia y esos principios sólidos que deben influir siempre en tu conducta! Ahora voy á explicarte lo que te ha sorprendido en la mia. Las circunstancias me autorizan á usar de este dinero que hemos salvado, porque tengo la certidumbre de reemplazarle á nuestra llegada á Francia con la venta de algunas tierras, y aunque se disminuya tu herencia pronto se reparará esta pérdida con nuestro trabajo. Cuando te separaste de mí eras un niño, é ignorabas que yo poseia bastantes bienes para proporcionarte una vida cómoda; tú juzgabas de mis recursos por la economía que reinaba en nuestra casa, pero solo me la inspiraba el deseo de verte algun dia en una feliz prosperidad." Esta explicacion, al mismo tiempo que me tranquilizó, aumentó mi reconocimiento á mi tierna madre.

Despues de tres semanas de navegacion arribamos á la isla de San Cristobal, en donde Sir Valter tenia amigos y corresponsales. Se alojó en una hermosa fonda, y exigió de nuestra amistad que hiciésemos lo mismo. Arregló sus negocios, y trató de los nuestros. Viendo que deseábamos tanto regresar á Francia, ajustó nuestro pasage en uu navío ingles destinado á Plymout, y nada omitió para que disfrutásemos todas las comodidades posibles durante la travesía. Mandó llevar á bordo cajas de vino, de licores y de dulces secos; y cuando quisimos liquidar la cuenta de nuestro gasto con el fondista, nos respondió que todo estaba ya satisfecho. El capitan no nos permitió que le expresásemos nuestro agradecimiento, diciendo que él era quien debia estar reconocido. Vino á conducirnos al navío; nuestra despedida fue muy afectuosa; Tomas, que amaba mucho á Sir Valter, le arrojó los brazos al cuello y no queria dejarle, hasta que éste le separó con dulzura y le dió una cartera tan

brillante que se distrajo la criatura. Valter se aprovechó de aquel momento para entrar en la lancha, desde donde nos hizo con el pañuelo muchas muestras de amistad hasta que nos perdimos de vista.

Luego que nos quedamos solos no hablamos de otra cosa que de la bondad del capitan, cuando llegó Tomas á rogarme que le abriese la cartera; lo hice al punto y cayó un papel, que era un billete de banco de quinientas libras esterlinas, con un letrero en una hoja del librito de memorias que decia: *regalo de Sir Valter á su amiguito.*

Gracias á la liberalidad del capitan la suerte de nuestro huérfano estaba asegurada, que era una nueva satisfaccion: tambien la travesía, que fue feliz, la pasamos contentos, aunque no podiamos comunicarnos con ninguno de los que iban en el navío, pues nadie entendia una palabra de frances. No estuvimos mas que tres dias en Plymout para descansar y cobrar el importe del billete de banco:

tomamos la posta para Duvres, y allí nos embarcamos en el paquebot que va á Calés. La salud de mi madre nos obligó á permanecer algunos dias en aquella villa, en donde tuvo muchos accesos de calentura. Llamé al médico de mas reputacion, y nuestros cuidados reunidos la restablecieron con prontitud. Nos hallábamos en Francia, pero aun no estaban cumplidos nuestros deseos, y suspirábamos por nuestro pais natal, porque los parages que habian habitado nuestros padres eran los únicos que podian suplir la morada agradable y pacífica de nuestra isla desierta. Partimos de Calés en la diligencia, cuyo viage fue alegre, porque llevamos buena compañía, y los atractivos de una conversacion interesante nos distraian de la extremada impaciencia que teniamos por llegar. En fin, nos apeamos en Brest, y apenas tomamos un ligero alimento subimos en un coche, y en menos de una hora alcanzamos á ver el campanario de nuestra aldea. Los ojos se inundaron en lágrimas de ale-

gría, y todos los objetos que reconociamos hacian palpitar nuestro corazon. Aquella es la cruz que se puso en la última mision; esa la hermosa calle de tilos que conduce al pueblo; esta la plaza en donde se reunen los ancianos para tratar sus negocios, en donde la juventud baila el domingo al son de la gaita, y en donde los niños se entregan á los juegos ruidosos de su edad. Nos apeamos á la puerta del párroco, que advertido de nuestra llegada salió á recibirnos; nos abrazó con un afecto paternal, y bendijo á la Providencia que nos habia salvado de tantos peligros, y conducido á nuestros hogares." María, dijo á la criada, debiamos echar el resto para celebrar la vuelta del hijo pródigo, pero se contentará con el cordero que destinaba para obsequiar á mis cofrades en la funcion de la aldea: estos son aqui mis hijos y deben tener la preferencia."

El buen párroco nos condujo á su gabinete, y le contamos circunstanciadamente todo lo que nos ha-

bia sucedido. Quedó satisfecho de mi conducta y sentimientos; hizo juiciosas reflexiones acerca de la felicidad que resulta de haber recibido una educacion cristiana y ejemplos de virtud, cuyo recuerdo no se borra jamas. Se enterneció con la historia de Tomas, y dió gracias á Dios por haber salvado á aquel niño de la muerte y de las tinieblas de la idolatría.

Hablamos despues de nuestros asuntos, y como habiamos gastado seis mil francos de la suma que teniamos en depósito, rogamos á nuestro párroco que entregase la cajita á los herederos de la señora de Altamont, y les pidiese tres meses de término para vender algunas tierras y pagarles los dos mil escudos que habiamos tomado. El arrendatario de nuestra casa y haciendas, que era hombre poco laborioso, y por consiguiente cuidaba muy mal de su interes, consintió en rescindir el contrato y volvernos nuestros bienes, mediante una indemnizacion de cuatro mil francos. Tomamos este dinero del de Tomas,

y con el resto compramos á su nombre una hermosa alquería inmediata á la nuestra, que producia quinientos francos de renta.

Entramos pues en posesion de nuestra casa y haciendas, que se hallaban en muy mal estado, pero teniamos medios y aplicacion para mejorarlas. Yo habia resuelto dedicarme al estado honroso de labrador; amaba el trabajo, y tenia bastante inteligencia para adquirir en poco tiempo los conocimientos rurales, á que me llamaba enteramente mi inclinacion.

El párroco volvió de Brest acompañado de los dos principales herederos de la señora de Altamont, que arrebatados de alegría y reconocimiento se hubieran echado á nuestros pies, si nosotros no lo hubiéramos impedido.

Les habian suscitado un pleito injusto, y los papeles que nosotros habiamos salvado les aseguraban la sentencia en su favor. No quisieron oir hablar jamas de la restitucion que queriamos hacerles, y obligaron ademas

á mi madre á que admitiese una hermosa sortija en prueba de su agradecimiento.

La Providencia ha bendecido nuestros trabajos; las haciendas prosperan de dia en dia; vivimos en una apacible comodidad, y nuestro mútuo cariño nos proporciona la mayor felicidad que se puede disfrutar en este mundo. Nuestro respetable párroco se ha encargado de la educacion de Tomas, y á los diez años le pondré en un colegio para que estudie y pueda escoger algun dia el estado que le convenga.

Amados de todos nuestros vecinos, á los cuales tenemos la satisfaccion de servir muchas veces; contentos en nuestra medianía; tranquilos en nuestro interior, hacemos participantes de nuestra felicidad á cuantos nos rodean. Tratamos á nuestros criados como á hijos, valiéndonos con preferencia del pobre laborioso; y una prudente economía, prenda que distingue á mi madre, nos pone en estado de hacer algun bien. De este mo-

do nos ha conducido el cielo por las pruebas mas duras á la situacion mas envidiable y exenta de pesadumbres.

Ruego á mis jóvenes lectores que observen cuán útil es adquirir desde muy temprano un gran número de conocimientos, endurecerse en el trabajo, en la intemperie de las estaciones, desterrar los temores vanos, y fortificar el alma para todos los acaecimientos. Son tan varios los que componen la vida del hombre, que no es posible preveer las situaciones en que llegará á verse; pero la paciencia y el valor son dos armas poderosas en todas las circunstancias, pues con su auxilio y la proteccion del cielo no hay obstáculos que no se puedan vencer, ni desgracias que no puedan soportarse.

FIN.

ÍNDICE.

CAPITULO 1º

Pág.

Regreso de un militar. Matrimonio. Nacimiento de nuestro héroe. Su educacion. Pierde á su padre. Indocilidad y mal carácter de Felix. Quiere embarcarse. Su madre se ve obligada á consentirlo. Viaje en diligencia. Recibimiento. Embarco. Conducta de Felix á bordo. Cuida de Castor. Borrasca. Naufragio. El perro agradecido..... 1ª

CAPITULO II.

Sentimiento y gratitud de Felix. Su dolor. Sus temores. Sufre hambre y sed. Quejas. Socorro inesperado. El camino subterráneo. La llanura y el arroyo. Los huevos de pájaro. Felix enciende

lumbre. El calabacero. El aguti. Felix duerme encima de un árbol. La montaña. Esperanzas disipadas. Escogimiento de un parage para establecerse. 20

CAPITULO III.

Las patatas. Las bellotas dulces. El coco. Construccion de una cabaña. Felix come asado. La puerta de la cabaña. El techo. Los huevos de tortuga. La sal. La buena noche. Motivo de inquietud. Recurso á Dios. Proyecto de viaje. Partida. Las nueces de coco. Las cabras. Felix coge una. Vuelve á su habitacion. 41

CAPITULO IV.

El cercado de las cabras. Aumento de familia. La carata. A Felix se le acaba la yesca. Pesadumbre. Consue-

lo. Nueva partida. Las cañas de azúcar. Los limoneros. ¡Viva la limonada! El arroz. Las fresas. La caverna impenetrable. Sentimiento de Felix por no poder entrar en ella. El cofre. No puede Felix abrirle. Rompe la navaja. Regreso á la cabaña. La leche de cabras. Sorpresa agradable. Alegría extraordinaria de Felix. 62

CAPITULO V.

Grandes ocupaciones. Felix vuelve á la caverna. Incendio. Se abre el cofre. Felix apaga el fuego. Las patatas quemadas. Las conchas de Santiago. Buen descubrimiento. Felix tiene herramientas. Excelente caza de Castor. Entrada en la caverna. La ventana. La tempestad. El cofre se deshace. Nuevos hallazgos. La tempestad

ha destruido casi la cabaña.
Mudanza de domicilio. 80

CAPITULO VI.

La caravana. El puerco espin. El calzado. La recoleccion. El hogar. La tortuga. La buena sopa. Felix piensa en el invierno. Temor de aburrirse. Prepara trabajo. Los vestidos de pieles. Las redes. Las cestas. Ocupacion del ánimo. Llega el buen tiempo. Viaje á la casa de campo á conducir el rebaño. 100

CAPITULO VII.

Nuevo viaje. El banano. Pesca singular. El flamenco. Felix come espléndidamente. Las palmeras. ¡Este es vino! La comida completa. El papagayo. Medio para no olvidar el hablar y escribir. El ananas. El zarzo. Castor ti-

ra de él. ¡Qué lindo es Cocó! El jardin. 122

CAPITULO VIII.

Provision para el invierno. Viaje al rio. Palmera enana. El miraca ó árbol de la cera. Pronto regreso á la gruta. Felix hace bugías. Ocupaciones del segundo invierno. El arco y las flechas. Remordimientos de Felix. Llora acordándose de su madre. Reza y se consuela. Vuelve la primavera. Progresos del jardin. Felix aprende á tirar el arco. Hace una mesa y algunos bancos. 140

CAPITULO IX.

Grande empresa. Ambicion é imprudencia. El bosque tenebroso. ¡Qué maligno es el mono! Combate. Victoria de Felix y Castor. Tempestad.

Cocó tiene mucho miedo. Viento impetuoso. Ruido terrible. El árbol se rompe. El valle y la cascada. El logia y su habitacion. Mutacion de teatro. A Felix le falta todo. No puede hallar salida ni librarse de la lluvia. La caverna de la muerte. Los huesos. No teme nada. Entierra los huesos. Felix duerme en la caverna. Se vuelve á poner en camino. 153

CAPITULO X.

Felix ha discurrido bien. Sube por el arroyo. Esperanzas. Saldrá. Alegría y agradecimiento. La montaña. Vista deliciosa. Llegada. Estado del rebaño. ¡Ah qué bien está uno en su casa! Provisiones de invierno. Felix se hace vestidos nuevos. Reflexiones tristes. Comparacion consoladora. Aumento de la es-

tatura y fuerzas de Felix. Trabajos considerables. Partida para visitar las costas. Espectáculo espantoso. Consternacion. Curiosidad. Gran sorpresa. Enagenamiento de gozo. Son dos. Regreso á la gruta. La nodriza. Reflexiones alegres. Castor contrae amistad con el recien venido. 172

CAPITULO XI.

Cuidados de Felix con Tomas. El baño. La cuna. El paseo por la tarde. Recuerdos. Inquietud. Proyecto impracticable. Los primeros pasos de la infancia. Viaje. Trabajos. El invierno agradable. Plan de educacion. Tomas vestido. Felices disposiciones del negrito. Bautizo de Tomas. Tiene carruage. Viaje de familia. 188

CAPITULO XII.

Conversacion infantil. Borrasca. Cañonazos de socorro. Noche horrorosa de Felix. ¡Han perecido todos! Indagaciones. Alli hay un cuerpo. Es de una muger. Vive todavía. Buen éxito de las diligencias de Felix. Su alegría. Resolucion &c. 203

CAPITULO XIII.

Historia de Susana. Reparticion de ocupaciones. Manteca de leche Construccion de una balsa. Viaje al navío. Felix carga la balsa de objetos muy útiles. Regreso. Comida con todo lo necesario. Conduccion de los efectos salvados. Noche agradable. . . . 217

CAPITULO XIV.

Adorno de Felix y de Susana. Sorpresa de Tomas. Aumento de riquezas. La bóveda de acacias. Dolor de Susana. Reconocimiento. Viaje de la familia. Regreso. Trabajos para el invierno. El oratorio y la galeria. Piedad de los solitarios. El invierno agradable. Proyecto de Felix y Susana. La arquilla. Las riquezas inútiles. . . . 235

CAPITULO XV.

Encuentro inesperado. Recibimiento en la gruta. La hospitalidad. Aventuras de los ingleses. Ofrecimientos. Consejos de Felix. Los ingleses vuelven á bordo. Sumision de los solitarios. Sir Valter. Estancia en la isla. Partida. Toman puerto en la isla de

San Cristóbal. Generosidad del capitan. Se embarcan para Plymouth. Despedida. Regalo de Valter á Tomas. Llegada. La familia pasa á Francia. Regreso al pais natal. Se arreglan los negocios. Felicidad de la familia. 249

En la librería de CUESTA, *frente á las gradas de San Felipe el Real, y en la de* SANCHEZ, *calle de la Concepcion, se hallarán los libros siguientes:*

Cartilla de agentes y pretendientes, ó Manual de ministerios, tribunales y oficinas: contiene todas las dependencias del Gobierno, y reune en un solo volúmen la práctica de los tribunales, ministerios y oficinas segun se observa en el dia.=Un tomo en 4.º, á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

Manual y direccion de Alcaldes ordinarios y pedáneos de los pueblos de España.=Un tomo en 8.º, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

Comentarios á las Leyes de Toro, segun su espíritu y el de la legislacion de España, por Don Juan Alvarez Posadilla.=Un tomo en 4.º, á 30 rs. en pasta.

Coleccion de discursos forenses, estractados de las obras de Mr. Servan, célebre abogado frances.=Un tomo en 8.º

Heineccii Recitationes in elementa juris civilis secundum ordinem Institutionum: editio prima hispana.=Dos tomos en 8.º, á 20 rs. en pasta.

Manual del Cocinero, Cocinera y Repostero, con un tratado de *Confitería* y *Botillería*, y un método para *trinchar* y *servir* toda clase de viandas, acompañado de una lámina que esplica el modo de trinchar: segunda edicion.=Un tomo en 8.º

El Secretario español, ó nuevo estilo

de escribir cartas y sus respuestas, precedido del ceremonial que debe observarse, y advertencias importantes puestas al principio de cada género de cartas. = Un tomo en 8.º, á 8 rs. en rústica y 10 en pasta.

Romancero de Romances Moriscos, compuesto de todos los de esta clase que contiene el Romancero general impreso en 1614, recopilados por Don Agustin Duran. = Un tomo en 8.º marquilla.

Romancero de Romances doctrinales, amatorios, festivos, jocosos, satíricos y burlescos, sacado de varias colecciones generales. = Un tomo en 8.º marquilla, á 16 rs. en rústica y 18 en pasta.

Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro español. = Un tomo en 8.º, á 5 rs. en rústica.

Química. Compendio de esta ciencia y de sus aplicaciones á las artes, escrita en frances por Mr. Desmarest, y traducida al castellano por D. José Luis Casaseca. = Dos tomos en 8.º con una lámina.

Elementos de Higiene, ó Arte de conservar la salud y prolongar la vida, por Tourtelle. = Dos tomos en 8.º, á 30 reales en pasta.

Lecciones del doctor Broussais sobre las flegmásias gástricas, llamadas fiebres continuas esenciales de los Autores, y sobre las flegmásias cutáneas agudas. = Un tomo en 4.º, á 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

Formulario y recetario medico-quirúr-

gico con muchas etimologías, y el modo de obrar de cada medicamento en nuestra naturaleza, por D. Felix Eguía.=Dos tomos en 8.º, á 16 rs. en pasta y 12 en rústica.

Historia natural y descripcion de la langosta, y modo de destruirla.=Un tomo en 8.º, á 3 reales en rústica.

Tratado económico de la cria de gallinas, y estincion de fieras dañosas á los ganados: por Don Francisco Dieste y Buil.=Un tomo en 4.º, á 12 rs. en rústica y 16 en pasta.

Guia Veterinaria: por Rus.=Cuatro tomos en 8.º, á 44 rs. en pasta.

La Gatomáquia. Poema burlesco del célebre Lope de Vega.=Un tomo en 12.º, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

El Murciélago alevoso: graciosa invectiva del maestro Gonzalez, á 6 cuartos.

El Licorista, ó Arte de destilar y componer todo género de licores y aguardientes, con un apéndice para hacer toda clase de sorbetes y ponches.=Un tomo en 8.º, á 6 reales en rústica y 8 en pasta.

Manual de Señoritas, ó Arte para aprender toda clase de costuras, bordados &c. añadido en esta segunda edicion el Arte de la lavandera y planchadora.=Un tomo en 8.º con láminas.

El nuevo Robinson, adornado con 12 láminas finas.=Dos tomos en 8.º, á 26 rs. en pasta.

El Veterano: anécdota suiza.=Un cuaderno en 8.º, á 2 rs. en rústica.

El Oráculo de los Preguntones: juego gracioso y divertido de 24 preguntas y 12 respuestas cada uno.=Un cuaderno en 8.º, á 2 reales.

Las cinco órdenes de Arquitectura de Vignola: por Don Diego de Villanueva.= Un tomo en folio, á 26 rs. en rústica y 30 en pasta holandesa.

El Alcalde Juan Zurron: gracioso juguete de representado para celebrar la pascua de Navidad, á real.

Oficio de la Vírgen, puesto en castellano por Don Juan Crisóstomo Piquer.= Un tomo en 8.º, á 10 rs. en pasta.

Catecismo de Ripalda, añadido por el Padre Martinez.=Un tomo en 8.º, á 4 rs. en pergamino y 6 en pasta.

Meditaciones sobre los Novísimos: por el P. Pinamonte, de la Compañía de Jesus.=Un tomo en 12.º, á 6 rs. en pasta.

El hombre fino al gusto del dia, ó Manual completo de urbanidad.=Un tomo en 8.º, á 8 rs. en rústica y 10 en pasta.

Apéndice á los cinco Juicios del Febrero, ó Tratado de los Juicios de rentas y contrabandos: por Don Juan Alvarez Posadilla.=Un tomo en 4.º, á 20 rs. en rústica y 24 en pasta.

Gramática latina de Sanchez Barbero, en 8.º

Historia de la Esclavitud en Africa durante 34 años de Pedro José Dumont.= Un tomo en 8.º, á 6 rs, en rústica y 8 en pasta.

MALLEN

ROVINSON

DE 12 AÑOS

E7 9
383

E-7
9/383